

**DE LA TÉCNICA ANALÍTICA
Y LAS PALABRAS
MARTA NIETO GROVE**

ALGUNOS SUPUESTOS DEL PSICOANÁLISIS

LO QUE EL PSICOANÁLISIS NO ES

LO QUE EL PSICOANÁLISIS ES

LAS PALABRAS Y LA SITUACIÓN ANALÍTICA

TODO TIENE QUE PASAR POR LAS

PALABRAS

LA PALABRA, INSTRUMENTO DE

REPARACIÓN

CONCLUSIONES

SOBRE LA DISPOSICIÓN A ANALIZARSE

UN CRITERIO IYE TERMINACIÓN DE

ANÁLISIS

BIBLIOGRAFÍA

Introducción

Me propongo discutir en este trabajo aspectos teóricos y técnicos relativos a las palabras y el Psicoanálisis.

Expondré en la primera parte algunos de los Supuestos lejanos y próximos en que se apoyan mis Consideraciones sobre el hablar en la situación analítica, ya que cada enfoque teórico se inscribe dentro de un conjunto sea de teorías sea de presupuestos teóricos, lo que implica, entre otras cosas, que es en esa constelación donde hay que considerarlo porque allí adquiere su cabal sentido.

Si me preguntan qué me mueve en la línea del lenguaje y la palabra, parte de la respuesta es: a) una antigua historia personal de interés por aquellos que encontraron en el psicoanálisis un cauce; b) el contacto desde el inicio de mi formación analítica con una versión del análisis que los destaca (aquí me basta recordar que cuento con Willy y Madeleine Baranger en mis raíces como analista); c) en estos últimos años otro factor es la corriente de investigación que parece justo centrar en Lacan. Esta escuela de pensamiento —Leclaire, Laplanche, Pontalis— me ha enriquecido mucho, lo que de ningún modo quiere decir que comparta todos sus enfoques.

Ubicarnos en el área de la palabra es poner el acento en la expresión y en la comunicación* más que en los contenidos o en lo comunicado, identificamos con el Freud que eligió como piedra angular del edificio analítico su descubrimiento de que el síntoma y los sueños son un lenguaje en busca de palabra.

Por último me interesa contribuir a esclarecer y profundizar diversas facetas referentes al lenguaje y al habla en el campo psicoanalítico porque veo en ese camino las mayores posibilidades de apertura y evolución del psicoanálisis contra los peligros de estancamiento y deterioro.

I. — Algunos supuestos del psicoanálisis

A. De lo que el psicoanálisis no es

a. *No es una ciencia experimental.* En un trabajo anterior (8) sobre algunos problemas del analista como investigador, hace unos años, me refería a este punto. Mi preocupación entonces *era* el efecto distorsionante que produce la aplicación de categorías y métodos de las ciencias experimentales en el campo analítico.

En cuanto a esto no tengo nada que agregar, me basta con suscribirme a trabajos muy explícitos sobre el particular, entre otros los capítulos que en su obra *De l'interprétation essai sur Freud* (9) P. Ricoeur dedica a estas cuestiones. Dice: “Es desde el principio, a nivel mismo de la noción de hecho que las dos disciplinas divergen” (psicoanálisis y psicología experimental). En la misma línea de pensamiento yo escribía entonces sobre la noción de hecho: “Uso con desgano esta palabra; quizás fuera mejor no utilizarla por todas las implicaciones que trae de las ciencias físicas” y agregaba que, en todo caso, *hecho* en psicoanálisis es una modificación en la estructura del campo analítico.

Por otro lado planteaba en ese trabajo la necesidad de criterios y métodos en la investigación analítica para salvaguardar al análisis de la arbitrariedad. Respecto a ese punto tengo aclaraciones y rectificaciones que hacer. Proponía allí que aplicáramos en nuestra labor como investigadores el método hipotético-deductivo, con sus etapas de observación, formulación de hipótesis y verificación.

Hoy reformulo mi pensamiento diciendo ante todo que tenemos que distinguir entre el acontecer de la sesión y la investigación de que podemos hacer objeto a

* Quiero decir, en el discurso, en el sentido que Lacan da al término

los registros de la misma.

Esta investigación fuera de la situación analítica misma, para no ser caprichosa, tiene que regirse por los principios y reglas de una crítica rigurosa.

Pero, y aquí mi rectificación: aplicar o considerar vigentes en la situación analítica misma la observación, la formulación de hipótesis y la verificación es abrir la puerta a la distorsión del fenómeno —relación analítica—. Por mucho que se precisen diferencias y características especiales entre su aplicación en el campo analítico y en el de las ciencias naturales, no se evita la adulteración mencionada.

Por eso digo, lisa y llanamente, el psicoanálisis no es una ciencia de observación, y me cuestiono ahora si la interpretación es una hipótesis. Pienso que es un fenómeno distinto de ésta, por lo menos en el sentido que se le da en las ciencias naturales. Quedo así enfrentada al problema de qué es entonces una interpretación.

Por el momento sólo puedo esbozar algunas reflexiones.

Tiene que ver con el poder y querer ser verídico y por lo tanto con el orden de la verdad. Muy acertadamente Ricoeur llama al psicoanálisis, técnica de la veracidad.¹⁰

Cada interpretación lograda es un triunfo sobre los técnicos de distorsión y enmascaramiento, y en ese sentido tiende al establecimiento de la conciencia veraz que como sabemos, es mucho más que un conocimiento intelectualmente exacto.

Sobre este punto sigo hablando en las dos partes siguientes de este trabajo.

Por otro lado, ¿no se podría equiparar la interpretación a un hallazgo, al modo del logro estético de un artista cuya obra busca que refleje su sentir? Esto explicaría la aparición de sentimientos estéticos cuando se encuentra una interpretación, hallazgo creador de dos.

Y porque es obra de dos, también tiene que ver con el amor que en el análisis es comprensión. Parafraseando la definición de amor de Platón, “Empeño de afinidades”, diría que la interpretación es también la obra del amor analítico: empeño de comprensión.

Antes de abandonar este punto quiero también señalar lo que a mi entender es una confusión frecuente y que tiene que ver justamente con la observación.

El que analizar no sea observar, no excluye que en el transcurso de la práctica analítica hagamos además observaciones, sin proponérselo, observaciones espontáneas (es decir, no sistemáticas), que pueden ser valederas. Por ejemplo, analizando a un adolescente, un analista puede encontrarse en posesión de una serie de datos que, se incuria a pensar, pueden corresponder a los adolescentes en general. Si le interesa la psicología de las edades podría aportar esos conocimientos a los de un equipo de investigadores que encararía el estudio de los adolescentes por variados procedimientos, entre otros, observaciones experimentales, sistemáticas, a cargo de psicólogos.

En cuanto al uso de los conocimientos procedentes de esas observaciones espontáneas, hechas en el transcurso del quehacer analítico, puede ser beneficioso o no,

Beneficioso: por su simple presencia, éstos favorecen la comprensión del

analizando adolescente o del adolescente en cualquier analizando.

Por las mismas razones puede preconizarse que los analistas de niños como parte de su preparación hagan observaciones extraanalíticas de niños de diversas edades. De este modo pueden saber por observación de su conducta (método propio de la psicología experimental), cómo viven, cómo juegan, etcétera; es decir, adquirir cierta familiaridad con, digamos, el instrumental expresivo de los niños.

Uso perjudicial: esos datos pueden hacer peligrar la comprensión analítica cuando se utilizan como cómodo casillero de lo ya conocido: ‘el adolescente’, ‘el homosexual’, ‘el obsesivo’, etcétera, etcétera (incluyo aquí el uso del diagnóstico psiquiátrico). Es un uso que limita la propia óptica del analista, prefija el proceso, encierra de entrada en una clasificación al analizando, atenta contra la actitud libre que habilita para un saber nuevo por el que descubriremos qué significa una cierta conducta para determinado sujeto: qué es ser homosexual u obsesivo para él.

En suma,⁹ “el psicoanálisis no comienza con una conducta a observar sino con un sentido a descubrir”.

b. *El psicoanálisis no es arte de curar.* Meltzer* escribe: “A medida que la psiquiatría ha avanzado en el terreno del tratamiento, que se han multiplicado las psicoterapias, los tratamientos de grupos, etcétera, la presión sobre el psicoanalista para que «cure al enfermos» ha disminuido y su posición ha comenzado a clarificarse”, y más adelante, en el mismo texto define a la actividad analítica como una búsqueda de la verdad.

* D. Meltzer: El proceso psicoanalítico.

¿Por qué digo que no es arte de curar? Si una persona viene para que le cure un síntoma, le elimine una molestia psíquica o aun porque tiene conciencia de enfermedad y quiere curar-se y busca que el tratamiento le dé el beneficio del alivio o de la curación, Si yo lo aceptara con esa finalidad e hiciera de ella el propósito común, entonces el psicoanálisis seria un acto terapéutico, psicoterapéutico.

Por favor, no estoy diciendo nada en contra de la psicoterapia, ni del acto curativo; ¡cómo desearíamos a veces hacer de él la meta, cualesquiera que fueran los medios! Pero es que la tarea en que aceptamos embarcarnos con el analizando está orientada a rever lo que conoce de sí mismo. Lo único que le proponemos (¡y nada menos!) es descubrir el sentido de sus conductas, entre otras de las que él y/o el grupo social llama enfermedad.

Si se trata de una persona que sólo quiere que le alivien o quiten sus padecimientos o molestias, lo que requiere (por qué no dárselo por quienes estén dispuestos, puedan y sepan?) es una psicoterapia (apoyo, sugestión, etcétera, etcétera), pero entonces a sabiendas de lo que se está haciendo con medios y encuadre adecuados a tal meta.

Por otra parte si en el proceso del análisis un analizando no consigue abandonar lo que pudo ser su actitud inicial: sacar beneficios sin descubrirse, puede hasta mejorarse, pero es un uso del psicoanálisis que lo distorsiona, porque “el psicoanálisis no comienza [y yo agrego: ni termina] con un síntoma a curar sino con un sentido a descubrir”.⁹

B.De lo que el psicoanálisis es

Ninguna de las proposiciones con que voy a encabezar estos apartados es una

definición; son sólo aproximaciones acerca de una concepción que espero se vaya así precisando.

a. *Una experiencia.* Un sentimiento de encierro, de peligro por estar apesadado, es una vivencia de la que podemos saber directamente en una sesión de análisis. Esta experiencia es encarada de modos diversos 'según la línea teórica de cada analista. Escuetamente menciono dos, que son contrastantes.

Uno, considerarla dentro del marco de una hipótesis genética: el sujeto reedita ansiedades que vivió dentro de la madre o en el momento de nacer.

No comparto en absoluto tal encare, me parece un uso abusivo de la hipótesis genética. Se refiere a hechos de muy difícil o imposible comprobación. Pero mi desacuerdo está sobre todo con lo que tal punto de vista denota, a saber una inclinación a considerar que el fenómeno actual —la vivencia angustiosa de encierro— queda mejor explicado por referirlo a un pasado aunque hipotético: entonces, así; por eso, ahora.

Otro punto de vista: como analistas, simplemente no sabemos, ni podemos saber, si esta persona al nacer sintió tal angustia, pero como analistas sí sabemos que ahora se angustia porque se vive apesadado y disponemos de teorías (o tenemos y podemos hacer otras) que dan cuenta de tal vivencia en términos de la situación analítica.

A mi entender en el primer caso se enfatiza el pasado hipotético hasta el punto que es tratado como la verdadera experiencia de la cual la actual sería sólo la repetición. Y ciertamente las cosas no son de ese modo ya que lo que sabemos directamente es que *ahora es así*, y ese lejano pasado, en el mejor de los casos pudo haber sido.

b. Una experiencia que dos realizan., Antes que nada porque dos son los que hacen el fenómeno analítico. El interjuego de transferencia y contratransferencia crea un mundo ínter-subjetivo que es nuestro campo.

Desde otro punto de vista el de la responsabilidad, porque también es tarea de dos. La intención de colaborar, en el analizando, y el hacerlo de alguna manera así sea en forma fluctuante, es indispensable para que haya análisis.

e. ¿Qué tipo de experiencia es la del análisis? Un trabajo. Freud descubrió el mundo interior como escenario de conflictos, vio e indagó sus complejos modos de surgir y operar y en la marcha misma inventó un modo de *trabajo* con ellos, el psicoanálisis.

Lo encaró siempre así, destacando que no es mero reemplazo de la ignorancia por el conocimiento, en todo caso esto es sólo el aspecto intelectual de una compleja y ardua tarea.

“C’est ce rapport d’un travail a un travail —d’un travail d’analiste a un travail d’analysé— qui fait la spécificité de la psychanalyse et la constitue comme Technique”,¹⁰ escribe Ricoeur, y agrega que el trabajo en que consiste el análisis revela el funcionamiento psíquico mismo como trabajo. Es lo que Freud descubre y describe.

Comenta Ricoeur: “[...] Dans le procès de distorsion, l’homme se comporte lui-même comme mécanisme, se soumet a une légalité étrangere, condense. et «déplace» ses pensées; si l’homme se comporte comme mécanisme, c’est pour réaliser par ruse le dessein de la *Wunscherfüllung*; par lá la psyché est elle-même technique exercée sur elle-même: technique de déguisement, technique de méconnaissance; l’âme de cette technique c’est la poursuite de l’objet archaïque perdu, sans cesse déplacé et remplacé par des objets substitués, fantasmatiques, illusoires, délirants ou idéalisés; bref, qu’en est-il du travail

psychique révéle dans le rêve et la névrose?, cest la technique par laquelle le désir se rend méconnaissable.”

d. *¿Cuál es la meta de este trabajo que es el análisis? La conciencia veraz.* Lo que buscamos, analista y analizando, si es análisis lo que hacemos, es un conocimiento verídico; entiéndase como acceso a un sentido verdadero que se esconde y revela.

Cito a Ricoeur, otra vez, porque dice en forma hermosa y muy clara un pensamiento que comparto y sobre el que he hablado.

“[El análisis] *elle est une technique de la véracité*, son enjeu est la *reconnaissance*: á cet égard elle a son modèle dans la tragédie grecque d’Œdipe-Roi; le destin d’ Œdipe est d’avoir déjà tué son père et épousé sa mère; mais *le drame de la reconnaissance commence au-delá de ce point, et ce drame consiste entièrement dans la reconnaissance de cet homme que d’abord il avait maudit: j’étais cet homme là, en un sens je l’ai toujours su, mais en un autre sens je l’ai méconnu; maintenant, je sais que je suis.*” *

e. Y finalmente, si me interrogo sobre el cómo del trabajo analítico, respondo: es un trabajo que dos realizan *hablando*.

Es este punto el que voy a tratar en la segunda parte. Sólo voy a desarrollar algunos aspectos, otros, por el momento, los he dejado de lado, no por menos importantes.

* El subrayado es mío.

II. — Las palabras en la situación analítica

Analizar y analizarse es tomar parte en una tarea que se realiza en el campo del lenguaje. En aguda metáfora Lacan se refiere al análisis como al hacer palabras cruzadas, con lo que destaca el cómo del trabajo analítico: hablando, entre dos, para hacer surgir la palabra nueva. Porque si “el síntoma es un lenguaje al que hay que dar la palabra”⁶ esto es cierto de toda manifestación que se da en el campo de la relación bipersonal analítica.

A. Todo tiene que pasar por las palabras

¿A qué todo me refiero?

A lo que el analista va descubriendo en el campo analítico, eso tiene que ser dicho, explicitado verbalmente en algún momento.

Aquí deseo hacer algunas reflexiones sobre lo que últimamente he visto presentado casi como oposición: simplificando mucho, encuadre versus interpretación. Esto es un planteo mal hecho, que como tal genera un pseudoproblema: una dificultad donde no la hay. Paso a explicarlo, como yo lo entiendo.

Los analistas entre otras cosas difieren en su modo de explicitar verbalmente el contrato: precisan mayor o menor número de cuestiones por ejemplo, pero dichos o no en la entrevista inicial, los aspectos témporo-espaciales del encuadre y contrato, entran como cualquier otro material al proceso de elaboración analítica. Sería sospechoso que un analizando no se refiriera nunca al tiempo de las sesiones, a las interrupciones, honorarios, posición espacial de él y del analista en la habitación que comparten, etcétera, etcétera, tan significativo como si no trajera su cuerpo, sueños, sucesos externos importantes, etcétera. Es decir que el encuadre, incluido el contrato, tiene que ser re-conocido, y para eso saber cómo lo percibe, siente, entiende, el analizando, las fantasías que le

promueven, y por lo mismo y para ese fin el encuadre tiene que ser *hablado*. Esto no significa que como tal no tenga sentidos para el analizando sino que precisamente porque es lenguaje, del analista, se completa sólo cuando culmina en palabras.

¿Por qué es tan importante que todo lo descubierto en el análisis sea dicho?, o, ¿por qué el acto analítico está logrado cabalmente cuando se accede a la expresión verbal?

I. Porque sólo así se completa el proceso de simbolización que se reabre y se juega en el análisis: porque la palabra es el símbolo más decantado en el trabajoso proceso de simbolización que va del objeto mismo a un signo que dice de él, sin ser él: que dice ante todo su ausencia.

Es lo que Freud descubrió en su famosa observación ² del niño jugando con un carretel: la palabra como recreación del objeto perdido. *El hablar, en efecto, da testimonio de una radical separación en su mismo intento de hacer un puente verbal.*

Simbolización y duelo. En el fondo de toda situación psicopatológica hay un duelo mal resuelto.

Tengo presentes en este punto todos los aportes de M. Klein y algunos de sus discípulos y colaboradores a la comprensión del proceso de simbolización. Elijo un texto de H. Segal¹² que desarrolla muy claramente uno de los aspectos de tal proceso, la relación de símbolo y pérdida: “El renunciamiento a una finalidad o a un objeto instintivo es una repetición y, al mismo tiempo, una re-vivencia del renunciamiento al pecho. Puede ser exitoso, como esta situación originaria, si el objeto al cual se renuncia puede ser asimilado en el yo por el proceso de pérdida

y de restauración interna. Sugiero que tal objeto asimilado se transforma en un símbolo dentro del yo. Cada aspecto del objeto, cada situación que tiene que ser abandonada en el proceso de crecimiento, despierta la formación del símbolo.

*“En esta perspectiva la formación del símbolo es el desenlace de una pérdida, es un acto creador que implica el dolor y todo el trabajo del duelo. Si la realidad psíquica es diferenciada de la realidad externa, el símbolo es diferenciado del objeto; es sentido como creado por la persona y puede ser usado libremente por ella.”**

Analista y analizando se enfrentan repetidamente a vivencias de unión y separación en cada sesión con su comienzo y fin, en los diversos conjuntos de sesiones: semanas, años, etcétera, y en el análisis como totalidad temporal limitada.

La característica temporal del encuadre analítico la de ser una relación que se empieza para terminar, hace posible una experiencia nueva de duelo en que confluyan, se repadezcan y rehagan todos los duelos.

El duelo a que el análisis enfrenta, es parte de un quehacer que no es hipotético ni metafórico sino el de la forja de la propia identidad: nace una persona. Yo no sé lo que pudo sentir el bebé al nacer o en sus tempranas relaciones con el pecho, pero sí, sé, sabemos, por experiencia directa en la situación analítica que la asunción de uno mismo como distinto y separado es un proceso a veces muy penoso. Se acompaña de alegrías y de angustia (por ejemplo, ante el cambio, el crecimiento, lo desconocido), surgen fantasías de nacimiento y de

* El subrayado es mío.

muerte. Es parte de un saber doloroso en que se reconoce simultáneamente uno mismo, la propia contingencia y la esencial incompletud, por lo que ese saber es, irremediablemente, saber de una herida.

Identificarse como uno y distinto produce ansiedad entre otros motivos porque en definitiva es hacerse cargo de la propia vida y de la propia muerte.

Por este proceso se accede a la comunicación que requiere la alteridad, ya que hablar de veras, es hablar con otro.

II. Retorno a la pregunta que me hice y doy ahora otras razones.

¿Por qué el acto analítico es completo cuando se alcanza la verbalización? Porque decir en palabras, es en cierto modo nombrar, y nombrar promueve un cambio, hace acceder lo nombrado a un status nuevo.

En función del peculiar movimiento del análisis, que es de sucesivos momentos de rescate de aspectos de uno mismo clivados, reprimidos, aislados que se reintegran, podemos decir que *denominar* lo reconocido, es certificar ese nuevo estado. Me evoca la hermosísima imagen de Venus naciente, quizás porque una de las paradojas del análisis es que, aunque lo que reconozcamos sea algo negativo, aceptarlo como nuestro es obra de vida, positiva; contribuye a autenticarnos, nos hace emerger *con* una identidad propia.

No importa que algo se huya vuelto muy claro para nosotros y el analizando; falta decirlo, denominarlo. La sabiduría popular algo a esto indica cuando valora el que se llame al pan pan y al vino vino. Si agregamos a la mierda, mierda, lo completamos. H. Segal¹³ relata la sesión en que una niña hace un dibujo y le pide ayuda para nombrar los colores que quería aprender de memoria. Comenta que se vio que los colores representaban *sus sentimientos* y

varios objetos internos, y agrega: “Había un total reconocimiento del hecho que la ayuda que recibía del análisis, era el «dar nombre», es decir, la verbalización que la ayudaba a conocer, a diferenciar, y por lo tanto, a sentirse más capaz de controlar sus sentimientos y sus objetos internos”.

Y más adelante agrega: “Admite que el reconocer una realidad psíquica, es una ayuda y me pide que “dé nombres”. En lugar de atacar el pensamiento verbal que trae *el* dolor del reconocimiento de la realidad psíquica, quiere ahora utilizar el pensamiento verbal para que la ayude a conocer y controlar esa realidad.”

Llamar a las cosas por su nombre, es medio y fruto, por cierto costoso, de la técnica analítica.

III. Porque toda la patología y las peculiaridades de la relación del sujeto con sus objetos se trasluce y juega en el orden de las palabras: las que dice y cómo las dice y las que oye y cómo las oye. Entonces, no formular en palabras una situación puede servir a las defensas, que toman a las palabras no dichas como el reducto en que se refugia el conflicto. A la inversa, decirlas es a veces recién tocarlo. Así el decir puede ser traer al campo una ansiedad fóbica que llevaba a evitar ciertas palabras.

Algo de esto es lo que muy bien sabía un analizando que, temiendo y deseando la terminación de su análisis, en un momento en que se sentía movido a pronunciar la palabra separación, exclamó: “Quisiera ser mudo”.

IV. Hasta ahora he insistido en que es condición del acto analítico que lo comprendido, se diga; agrego ahora para destacarlo más: que sea dicho por el analista y compartido por el analizando. Esto es lo que llamamos *insight* en la situación analítica.

Dicho por el analista. Importa que el analista diga, aunque repita algo expresado por el analizando. Sabemos que se produce un cambio por el hecho de que el locutor sea ahora el analista. Cambio favorable, lo repetido se vuelve interpretación y el paciente puede llegar a *expresarlo*. Modificación desfavorable: al oír lo percibe de otro modo, adquiere otro sentido, y lo rechaza.

Entre otras situaciones, cuando el analista habla se pueden poner en juego conflictos muy básicos con relación a que son dos. El analista en ese momento es el otro para el analizando y esto despierta ansiedad. Por ejemplo, cuando el campo analítico toma la configuración que Liberman* llama muy acertadamente “autismo transferencial”, el hablar del analista, señal de que hay otro, es un ataque contra la fantasmática realidad del sujeto de poseer un objeto sumamente idealizado que lo hace completo, boca y pecho, sujeto y objeto, paciente y analista al mismo tiempo. El analizando recurre a diversos medios para hacer callar al analista, potencial destructor con su hablar de ese maravilloso paraíso interno. Entre otros medios: lo oye como si fuera su eco o con la fantasía de que el analista es un grabador, etcétera.

Por *supuesto*, en ese caso el propio hablar del analizando está alterado, el proceso de simbolización, muy perturbado; no habla de veras porque hablar es hablar con otro, lo que en ese momento es vivido entre otras cosas, como una pérdida intolerable. — *Analizarse es aprender a hablar de veras.*

Compartido *por el analizando*: en ese compartir hay acceso a la comunicación, es decir, aceptación de la misma como salida positiva.

Según H. Segal: ¹¹ “Los símbolos son necesarios no sólo para la comunicación con el mundo externo sino también para la comunicación interna”.

Dice mas adelante, referido a pacientes esquizofrénicos y esquizoides algo que pienso que es cierto en algún grado y medida en toda persona en análisis: “La dificultad para tratarlos *no* reside tanto en que no pueden comunicarse con nosotros sino más aún en que no pueden comunicarse con ellos mismos. Cualquier parte de su yo puede estar disociada de cualquier otra parte, sin ninguna comunicación posible entre las dos.”

Mientras algo descubierto por el analista no se llega a formular o es dicho pero no es compartido, tenemos que inferir que el trabajo de las defensas está operando allí. Si esta situación es la que predomina, podemos pensar que la teoría kleiniana del clivaje da cuenta adecuadamente del fenómeno: el campo analítico refleja el clivaje interior que por motivos diversos (según las fantasías inconscientes implicadas) la persona desea mantener.

“Pienso que el proceso de formación de símbolos es un proceso continuo de reconciliación e integración de lo interno con lo externo, del sujeto con el objeto, de las experiencias tempranas con las posteriores.”¹¹ Es por esto que la interpretación como palabra compartida es también el logro más acabado de la simbolización, trasluce *una* reunión interior. Luego de ese momento de integración el trabajo analítico prosigue para hacer posibles nuevas integraciones.

En general pienso que la proporción entre lo descubierto en un análisis y lo que de eso es posible compartir hablando con el analizado, es el índice más adecuado, el criterio más analítico del buen funcionamiento del mismo.

B. La reparación por las palabras

En el trabajo analítico las palabras son instrumento de reparación. Mas

* D. Liberman: Autismo transferencial. Narcisismo, el mito de Eco y Narciso. Rev Psiçoa. Arg: XV, 4; 1958.

también de aquél surge un hablar nuevo como resultado.

Entre las fantasías que acompañan la elección de ser analista, creo que hay algunas relativas a la palabra, y que ellas contribuyen a dar sentido a nuestra preferencia por tal medio de trabajo y reparación.

En la supervisión de un análisis empezamos a pensar que la paciente podría desear ser analista. Un sueño de aquélla nos pareció que apoyaba esta impresión. En todo caso, me sirve ahora para mostrar mejor el sentido de mi afirmación inicial.

En el patio central de una casa grande y vieja está un hombre con una mesa de carpintero. El hombre grita furioso porque quiere que la madre le dé dinero. Persigue a la madre por la casa. Se sabe que la mata. La paciente está escondida con miedo oyendo lo que sucede.

Esta no es una transcripción exacta del sueño. Relato lo que me sirve para ilustrar el punto que estoy tratando. Me llamó la atención la importancia que le daba a las palabras: los gritos furiosos y el reparar puesto en el centro de la *situación*: la *mesa del carpintero*. El descubrimiento clave para ella como analizando y como posible analista sería darse cuenta que su banco de carpintero es la propia boca como órgano de las palabras y hacer coincidir el instrumento agresivo (gritos que matan) con el instrumento reparador (palabras *que arreglan*).

A este efecto reparador de la palabra se refiere M. Klein 5 en uno de sus trabajos en que trata de la reparación objetal.

Escribe sobre la ópera de Ravel *La palabra mágica*. Destaca en el libreto de Colette cómo un niño transforma el mundo hostil, lleno de Perseguidores

(animales enojados), por un acto de reparación, en un mundo amigo. La reparación se realiza en el plano verbal: dice mamá, la palabra mágica a que alude el título, mientras cura a la ardilla lastimada.

¿Cuál es la reparación que realmente puede producirse en el análisis? Es la de restitución de la integridad del pensar de su veracidad: que donde había un saber distorsionado, se alcance Una conciencia veraz.

En esta reparación real y actual, una multiplicidad de otras reparaciones simbólicamente se satisfacen.

Aquella, la propiamente analítica, se produce en cada momento en que analizando y analista comparten una interpretación, es decir, en cada acto de comprensión compartida, la que supone un trabajo reparador de ambas partes: del lado del analizando, en la medida en que le da al analista la posibilidad de comprenderlo; del lado de éste en tanto le da a aquél la interpretación. Y esto los beneficia a ambos, los dos se realizan al mismo tiempo, en el mismo acto, uno como analizando, el otro como analista.

Repito, pero me parece un punto esencial, *ésta es la reparación propia del análisis p es una reparación que propiamente se hace hablando.*

Cuando un analizando llega a poder sentir y expresar “¡Nunca había podido hablar así antes!”, o palabras equivalentes, el análisis, en ese momento, alcanza su objetivo: el habla nueva que es un habla libre. Finalmente el símbolo “es sentido como creado por la persona y puede ser usado libremente por ella”.

Es la sucesión y prevalencia de estos momentos que hacen que un análisis sea tal.

III — Conclusiones

A. Sobre la disposición a analizarse

De acuerdo con lo que el análisis es para mí, la disposición más en consonancia con el mismo comprendería: un vivo interés por el mundo interior, el deseo de un conocimiento verídico de sí mismo y de su relación con los demás y el coraje a que hacía referencia Freud.

Esta disposición es la que hace posible el análisis; sería el buen criterio de analizabilidad.

La disposición a analizarse, aunque sea una afirmación perogrullesca, me parece definitoria del analista.

Un analista no se considera consciente o inconscientemente analizado de una vez para siempre, evidentemente. Condición básica de su identidad como tal es el cuidado preferente de una conciencia verídica y para esto ha de darse el interlocutor con quien pueda reconocerse y redefinirse. Me he preguntado y lo planteo, si en el caso del analista didacto esa actitud con más razón, no es fundamental.

Los objetivos de la técnica analítica y la disposición concordante me parece que son puntos que orientan para la elección de analizandos y la selección de futuros analistas.

B. Un criterio de terminación de análisis

Del mismo modo que la conclusión anterior, ésta se desprende para mí, de modo evidente, de lo expuesto a lo largo de este trabajo.

Reflexión teórica y experiencia se juntaron y me vi, de pronto, en posesión de un criterio de evolución y terminación de análisis.

Como dije: considero que la proporción entre lo descubierto en un análisis y lo que de eso es posible compartir hablando analista y analizando, es el índice más adecuado de la marcha del mismo.

Desde este punto de vista veo dos situaciones en la terminación de un análisis: a) la caracterizada por el decidido predominio de la sinceridad. Sinceridad consigo mismo, en el analizando, dramatizada en la sinceridad con su analista, manifestada en esos momentos, en el hecho de compartir un balance veraz del análisis. Llamo así a una apreciación compartida de los cambios y a una renuncia también compartida a deseos no realizados en y por el análisis; b) la que analíticamente constituiría, para mí, una seudo terminación: cuando a pesar de cambios Sintomáticos y de mejorías externas, el orden de la veracidad no se ha restablecido firmemente.

Contratransferencialmente el analista se sabe en Posesión de verdades que atañen al analizando pero que permanecen sin formular o formuladas pero no compartidas.

Aclaro, para evitar que se establezcan falsas oposiciones: no contrapongo éste a los otros criterios de terminación. Propongo uno que, por todas las consideraciones que he hecho, constituye para mí el criterio de terminación más estricta y esencialmente analítico.

BIBLIOGRAFÍA

1. Baranger. W.: Conferencia sobre Lenguaje y psicoanálisis. Dictada en la Asociación Psicoanalítica Uruguaya.
2. Freud, S.: Más allá del principio del placer. Obras completas, II.
3. Freud, S.: La interpretación de los sueños. Obras completas, VI, VII.
4. Klein, M.: The Importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego. Contributions to Psycho-analysis.
5. Klein, M.: Infantile Anxiety-Situations Reflected in a Work of Art in the Creative Impulse. Contributions to Psycho-Analysis.
6. Lacan, J.: Écrit. Editions du Seuil, Paris.
7. Leclaire, S.: Psychoanalyser. Editions du Seuil, Paris.
8. Nieto, M.: Algunos problemas del analista como investigador. Rev. Psicoan. Urug. VII, 1; 1965.
9. Ricoeur, P.: De l'interprétation essai sur Freud. Editions du Seuil, Paris.
10. Ricoeur, P.: Technique et non-technique dans l'interprétation. Archivo di Filosofia dirigido por E. Castelli; Padua; ed. Dott; Antoni Milani; 1964.
11. Segal, H.: Notas sobre la formación de símbolos. Rev, Psicoan. Urug. VIII, 4; 1966.
12. Segal, H.: A Psycho-Analytical Approach to Aesthetics. New Directions in Psycho-Analysis.
13. Segal, H.: Factores curativos en psicoanálisis. Rev. Psicoan. Urug., VII. 2-3; 1965.

COMENTARIOS

De Willy Baranger

No hay una línea ni una idea del denso trabajo de Marta Nieto acerca de las cuales pudiera encontrar en mí el menor desacuerdo. Por ello, mi contribución se limitará a destacar algunos de los puntos formulados, y a formular ciertos puntos implícitos.

Este trabajo constituye una toma de posición acerca de lo esencial del psicoanálisis, y, por ende, acerca de las vías de investigación que aparecen como más fecundas. En este aspecto, se ubica en una línea de pensamiento oriunda en Freud, pero que ha sufrido un largo eclipse antes de ser reencontrada por Jacques Latan y formulada en su célebre *Discurso de Roma* en 1953. Este nuevo punto de partida marca el principio de la elaboración propia de *Lacan*, pero *también* constituye el fundamento de otras elaboraciones posibles que no forzosamente coinciden con la obra de Lacan, y no entran en contradicción con lo esencial y lo viviente del descubrimiento de M. Klein (aunque más de un kleiniano pueda ver aquí contradicciones).

Este punto de partida es el reconocimiento de una contradicción entre la realidad de la prédica analítica y las teorías a partir de ella elaboradas. La contradicción existe ya en las formulaciones del mismo Freud, así es que la manera de leer a Freud la elección de los aspectos vivientes de su obra por oposición a los aspectos que podemos considerar “obsoletos”, configuran orientaciones divergentes de la investigación psicoanalítica. Unos valoran sobremanera el *Proyecto* de 1895; otros lo consideran como ensayo fallado (siguiendo así al mismo Freud); unos piensan que *Más allá del principio del placer* constituye un error de Freud; otros que enriquece decisivamente su pensamiento. El esfuerzo de los continuadores de Freud —salvo notorias

excepciones— ha consistido en general en remoldear las teorías de Freud para que puedan caber dentro de la psicología académica o dentro de una psiquiatría (bautizada entonces “dinámica”) aceptable dentro de la óptica de la psiquiatría clásica.

En este proceso de edulcoración del pensar freudiano, la brecha entre práctica y teorización se ha ensanchado progresivamente hasta un estado donde una no tiene casi nada más que ver con la otra. Este proceso, anota Lacan, ha llevado a los analistas a una aversión creciente hacia su campo y su instrumento específico: la palabra.

Esta aversión, a su vez, y por un proceso paralelo al de edulcoración de las teorías, lleva en ciertos casos a una distorsión de la práctica: se pierde de vista que el psicoanálisis es el arte de descubrir la verdad (no *una* Verdad, sino la disfrazada de la situación; la “verdad de la milanese”). La técnica se degrada en *holding*, en “gratificación simbólica”, en “identificación con el yo presumiblemente sano del analista”. Se barra la oposición esencial entre la técnica del descubrimiento del análisis y las técnicas educacionales de cualquier otra psicoterapia. Hasta algunos analistas pueden dejarse tentar por las facilidades del *Human engineering* sin darse cuenta que han cambiado la técnica analítica por su contrario.

Sin embargo, en la práctica, cada analista sabe que su objeto es el relato verbal o verbalizable del analizando, el campo del diálogo analítico, y que su modo único de actuar es la interpretación. Es esta evidencia siempre sabida desde Freud, y a menudo olvidada, la que redescubre Lacan: “Precisamente porque algo ha sido ligado a la palabra, el discurso, en el análisis, puede desligarlo”.

Esta evidencia implica una ubicación precisa del psicoanálisis con relación a otras disciplinas, “Lo que el psicoanálisis no es” escribe Marta Nieto, implica una definición estricta de su meta, y una orientación clara en su teorización.

Los principios de esta orientación teórica son pocos:

—Si el objeto y el instrumento del análisis pertenecen al orden de la palabra, las teorías *propriadamente* analíticas no pueden situarse más allá del campo delimitado por ésta. Otras inferencias (eventualmente valederas) no pueden ser sino aplicaciones.

—Si un psicoanálisis es un diálogo (por particular que sea), la teoría analítica no puede sino describir una situación intersubjetiva y los procesos intrasubjetivos correspondientes (pues sólo un sujeto entiende lo que se le dice). Traducir una situación *esencialmente* intersubjetiva en términos objetivos lleva a distorsionar la teoría. Por eso existe entre la psicología objetiva y el psicoanálisis una discontinuidad radical.

—Los conceptos que usamos corrientemente deben por lo tanto ser revisados y reformulados de tal manera que sean coherentes con la experiencia que les sirve de fundamento.

Estos principios tienden a su vez a orientar la investigación y el descubrimiento hacia un estudio sistemático del diálogo analítico.

De esto, Marta Nieto nos da ejemplos en su trabajo (pero este campo, relativamente poco explorado, abre una multiplicidad de investigaciones posibles; ver la obra de David Liberman, por ejemplo).

Tiene toda la razón al señalar la cualidad del diálogo como un indicador preferencial acerca de la evolución del proceso analítico. De este modo, las preguntas que nos hacemos corrientemente: ¿De qué me está hablando —y de qué no me está hablando— el analizando? se deben duplicar por las mismas preguntas acerca de nuestra forma de dialogar en tal o cual situación analítica.

Y me parece particularmente valiosa la utilización de estas preguntas como criterio de terminación de un análisis.

Acostumbramos usar, en la teoría de la técnica, el concepto de *timing* de la interpretación. El concepto viene de la recomendación de Freud, de no proporcionar interpretaciones prematuras, es decir, en un momento en que el analizando no está en condiciones de recibirlas y aprovecharlas. No interesa aquí examinar las distintas teorizaciones que justifican el *timing*, sino recalcar que se trata de una inhibición voluntaria de la comunicación en el analista, cuando descubre algo verdadero, pero cuya verdad no puede ser compartida por su interlocutor. Las explicaciones que nos damos a nosotros mismos son varias: “No lo puede entender”; “Se va a traumar”; “Esto es un tema explosivo”; “Es el punto de urgencia, pero no me sale decirlo” etcétera. En un proceso analítico satisfactorio, estas inhibiciones conscientes de la interpretación se van superando paulatinamente hasta llegar a un momento donde desaparece toda necesidad de *timing*. Esta desaparición es la pauta de la exorcización de los peligros internos del analizando —y de la situación analítica—. La persistencia de la inhibición de ciertos contenidos interpretativos, o de ciertos modos de interpretar, indica la existencia de un baluarte, de un núcleo aislado que no ha podido ser integrado en la fluidez del diálogo. En este caso, si la terminación del análisis se impone por un motivo de cualquier orden, sabemos que nuestra labor no ha sido realmente llevada a cabo, y si la terminación no se impone, sabemos por el contenido de nuestra inhibición a dónde tiene que apuntar nuestro trabajo.

Un aspecto más específico de este criterio es la libertad contratransferencial del analista al comentar con el analizado los motivos de la conveniencia de la próxima terminación. Esto puede realizarse con varios grados de veracidad (en el sentido de comunicar al analizando una parte mayor o menor de los motivos que justifican la interrupción). Más importante es el motivo que el analista —eventualmente— puede conservar para sí mismo y no comunicar; considera

más parcial el resultado de su trabajo.

No se trata aquí, naturalmente, de ninguna confesión contratransferencial, sino de la formulación de las razones que llevan a terminar un proceso en sí “interminable” en un momento determinado sabiendo que cualquiera que sea la amplitud de los resultados obtenidos, tal terminación implica para el analizando la renuncia a las esperanzas mágicas que ubicaba en su análisis.

La libertad de comunicación del analizando al analista siempre ha sido considerada como el indicio más fiable del buen resultado de un análisis que los logros exteriores (tan a menudo conseguidos por el analizando para “conformar” a su analista), si éstos no aparecen como la consecuencia de esta liberación interna. Marta Nieto descubre aquí el correlativo contratransferencial de este indicio, lo que puede resultar de suma utilidad en casos donde aparentemente el analizando ha conseguido un grado suficiente de libertad en la comunicación, pero donde el analista no ha llegado al grado correspondiente de soltura en la interpretación. Este desnivel indica en el analizando una utilización defensiva de la comunicación aparentemente libre, con la finalidad de encubrir y preservar algún sector clivado y potencialmente peligroso.

Este trabajo es también un “manifiesto”. Está en relación con el “manifiesto de Roma”, pero, si bien ambos manifiestos coinciden en el reencuentro con el Freud olvidado, si concuerdan en restituir al sujeto hablante su preeminencia en la teoría analítica y en aclarar las contradicciones insolubles de ciertas corrientes analíticas, no por ello se equiparan, ni los desarrollos ulteriores tienen que ser iguales. Se vislumbra entre líneas cuál puede ser el rumbo de estos desarrollos montevideanos.

De David Liberman

La metodología de la investigación en psicoanálisis es un tema frente al cual, la autora y yo tenemos un interés en común desde hace tiempo.

He cotejado y examinado sus trabajos con los míos y creo que ambos coincidimos en que el proceso psicoanalítico es el único campo pertinente para poder inferir hipótesis psicoanalíticas que permitan mejorar nuestra técnica interpretativa a la vez que posibiliten una mejor contribución del psicoanálisis a otras ciencias. Tanto la autora como yo pensamos en el valor que tienen las respuestas mediatas e inmediatas del paciente a nuestras intervenciones como las únicas pruebas de validación que refutan o corroboran las hipótesis clínicas que subyacen a nuestra técnica psicoanalítica.

Deseo que esta discusión trascienda en un futuro para aquellos que retomen el tema. Me complace que la primera vez que intervengo en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* lo haga en esta forma: discutiendo sobre este tema y en un momento en que a ambos nos fue adjudicada la dirección de nuestros institutos. Quizá esto último sea un indicador de las características que está adquiriendo el pensamiento psicoanalítico en el Río de la Plata. Si así fuese, ¿no sería oportuno dar prioridad a nuestras ideas y reconocer en su justo valor (es decir, dejar de sobrevalorar) lo que nos ha aportado el psicoanálisis de otras latitudes?

Metodología de la investigación en psicoanálisis es un tema en el cual hemos trabajado mucho y muchos en Buenos Aires y en Montevideo; en algunos casos hemos recurrido a enfoques interdisciplinarios lo hicimos de muy diversas maneras y hasta hemos adoptado posiciones contrarias, mismo irreconciliables. Sin embargo, hemos desarrollado toda una línea de

pensamiento que nos confiere cierta identidad; independientemente que nuestras ideas resulten fecundas o estériles para otros. En psicoanálisis y más aún, en este tema, ni los estadounidenses, ingleses, y especialmente los franceses tienen tanta sabiduría y experiencia, ni nosotros, tan poca.

Esto lo digo con toda intención ya que si bien los puntos a) y b) de su introducción me resultan comprensibles y adecuados, en cambio no pienso así del punto c); no creo que Lacan, ni Leciaire, ni Laplanche, ni Pontalis, hayan enriquecido sus enfoques; prueba de ello es que no los menciona en su exposición; sí en cambio, Paul Ricoeur, cuya inclusión en el texto figura y podemos discutir.

Esta presentación continúa el trabajo que publicó en 1965.* En ese entonces la autora se propuso considerar la importancia de problematizarnos sobre la validez de las conclusiones psicoanalíticas. Se planteó la siguiente interrogante: “¿Puede el psicoanálisis llevar a conocimientos válidos?, que es lo mismo que seguir cuestionándolo como ciencia”.

Consideró que a esa altura de la evolución del psicoanálisis esto ya no resultaba ser un planteo legítimo, en cambio sí el problema consistía en saber si una conclusión psicoanalítica dada, era cierta o no.

Esto la condujo a diferenciar las observaciones psicoanalíticas “del lado del analista” de las del “lado del paciente”. Fue entonces que postulé el *insight* como criterio de validez y como una forma particular del criterio de evidencia. Efectué una caracterización del *insight*, de la patología del *insight*, y del pseudo *insight* bipersonal. Destacé la necesidad de diferenciar entre el *insight* y su enmascaramiento y apariencia, señalando la necesidad de detectar factores de complacencia o aplacamiento.

Propuso entonces, entre los caminos para allanar los problemas del

* Nieto Grove. M. **Algunos problemas del analista como investigador**. Rev. Uruguay de Psicoanálisis. t. VII. 1, 5-27; 1965; Montevideo.

psicoanalista como investigador, “la posibilidad de que la discusión colectiva de los trabajos sea considerada como parte integrante de la verificación de las hipótesis”; también sugirió que para la formación del psicoanalista como investigador se tendría que generalizar la inclusión de seminarios sobre metodología psicoanalítica en los institutos de enseñanza.

Como prueba de mi acuerdo con estas dos propuestas quiero manifestarle que por aquella época, hacía tiempo que yo ya estaba realizando esta tarea en Buenos Aires. Además de las dos postulaciones anteriores también sugirió que una formación analítica “consecuente con estos principios, debería admitir sistemáticamente el análisis didáctico con varios analistas distintos, lo mismo que admite los controles múltiples. Se evitaría así un factor de transmisión hereditaria de los puntos ciegos, de modalidades teóricas y técnicas unilaterales, que entorpecen la ductilidad del propio *self* y la libre utilización analítica de sus múltiples aspectos.”

Esto me sirve como punto de partida para plantear mi disensión referente a la forma como la autora trata los puntos I y II de su actual trabajo. Encuentro una diferencia cualitativa entre la labor del analista como investigador “con el paciente en la sesión psicoanalítica” con la tarea “del analista como investigador de la interacción comunicativa de segmentos de procesos psicoanalíticos efectuados en sesiones ya realizadas”.

En el primer caso la labor de investigación se interfiere, llega un momento en que los progresos terapéuticos realizados por el paciente con el analista y también por éste en el conocimiento ya logrado de *su* paciente, ponen un límite a la investigación. Es ahora cuando dicha investigación puede y más aún debe efectuarse realimentando lo anterior con una indagación del proceso psicoanalítico.

Mi forma de encarar las soluciones del problema del psicoanalista como

investigador hacen que establezca un límite muy estricto entre la parte de la formación psicoanalítica que es atingente al llamado “análisis didáctico” (que no es otra cosa que un análisis terapéutico con mayores dificultades) de todo el resto de la formación psicoanalítica que se efectúa en las supervisiones individuales y en los distintos seminarios.

Estas oposiciones netas y distinguibles tienen su equivalencia en aquella otra oposición que he señalado antes cuando dije que investigación y terapia van juntas hasta un punto y que más allá de un límite se interfieren. Sostengo que el conocimiento bipersonal obtenido en el contexto terapéutico, que ahora se ha transformado en un obstáculo, tiene que ser realimentado mediante la apertura de otro circuito: “La evaluación de segmentos del proceso psicoanalítico”. Esto hará posible que nuevamente durante un tiempo otra vez investigación y terapia en sesión con el *paciente* marchen juntas, y ahora con más precisión.

Estas sucesiones de combinación entre las dos formas opuestas de investigar abren perspectivas en las metas que tanto nos interesan a Marta Nieto y a mí. Nuestras diferencias quizá consistan en una forma radicalmente opuesta de concebir las relaciones entre la lingüística y el psicoanálisis. Para mí los distintos hallazgos de la lingüística, a partir de Ferdinand De Saussure, no son más que meros instrumentos que me reservo el derecho de elegir en tanto se presten a las características de los aspectos del diálogo psicoanalítico que deseo investigar. Por ejemplo, la fonología en su aspecto semántico, si deseo delinear los datos empíricos iniciales de la fantasía inconsciente. Esto lo hago porque los aspectos paraverbales de la verbalización se prestan para fijar las diferencias cualitativas entre las diferentes fantasías inconscientes que son predominantemente preverbales. Aquí encontré muchas veces correspondencias- entre aspectos genético-evolutivos del desarrollo individual insertados en otro sistema: las recursividades que observamos si estudiamos

fragmentos de emisiones verbales mediante técnicas especiales que disponemos. Esto lo cito por dos razones. En primer lugar para Informar sobre una manera de investigar (que la autora sin duda y otros colegas también cuestionarían) sobre una forma de obtención de datos empíricos del campo analítico. Con ese fin me reservo el derecho de utilizar y también de desechar, si es que me convengo o me convencen de lo contrario, cualquier instrumental, ya sean instrumentos materiales (como ser la cinta magnetofónica a alta velocidad escuchando repetidas veces un corto fragmento de una misma emisión sonora), o bien, los instrumentos conceptuales provenientes del campo de la semántica estructural utilizando los conceptos de Ullmann* sobre los rasgos semánticos de las emisiones verbales. En cambio, cuando he necesitado sentar las bases empíricas sobre los distintos tipos de reparación me ha sido adecuado apelar al grado creciente de coordinaciones y subordinaciones en las estructuras sintácticas, tal como Chomsky** las efectuó en su concepción de la gramática generativa.

La segunda razón por la que expuse todo esto es porque estos conceptos que son atingentes a las palabras y a la situación analítica necesitan ser bien aclarados; por eso quiero contrastar mis ideas con las de Marta Nieto.

A mi entender la situación analítica puede adjetivarse como “cuasi experimental”; dejando aclarado que yo no considero que la misma funcione como variable independiente, sino que también para este tipo de contrastaciones es necesario liberarnos del prejuicio conductista y permitirnos conjeturar cuando un dato empírico determinado es efecto de estas tres posibilidades: 1) que la

* Ullmann, S.: **Semántica**. 30-54, 267-292; ed. Aguilar; Madrid, 1965.

** Chomsky, N.: **Aspects of the Theory of Syntax**. The M.I.T. Press; Cambridge; Mass.; 1965.

situación analítica sea variable independiente, 2) que sea variable interviniente y 3) que sea variable dependiente. Entonces podría referirme al punto B. De lo que el psicoanálisis es, despojado de todo tipo de interferencia proveniente de la fenomenología existencial y el psicoanálisis. Es entonces cuando la formulación que hace la autora que “analizarse es aprender a hablar de veras” adquiere para mí mayor significación.

Por último quiero preguntar algo de lo cual tengo dudas. En este trabajo me parece observar una influencia de las aproximaciones que la fenomenología ha hecho al psicoanálisis; por principio no me opongo a que tal cosa se haga, siempre y cuando no sea peligroso para la investigación en psicoanálisis. De allí que deseo que la autora me aclare qué grado de compromiso tiene su exposición con las aproximaciones que la fenomenología ha tratado de efectuar buscando establecer un diálogo con el psicoanálisis, hecho del cual hasta el momento tendría serias objeciones que hacer.

De Ezra Heymann *

La autora delimita desde el comienzo muy claramente su tesis con respecto a la de su trabajo anterior. Una sesión analítica no es una situación experimental. No se trata de nada parecido al arreglo preconcebido que realiza el científico para poner a prueba una hipótesis suya. Esta precisión me parece muy importante. Considero sin embargo que cabe prestar atención a dos aspectos que atenúan en algún grado la diferencia entre los dos tipos de situación señalados.

* El comentario del profesor Ezra Heymann fue recibido cuando ya la revista estaba en prensa, motivo por el cual sus consideraciones no han sido incluidas en la **Respuesta** de Marta Nieto.

1. Si bien, la interpretación no debe ser enfocada como una hipótesis a ser puesta a prueba por un experimento, el analista se guía, al emitir una interpretación, por una hipótesis acerca de su oportunidad. Todo lo que es técnica, aunque se trate de una “técnica de la veracidad”, representa una hipótesis en algún grado corroborada, acerca de lo conducente de una operación, y que sigue abierta a pruebas futuras. Todo lo que la autora caracteriza como investigación fuera de la situación analítica misma, y que incluye tanto materiales del análisis como observaciones extra analíticas, así como toda la teoría a la cual el analista adhiere, incide en la valoración que hace acerca de lo que ocurre en la sesión. La totalidad de los criterios que orientan de este modo al analista constituye un sistema de hipótesis en relación con la finalidad bajo la cual el analista concibe el análisis.

2. Hay un aspecto que toda relación humana tiene en común con una situación experimental. Es inevitable que en ciertos momentos, en los intersticios de la comunicación, uno tenga la necesidad de saber cómo es el otro y en qué actitud está en el momento dado, y entonces al igual que para conocer el peso y la consistencia de un objeto lo toma en la mano, es decir, hace algo con él para saber cómo el objeto responde, así también para orientarse con respecto al otro, hace o dice algo para conocer la modalidad de la respuesta. Cuando después de una conversación muy animada nos despedimos de un amigo con un apretón de manos, este apretón no tiene nada de experimental. Pero apenas notemos un desencuentro, ya estaremos atentos a la forma en que nuestro interlocutor reacciona. Los intersticios y las dificultades de la comunicación a los cuales les corresponde de este modo una actitud cuasi-experimental están en realidad íntimamente ligados al proceso de comunicación mismo, ya que la comunicación humana tiene como incentivo precisamente las dificultades comunicativas.

Si bien debemos distinguir la formulación de una hipótesis con la finalidad de probarla posteriormente, de la puesta en marcha de un proceso comunicativo, no debemos olvidar que el proceso comunicativo tiene como tal también sus controles, su necesidad de corroboraciones, lo que la autora admite. Esta necesidad de corroboraciones incluye también, por cuanto hay en la comunicación de toda clase una referencia a una realidad objetiva exterior o interior, una emisión de hipótesis y su examen, lo que no es otra cosa que el ejercicio en común del principio de realidad.

Pero me parece que la autora no le da todo su alcance a la distinción que introdujo, cuando habla del conocimiento verídico que se ha de lograr, o cuando al dar el ejemplo de la angustia de encierro, afirma que no podemos saber si esta persona sintió angustia al nacer, pero sí que ahora la siente. Me parece que precisamente aquí cabe distinguir entre una hipótesis acerca de lo que ocurre o no ocurre, y un hecho comunicativo. Si se trata de averiguar si hay una angustia de encierro o no, debemos reconocer que no existe ningún acceso infalible y sin mediaciones ni a los propios- hechos psíquicos, ni a los demás. En este respecto sólo se pueden emitir hipótesis y ver si se confirman. Pero no se trata en primer lugar de hacer una averiguación de esta especie. Se produce una manifestación del analizando, ésta despierta en el analista otro hecho comunicativo que se manifiesta como interpretación, una respuesta que es condicionada tanto por la situación presente como por la teoría en que el analista se apoya. Y aun cuando el analizando dice de sí mismo que siente angustia de encierro, su afirmación no es tanto una descripción (hipotética) de hechos (o un “diagnóstico”, como diría Ryle), sino una manifestación de estos hechos: es parte de una conducta de angustia de encierro modificada por la situación analítica.

Que el concepto de conocimiento verídico y de técnica de la veracidad

necesita más aclaración lo muestra la referencia que la autora hace, a través de una cita de Ricoeur, al Edipo *rey* de la tragedia griega. Considero que Ricoeur, es víctima de un clisé cultural cuando ve en *Edipo rey* el ejemplo del hombre que realiza un reconocimiento transformador de su propio ser. Tanto en el *Edipo en Colono* de Sófocles como en *Siete contra Tebas* de Esquilo, Edipo aparece más bien como el hombre que lo sabe todo y que no entendió nada. Él llega a saber que el hombre al que había matado en la encrucijada era el rey Laios, y ya no le queda duda de que el rey Laios ha sido su padre. Pero el conocimiento de estos hechos, lejos de transformarlo, excruba terriblemente su violencia. Luego de haberse cegado maldice a sus dos hijos varones a que se den muerte mutuamente.¹ Edipo no se redime. Son los atenienses, que acogen al expulsado errante, para quienes él se transforma después de su muerte en espíritu protector. Pero mientras vivía no se produjo en él ningún reconocimiento de la cadena de angustias y agresiones que forman un destino desgraciado común, reconocimiento que pudiera dar lugar a sentimientos de reconciliación.

La autora caracteriza la veracidad que se trata de lograr como la capacidad “de decir por su nombre” lo sentido y lo vivido. Esta capacidad se comprueba sólo en la comunicación, a través de la posibilidad de compartir “lo descubierto”. Así puede la autora formular como criterio de la buena marcha, y en definitiva de la terminación del análisis, el que gran parte de lo descubierto pueda ser compartido hablando con el analizado. Noto aquí que la autora no llega a expresar su criterio del compartir, ya que imposiblemente podrá considerar como tal la mera aceptación presurosa de las interpretaciones del analista por parte del analizado. Quizás habría que decir también que la buena comunicación

¹ Los versos de **Siete contra Tebas** dicen: Sufriendo un tormento insoportable, realizó, fuera de si, una doble terrible desgracia: con la mano parricida se arrancó los ojos, queridos como los hijos más queridos, y a los dos hijos que lo ofendieron escupió en amargo odio, ay, ay, maldiciones de amarga lengua, que en el futuro decidan sangrientamente la herencia, con la espada empuñada.

En **Edipo en Colono** Sófocles lo muestra como rechazando la tonta-Uva de reconciliación de sus hijos y confirmando la maldición.

no consiste sólo en el compartir, sino que es igualmente esencial el que haya aportes de individuos que han realizado integraciones diferentes, a lo que la autora alude al hablar de la formación de la persona, de su individualidad, a través del duelo. Pero esta buena comunicación no es algo diferente de la cura. Esta palabra puede ser malentendida, pero no más de lo que puede llevar a error la idea de descubrimiento o conocimiento verídico, tomada aisladamente.

RESPUESTA A LOS COMENTARIOS

A Willy Baranger

Agradezco a Willy Baranger su comentario, entre otras razones, porque tiene la virtud de esclarecer puntos formulados por mí en forma por demás escueta. Por eso resulta complementario del trabajo y beneficioso para los lectores.

En cuanto “al rumbo” a que alude, puedo decir que cada vez me oriento más precisamente hacia el estudio sistemático del diálogo analítico. Esto implica considerar que el diálogo peculiar que la situación analítica suscita, es, por excelencia, ámbito de descubrimiento y campo de investigación del inconsciente.

Sus reflexiones sobre el criterio de evolución y terminación de análisis que propongo, resultan oportunamente amplificantes de las mías y enriquecen mucho su comprensión.

A David Liberman

Antes que nada quiero aclarar a David Liberman que en lo que a mí respecta no considero exacta su afirmación sobre “el mucho trabajo sobre metodología de la investigación en psicoanálisis”. Sí pienso que eso es exacto de él.

En mi caso ocurre que lo que me importa desde hace muchos años (quizás deba decir desde que pienso) es el qué y el cómo del saber y por ende el objeto del psicoanálisis y sus caminos para alcanzarlo.

Las interrogantes pertinentes me las he formulado a lo largo de mis años formativos (de los que no he salido y espero no salir).

También que he hecho de esas interrogantes el eje de toda mi actividad de enseñanza del psicoanálisis: seminarios, supervisiones, y de la tarea psicoanalítica en general. He escrito poco, he hablado más.

Respecto a mis fuentes pensé que quedaba claro, veo que no, que fue el trabajo de Ricoeur el que me permitió el acceso a Lacan. Lo cité a él, porque entonces su lectura, aparte de otros beneficios, me clarificaba las oscuridades lacanianas.

La recorrida que hace Liberman por mi trabajo de 1965 me permite volver sobre algún cambio en mis enfoques o en la dirección que han tomado mis reflexiones y que me apartan en algunos puntos de aquel trabajo.

Lo más importante: me pregunto si la cuestión de la validez en psicoanálisis no es de esos problemas que por mal planteados carecen de salida y la no solucionabilidad se sustituye por la idea de que en un futuro indefinido gracias al surgimiento de nuevos procedimientos o técnicas, se podrá resolver. Por mal planteado quiero decir en primer término por no aclarar si el concepto de validez 'tiene aplicación en psicoanálisis.

Esto implica a mi entender, resolver el punto que en el trabajo actual

empiezo a esbozar, el de si una interpretación es una hipótesis, cosa que ahora me cuestiono.

Si ubicamos el psicoanálisis como una ciencia hermenéutica entonces lo que nos preocupa es un sentido que conseguimos interpretar o no. En ese contexto, el enunciado del sentido en la medida que es su interpretación no es una hipótesis.

Tratar la interpretación como una hipótesis o conjetura es ubicarla en otro contexto —creo que el de las ciencias de la naturaleza— en el cual la validación es una dimensión constitutiva del quehacer.

Esta diferencia con Liberman se manifiesta en la práctica en que sus procedimientos de objetivación del proceso analítico valen para mí (y mucho) no porque sean validantes sino porque todos ellos son procedimientos que enriquecen las posibilidades de descubrimiento en el peculiar encuentro de la relación analítica.

También discrepo con Liberman en la ubicación que da a la teoría de la información en el psicoanálisis. Me parece útil poder formular en algún momento la situación analítica en términos de esa teoría, pero creo que distorsionaría lo específico de la misma si se la redujera a ella.

En cuanto a la “diferencia cualitativa entre la labor del analista como investigador con el paciente en la sesión psicoanalítica con la tarea del analista como investigador de la interacción comunicativa de segmentos de procesos psicoanalíticos efectuados en sesiones ya realizadas”, no entiendo por qué dice Liberman que hay aquí una disensión entre los dos.

Estoy de completo acuerdo en que hay una diferencia entre el trabajo del analista en la sesión, y el que tiene que hacer con la sesión como objeto de investigación.

Pienso también que ese segundo trabajo es imprescindible para que la práctica analítica sea tal y no cualquier otra cosa.

Por otro lado no me parece que tengamos “una forma radicalmente opuesta de concebir las relaciones entre la lingüística y el psicoanálisis”, sino que son diferentes, y que esa diferencia tiene que ver justamente con el lugar que ocupa en su esquema conceptual la teoría de la información que en el mío en cambio lo ocupa una concepción que pienso bastante próxima en este momento a la de Lacan.

Finalmente, y con respecto a su amplia pregunta sobre relaciones de psicoanálisis y fenomenología, no la voy a contestar por las mismas razones que, estando en el plan original del trabajo, fue dejada con varios otros puntos.

Sí puedo decirle que éste iba incluido dentro de Lo que el *psicoanálisis no es*, y que la delimitación que me proponía hacer estaba centrada en la noción de inconsciente.

A PROPOSITO DEL ANALISIS DE UNA SORDOMUDA*

BERNARDO BLAY NETO**

En este trabajo me propongo describir los problemas psicoanalíticos que debí enfrentar en el tratamiento de una sordomuda con dificultades resultantes de la sordomudez y de qué modo logré finalmente captar fantasías inconscientes que me revelaron el significado que la sordomudez tenía en la vida de la paciente.

Lo que el presente trabajo tiene de oportuno y relevante desde el punto de vista analítico es que demuestra la posibilidad de realizar terapia analítica prescindiendo de la utilización de la palabra hablada.

Cuando se me presentó la oportunidad de psicoanalizar a una sordomuda, me vi obligado a sustituir la palabra hablada por la comunicación manual de los sordomudos. En realidad, sólo gracias a mi experiencia con el alfabeto manual de los sordomudos me ha sido posible realizar este trabajo.

Se trataba de una joven de 21 años que a los 15 meses de edad, a raíz de un proceso infla-matorio meningo-encefálico, había quedado sordomuda. Todas las tentativas clínicas de recuperación resultaron inútiles.

Frecuentando escuelas especializadas en la alfabetización de sordomudos, aprendió a leer y escribir.

Desde temprana edad reveló gran sensibilidad artística y condiciones para el dibujo arquitectónico. Intentó seguir cursos de arquitectura pero su deficiencia se lo impidió, Compensó este impedimento leyendo y estudiando por cuenta propia. Sus dibujos, por las soluciones originales que proponían para problemas

* Trabajo presentado en el VIIIº Congreso Psicoanalítico Latinoamericano; 1970, Porto Alegre, Brasil. Miembro asociado de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo.

** Dirección: Rua Itapeva 486, 119; San Pablo, Brasil.

de circulación entre ambientes despertaron gran interés. Muchos de sus proyectos fueron ejecutados, pero al hecho de no estar firmados por la autora debido a la falta de un curso especializado. Con el tiempo, empezó a ser muy buscada para la ejecución de proyectos arquitectónicos y sus trabajos fueron premiados en varias oportunidades.

Recurrió a la terapia psicoanalítica a causa de sus dificultades para relacionarse con el sexo opuesto. Sus noviazgos no prosperaban. Al cabo de cierto tiempo perdía todo interés en ellos porque dejaban de darle un significado emocional. En tales circunstancias, la relación amorosa se convertía en una situación incómoda, en una privación de libertad. Había tenido una experiencia psicoterápica anterior, que las dificultades de comunicación le impidieron continuar, y al enterarse de que un grupo de sordomudos se trataba conmigo me buscó para que la analizara.

En aquella época estaba de novia y la proximidad de su boda la preocupaba muchísimo.

Llegó a la primera sesión con cinco minutos de atraso. Se disculpó con un gesto y luego se tendió espontáneamente en el diván mientras yo maquinalmente me sentaba en el sillón atrás de ella. Antes de que tuviera tiempo de acomodarme, comenzó a maniobra: con los dedos para expresar signos alfabéticos que yo pasé a captar. Transcurridos algunos minutos mi tarea se vio perturbada pues de cuando en cuando bajaba las manos de tal modo que éstas desaparecían de mi campo visual. La pérdida ocasional de la percepción de las señas me hacía perder algunas de las letras que articulaba con los dedos impidiéndome entender el sentido de la frase. A fin de establecer un nuevo contacto visual con sus manos, me vi obligado a levantarme del sillón. La tarea de acompañar los movimientos me entretuvo a tal punto que cuando me di

cuenta el tiempo de la ocasión había terminado.

Inadvertidamente hablé: ‘Su hora ha terminado’. Me dirigí a ella como si pudiese oír. Olvidé que estaba en presencia de una sordomuda. Al advertir el lapsus me levanté y colocándome frente a ella le hice señas de que la sesión había terminado. Inmediatamente se puso de pie, me saludó risueña y salió.

No me sentí satisfecho. La sesión me pareció artificial y me angustió. A mi criterio, no existían condiciones técnicas para que el análisis progresara. Me parecía absurdo exigir obediencia a algunos requisitos técnicos del psicoanálisis cuando la paciente carecía de condiciones para cumplirlos. Pensé en hacerla sentar en lugar de acostarse en el diván pues de esta manera podría ver sus señas y ella las mías.

En la segunda entrevista, cuando se dirigió al diván (y antes de que se acostase en él) la invité a sentarse frente a mí. Aceptó mi invitación aunque sin mucho entusiasmo. Ahora estábamos frente a frente; ella observándome inquisitivamente, retorciéndose nerviosamente las manos, y yo mirándola cohibido, sin saber qué hacer. Una barrera se había levantado entre nosotros. Estas restricciones de parte de la paciente me sorprendieron. Me parecía ilógico que se comunicara cuando a mi entender no existían condiciones favorables para ello y que dejara de hacerlo cuando yo le ofrecía las condiciones necesarias. Se me ocurrió entonces que la aparente falta de lógica en su comportamiento respondía al cambio de técnica que yo había propuesto. Dicho cambio —que se analizara sentada en lugar de acostada— se debía a que, a mi criterio, no existían condiciones adecuadas para que se estableciera entre nosotros una comunicación.

Al hacerlo, omitía consultar la opinión de la paciente es decir, si también ella pensaba como yo, que las condiciones existentes eran inadecuadas. Sus

reacciones ante el cambio de técnica indicaban que su punto de vista a este respecto no coincidía con el mío.

Después de haber interpretado esto, que para mí era el motivo de sus reacciones, sonrió y levantándose del sillón se dirigió al sofá, donde se acostó. Al cabo de algunos instantes empezó a mover los dedos que, como en la primera sesión, desaparecían de vez en cuando de mi campo visual. En ese momento percibí la existencia de otra vía de comunicación que se manifestaba por el persistente comportamiento de acostarse y de bajar las manos durante su “conversación”. Se hacía necesario comprender el significado transferencial de esta situación, vinculándola al mismo tiempo a la fantasía inconsciente que desencadenaba su aparición.

Para alcanzar este objetivo, investigué las consecuencias de esta actuación repetida e inferí que al estar la paciente acostada mi palabra (articulación de mis dedos) no le llegaba pues sus ojos no podían ver mis dedos. Esta situación me enmudecía, dada mi imposibilidad de “hablar” con la paciente. Por otro lado, me volvía sordo a medida que ella bajaba la mano, impidiéndome ver (escuchar) lo que ella “decía”

Desde la iniciación del análisis procuró convertirme en continente de la sordomudez utilizando el mecanismo de proyección identificativa. Yo atravesaba la misma situación en que se había encontrado ella a los quince meses de edad, y cuyas consecuencias perduraban hasta ahora. Experimenté la angustia de no poder hablar ni oír.

Esta proyección había sido rechazada por mí cuando en la primera sesión negué su condición de sordomuda al comunicarme con ella por medio de la palabra hablada. Seguí rechazando su proyección cuando modifiqué la técnica

del tratamiento. Al hacerlo, impedía que esta proyección que me molestaba continuase y erigía al mismo tiempo defensas tendientes a impedir que mis oídos y mi habla fuesen destruidos por ella. No deseaba volverme sordomudo.

En la sesión siguiente reiteré mi pedido de que se sentara y cuando lo hizo, le interpreté el significado del acostarse y el bajar las manos. Después de esta interpretación dejó de insistir en su comportamiento, aceptando tranquilamente continuar el análisis sentada

Los hechos expuestos me permitieron comprender que yo había iniciado la terapia analítica partiendo de la premisa de que el análisis de una sordomuda sería factible si la palabra hablada era sustituida por la articulada por los dedos. Al aceptar esta idea como válida, creía estar analizando a la paciente cuando en realidad no alcanzaba a percibir lo que la situación creada entre nosotros tenía de específico: el desarrollo de un proceso comunicativo que trascendía el simbolismo de la palabra. La paciente se comunicaba conmigo por actuación. Era así como vinculaba sus fantasías inconscientes. En la misma forma, esto es, a través del comportamiento, procuraba hacer que yo me identificase con sus objetos inconscientemente fantaseados. Se evidenciaba de este modo la regresión de la paciente, cuyas fantasías de convertirme en continente de su sordomudez se expresaban a niveles preverbales y presimbólicos.

La evidencia de que las fantasías inconscientes eran transmitidas a nivel regresivo se corroboró cuando empezó a utilizar dibujos como medio de comunicarse conmigo. Estos dibujos contenían elementos que me facilitaron la comprensión de la representación mental que la paciente tenía de la sordomudez. Por otro lado, los dibujos mostraban de qué modo la paciente utilizaba la sordomudez para evitar el análisis y por consiguiente el desarrollo de la percepción.

Para mostrar lo que vi en sus dibujos y cómo llegué a comprender la representación que la paciente tenía de la sordomudez, describiré aquellos que me parecieron más significativos: uno de ellos (figuras 1 y 1a) representaba un proyecto para la construcción de una casa en un terreno rectangular. En este estudio el terreno estaba dividido en dos triángulos en los cuales habían edificadas dos construcciones simétricas. El proyecto presentaba un detalle curioso, la ausencia de comunicación entre las dos construcciones. Ésta se establecía por fuera de los edificios a través de una serie de pérgolas y tejados. Las dos casas permanecían aisladas una de otra, teniendo como medio de comunicación la singular solución presentada.

Otro dibujo (figura 2) era un estudio para la construcción de una casa de veraneo en un terreno de excepcional belleza. Según el punto de vista de la autora, si la casa se construía sobre el terreno, se comprometería la belleza del paisaje. Para soslayar esta dificultad dio la siguiente solución: construir la casa subterránea. La comunicación entre la casa y el exterior se hacía por medio de conductos destinados a proporcionar luz y aire. Esta solución permitía a la vez intimidad doméstica al proteger el interior de los ruidos del exterior e impedía al mismo tiempo que la actividad interna de la vivienda fuera observada desde fuera.

Sin embargo la autora se lamentaba de tener que dañar el terreno pues para permitir la construcción y el acceso a la casa era imprescindible perforado. Estos dibujos me parecieron significativos y simbólicos. En el primero lo que llamaba la atención era la ausencia de comunicación entre las dos casas; a mi entender este detalle representaba gráficamente la sordomudez de la paciente, la falta de comunicación directa entre ella y el inundo. Al mismo tiempo la solución hallada para suplir la falta de comunicación entre las casas (pérgolas y

tejados) representaba las complicadas vías que tenía que usar para comunicarse.

El dibujo siguiente expresaba en forma más detallada cómo *en* su fantasía la paciente establecía su relación con el mundo: a través de conductos que simbolizaban los ojos y la nariz que, como en la casa, se constituían en instrumentos transmisores de luz y de aire. En suma, en virtud de su deficiencia orgánica, la paciente no estaba en condiciones de entrar ni salir, así como no entraba ni salía de la casa debido a las características de su construcción. Este dibujo representaba además un esbozo gráfico de nuestra relación transferencial. La casa y el terreno, como la paciente y yo, estábamos en condiciones de coexistir después de un daño previo: una perforación en el terreno o sea convertirme en sordomudo. Por lo tanto nuestra relación se mantenía como consecuencia del daño que en su imaginación ella me había infligido. Ahora, tanto ella como yo, nos encontrábamos en igualdad de condiciones: sordomudos los dos. El mismo dibujo, sin embargo, evidenciaba gráficamente la presumible envidia de la paciente así como la capacidad destructiva que atribuía a este sentimiento: la de destruir las bellezas y las capacidades de quienes se ponían en contacto con ella. Ahora se hacía comprensible su dificultad para mantener contacto *con* sus pretendientes, sobre todo cuando la situación tendía a constituirse en una relación más seria. En estas circunstancias se desarrollaba el temor de dañarlos como sentía haberme dañado. En un principio me pareció ver en esta dificultad de mantener contacto con los objetos externos un componente depresivo y de consideración para con ellos. Más tarde pude comprobar que en lugar de desarrollar depresión, en esta relación objetal se manifestaba un componente de naturaleza esquizoparanoide: el miedo de ser dañada por ellos.

En este período del análisis la paciente, que utilizaba como principales medios de comunicación la actuación y el dibujo, empezó a *usar* con más frecuencia la palabra escrita. Comprendí que estaba evolucionando en el proceso co-

municativo pues si antes su contacto se hacía a través de vías características de una mayor regresión —presimbólicas y preverbales—ahora, al usar la palabra, evidenciaba una regresión menor.

En esta fase, cuando comenzó a utilizar la palabra escrita, trajo material que me facilitó la comprensión del temor de la paciente de ser dañada por objetos externos, lo cual me permitió comprender mejor cómo utilizaba la sordomudez para defenderse del análisis.

Este material está en relación con el casamiento de la paciente. Había fijado para su boda una fecha en la que probablemente estaría menstruando. Al darse cuenta de ello, la preocupaba la falta de condiciones apropiadas para una relación sexual en la noche de bodas. Le interpreté su elección de esa fecha para el casamiento como indicio de que temía la consumación del matrimonio por la desfloración, que era sentida como daño. Desflorada, la paciente se sentiría dañada, probablemente como se había sentido a los 15 meses de edad, cuando quedó sordomuda. La menstruación alejaba el peligro de la desfloración. En su relación conmigo, terapeuta, mostraba un comportamiento análogo: sordomuda, sentía que no había quién pudiera analizarla a causa de su sordomudez. La sordomudez cumplía una función análoga a la de la menstruación.

Si menstruaba, no sería desflorada; sordomuda, no sería analizada. Cuando yo, valiéndome del alfabeto manual y poniéndome en contacto con sus fantasías, invalidé la sordomudez como obstáculo al análisis de la paciente, ella comenzó a experimentar el temor de ser penetrada por mis interpretaciones, semejante al temor de que el terreno fuese perforado para poder construir la casa. Lo que la paciente temía además al relacionarse con los objetos, era el ser dañada por ellos. Temía ser penetrada por las interpretaciones porque temía su acción fecundante, la percepción de su propia realidad psíquica interna, hasta

entonces velada por la sordomudez que, como el himen, protegía su virginidad.

Dos meses después de esta sesión —y al cabo de un año y medio de tratamiento analítico— la paciente se casó. En la actualidad continúa el análisis y su evolución hasta la fecha habla en favor de la posibilidad del análisis de pacientes sordomudos con prescindencia de la palabra hablada. Para finalizar, hago hincapié en los cambios ocurridos en los procesos de comunicación de la paciente que en un principio se verificaba por medio de la actuación, luego a través de dibujos y por último por medio de palabras expresadas en el alfabeto sordomudo. Por lo tanto la paciente utilizó primero procesos correspondientes a una mayor regresión psíquica y más tarde procesos indicativos de una regresión menor.

Para terminar, quiero poner de relieve la forma en que la paciente experimentaba la sordomudez: la sentía como un daño que le fuera infligido y cuya repetición deseaba evitar. La experimentaba también como barrera que impedía el psicoanálisis y la protegía de las agnustias que despertaría en ella el progreso analítico.

r e s u m e n

1° El trabajo enfoca la posibilidad del tratamiento psicoanalítico de una sordomuda; también encara el modo por el cual el analista luchó con esta dificultad y llegó a captar fantasías inconscientes reveladoras del significado de La sordomudez en la vida de la paciente.

2° La sordomudez era utilizada defensivamente como barrera frente al progreso del tratamiento analítico y por consiguiente frente a la intensificación de la angustia.

3° El tratamiento en sus fases iniciales fue sustancialmente facilitado por la interpretación de la comunicación extraverbal.

4° El trabajo apoya la conclusión de que el análisis de sordomudos es asequible.

Traducido por **Clara A. Tagle**

LENGUAJE Y ESTRUCTURA PSIQUICA

La organización vocal-auditiva del yo *

HENRY EDELHEIT **

Desde que Anna O. se encontró con la “cura del habla” y Breuer y Freud la convirtieron en un poderoso instrumento terapéutico e investigador, el habla ocupa una ubicación importante en la situación psicoanalítica, y las reflexiones acerca del habla y el lenguaje son cruciales en la teoría psicoanalítica. Freud basó su teoría de la represión en la relación existente entre las huellas mnémicas y los residuos verbales; y casi no se puede pensar en la interpretación, clave de la técnica psicoanalítica, excepto en términos de habla. Freud endosó la importancia de la lingüística para el psicoanálisis cuando escribió:

“Nosotros los psiquiatras no podemos dejar de lado la sospecha de que comprenderíamos y traduciríamos mejor el lenguaje de los sueños si supiéramos más acerca del desarrollo del lenguaje” (7, p. 161). A esta proposición más tarde podría haber agregado que entenderíamos más acerca de la estructura psíquica si supiéramos más acerca de la estructura del lenguaje y la ontogénesis del habla.

Según la definición de Edward Sapir (43, p. 8), que es la que seguiré en este trabajo, el lenguaje “es un método [...] puramente humano de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos voluntariamente. Estos símbolos [Sapir indica cuidadosamente] son, en primera instancia, auditivos y son producidos por los llamados «órganos del habla».”

* Journal of the American Psychoanalytic Association, volumen 17, abril de 1969, n° 2.

** Dirección: The New York Psychoanalytic Society, 247 East 82nd. Street, New York, N. Y. 10023.

A medida que la vocalización del infante llega a estar progresivamente bajo su propio control (siempre en relación con la voz de un adulto significativo), el infante desarrolla el potencial innato para obtener las emisiones específicamente imitadas que constituyen el habla. Hay razones para creer que el desarrollo de este potencial es un determinante importante en la diferenciación y el crecimiento del yo mismo.

Como ocurre con todos los procesos biológicos adaptativos también la relación entre habla y estructura yoica (y por lo tanto entre la función del habla y otras funciones yoicas) es dialéctica. El papel del habla en esta relación es tan importante, sin embargo, que no exageramos al decir que el habla, más que cualquier otra función, caracteriza al yo como un todo. El yo es tanto un generador del habla como, en forma recíproca, una estructura diferenciada cuyos rasgos están críticamente determinados por el lenguaje y sus derivados. Por lo tanto, me gustaría hablar del yo como de una organización vocal-auditiva.

El presente trabajo está compuesto por cinco secciones:

1. En la primera sección trataré algunos sugestivos paralelos entre conceptos lingüísticos de la estructura del lenguaje y conceptos psicoanalíticos de estructura y función psíquicas. Estos paralelos también abarcan similitudes entre las metodologías de ambas ciencias.

2. En la segunda sección presentaré algunas congruencias conceptuales entre observaciones lingüísticas y psicoanalíticas acerca del desarrollo del habla en el niño.

3. En la tercera sección repasaré el estudio que Freud hizo del “aparato del

habla” en su trabajo *De la afasia*, y comentaré el papel de este estudio en su desarrollo posterior de algunos de los aspectos centrales del psicoanálisis.

4. La cuarta sección muestra los rasgos del habla humana (según Hockett), con especial referencia al papel crucial de la modalidad auditiva. Aquí comentaré también el predominio de la modalidad auditiva sobre la de los otros sentidos, incluyendo el visual.

5. La quinta sección considera algunos experimentos y estudios recientes que sostienen la idea de una interdependencia funcional entre el desarrollo del lenguaje y la ontogénesis del yo.

Como en el curso de este trabajo será necesario referirse a algunos conceptos lingüísticos básicos, puede ser útil introducir unos pocos términos y definiciones ahora. Los más importantes son los conceptos de *fonema* y *morfema*, que incorporan, respectivamente, las unidades lingüísticas de sonido y *significado*. Se puede describir al fonema como una unidad de lenguaje en la palabra hablada similar a la letra en la palabra escrita.

Los fonemas son categorías significativas del sonido del habla. Están más o menos representados por las letras del alfabeto. Los fonemas (unidades de sonido) señalan diferencias de significado sin ser en sí los portadores de significado. Por ejemplo, la diferencia en significado entre las palabras *palo* y *malo* están señaladas por la disparidad entre el fonema [p], representado por la letra *p*, y el fonema [m], representado por la letra *m*.

Cuando los fonemas están próximos de acuerdo con su calidad, hay peligro de ambigüedad y malos entendidos. En el episodio del gato de Cheshire, Lewis Carroll señala la ambigüedad y explota el malentendido:

“Did you say pig or fig? —said the Cat appearing on a branch over Alice’s head.”

“I said pig —replied Alice—, and I wish you wouldn’t keep appearing and vanishing so suddenly.”

Hockett dice que “cualquier emisión en un lenguaje está compuesta por un arreglo de los fonemas de ese lenguaje; al mismo tiempo, cualquier emisión en un lenguaje está formada por un arreglo de los morfemas de ese lenguaje, y cada morfema está representado por un pequeño arreglo de fonemas” (18, p. 574).

Los *morfemas* son las más pequeñas unidades *significativas* del habla. Las *palabras* están compuestas ya sea por morfemas aislados o por combinaciones de morfemas. La palabra *nulos*, por ejemplo, está formada por el morfema [ninjo-], que significa “joven macho humano”, y el morfema [-s], que significa “más de uno”.

1. Algunos paralelos entre lingüística y psicoanálisis

Antes de hacer una consideración acerca del desarrollo del habla en el individuo y la relación de ese desarrollo con la diferenciación psíquica, me gustaría llamar la atención del lector hacia una cantidad de analogías entre lingüística y psicoanálisis. Creo que estas analogías reflejan *una* arraigada reciprocidad entre el lenguaje y la estructura psíquica.

Joseph Greenberg (16) postula que la ciencia de la lingüística cae en dos divisiones: histórica comparativa (lingüística diacrónica) y descriptiva (lingüística sincrónica). La lingüística histórica comparativa (diacrónica) permite efectuar analogías con conceptos de cambio caracterológico con

alteraciones en la estructura defensiva en una organización yoica cambiante (en el proceso del análisis o en las reorganizaciones y ajustes de la adolescencia). Por ejemplo, los cambios de un sonido vocal a través de varios siglos son vistos y comprendidos en el contexto del cambio sistemático (cambios en la pauta o estructura fonética). La lingüística tradicional también ofrece paralelos notables con la postdicción y la reconstrucción en el análisis:

“Aunque la lingüística no es [...] una ciencia predictiva, excepto en un sentido probabilístico, de alguna forma puede predecir hacia atrás en el tiempo. Al comparar lenguajes de la misma familia, es decir, lenguajes que se han desarrollado a partir de un único lenguaje como fuente por medio de cambios independientes pero regulares, la lingüística puede reconstruir, por una especie de triangulación conocida como el *método* comparativo, con un alto grado de plausibilidad, muchos rasgos de lenguajes extintos de los cuales no tenemos registros escritos” (16, p. 1168).

En forma análoga el psicoanalista reconstruye secuencias y situaciones olvidadas de la vida de un individuo por medio de una triangulación hacia el pasado de sueños, síntomas, pautas de conducta, actitudes corporales y rasgos de carácter, todos los cuales pueden haber sido conformados en forma distintiva por aquellos hechos de la más remota infancia y que ya no están presentes en la conciencia ni son fácilmente accesibles.

La lingüística descriptiva (sincrónica) es paralela a la descripción metapsicológica, especialmente la descripción de la estructura del yo en un momento fijo del tiempo. Un lenguaje estudiado desde el punto de vista sincrónico es una estructura selectiva e integrada con desarrollo marcado en varios niveles (fonémico, sintáctico y semántico) que se asemeja a la diferenciación y organización del yo, también en niveles múltiples, y que representa

grados similares de función obligatoria y relativamente autónoma. (*)

La estructura psíquica, como la, estructura biológica en general, no puede ser delimitada con exactitud del proceso. En forma similar, los elementos estructurales en el lenguaje (por ejemplo palabras, tanto como patrones fonémicos y sintácticos) pueden ser considerados como procesos marcados en lento cambio. Algunos son más estables, es decir, cambian más lentamente que otros. Por ejemplo, a nivel del vocabulario, se ven cambios muy lentos en términos usados para a) partes del cuerpo; b) ítemes de experiencia de la importancia de fuego y agua (simbólicamente relacionados, podríamos agregar, a funciones corporales); y c) a los números bajos (que de acuerdo con Cassirer, también derivan de partes del cuerpo). No me parece improbable que la estabilidad relativa de tales palabras derive de su afinidad con los aspectos más arcaicos del yo, que es “en primer lugar un yo corporal” (10, p. 26).

El concepto moderno de fonema (*) fue formulado hacia 1920 y representó un logro teórico importantísimo. Greenberg (16. p. 1167) considera a este logro significativo desde dos puntos de vista “La aislación de una unidad que es adecuada para los propósitos de la descripción, y la superación por medio de técnicas analíticas, de la particular parcialidad de observación del que observa, basada en sus propios antecedentes lingüísticos”. (**) El fonema puede ser brevemente identificado como la unidad de habla más pequeña que “marca una diferencia” para el orador nativo. (***)

* Los varios niveles de la jerarquía lingüística, por ejemplo, fonema, morfema, palabra, oración, emisión, no sólo difieren en largo, estructura y función, sino también en el grado de codificación compulsiva de cada uno (24, p. 74).

* El término había sido usado en forma algo diferente por F. de Saussure y otros, y el concepto de **unidad fonológica invariante** había sido desarrollado por Boudouin de Courtenay en 1878.

** Las “técnicas analíticas” a las que nos referimos aquí conciernen a los criterios técnicos para determinar los fonemas de un lenguaje no familiar y para diferenciarlos entre sí (por ejemplo, distribución complementaria y similitud articulatoria o fonética de **alófonos**; los alófonos son subcategorías dentro del fonema).

*** Los sonidos del habla que representan un solo fonema en un lenguaje pueden representar diferentes fonemas en otro lenguaje. En inglés [b] y [P] son fonemas separados. En el lenguaje Oto de Oklahoma, las consonantes

Con el advenimiento del concepto de fonema, la teoría lingüística fue rescatada del callejón sin salida de una descripción no enfocada y tremendamente detallada de los sonidos físicos del habla. El concepto de fonema le dio a los lingüistas una unidad fonológica invariante, y el fonema mismo es un componente invariante de la experiencia. Tales invariantes constituyen una barrera de estímulo. (****) En realidad, a través del establecimiento de categorías de experiencia, el lenguaje constituye una organización compleja y jerárquica de invariantes, una organización que es expresada en todos los niveles: fonológico, semántico y hasta estilístico. Tales invariantes protegen a la psique contra la inundación por un continuo difuso de impresiones ambientales. Jorge Luis Borges escribió un cuento acerca de un joven (Funes el memorioso) al que lo destruye su capacidad de registro total y recuerdo total. Le falta el poder categorizador que confiere discreción e invariación al fluir amorfo de la experiencia. El don del recuerdo total, que al principio parece tan maravilloso gradualmente se revela como una monstruosidad aplastante. Funes se muere, antes de llegar a la madurez, de una “congestión pulmonar”. Borges, debemos hacer notar, gusta de las parábolas. También es un estudioso de la lingüística. La muerte de Funes resulta de una congestión debida a una falla lingüística fundamental: carece de la protección del aspecto lingüístico de la barrera de estímulo.

Sapir (43, p. 46) fue de los primeros en distinguir claramente entre el sustrato acústico-fisiológico del habla y los elementos psicológicamente significativos llevados por dicho sus-trato. Distingue (44, p. 46) entre el *fonema*, “una unidad

vocalizadas y las no vocalizadas se reemplazan mutuamente en forma indiferente: [b] y [o] son variaciones libres de un fonema y un orador nativo no las distingue como sonidos diferentes. Por otra parte, la [t] aspirada de **top** y la [t] no aspirada de **stop**, que constituyen un solo fonema en inglés, pueden ser fonémicamente diferentes en otro lenguaje, es decir que la aspiración puede servir para señalar una diferencia de significado. Además es necesario notar que los fonemas de cualquier lenguaje pueden ser resueltos en combinaciones de un número muy limitado de rasgos distintivos, menor que el número de fonemas (que exceden por poco el número de unidades alfabéticas).

**** En la terminología de la teoría de información, el fonema protegería el aparato receptor de una sobrecarga. Sirve como filtro que sólo transmite **bits** de información discretos e invariantes.

funcionalmente significativa” y el *elemento fonético*, “una entidad objetivamente definible” aislada del continuo articulador del sonido del habla. El fonema tiene una realidad psicológica; el *elemento fonético* tiene una realidad acústico-fisiológica.

2. Observaciones acerca del desarrollo del habla en el niño

La pauta fonémica es un atributo esencial de toda habla. Constituye el medio por el cual el orador confiere secuencias significativas a la masa acústica de sonidos del habla y también el medio por el cual el oyente discierne tales secuencias, (*) El desarrollo de la pauta fonémica está determinado por la relación entre madre e hijo. Supongo que en esa relación la *congruencia vocal* es muy recompensada. La gratificación maternal refuerza la correspondencia de la vocalización del niño con un rasgo significativo del habla de la madre. A la inversa las vocalizaciones que no corresponden a rasgos significativos de la pauta materna son inhibidas y no encuentran representación en la pauta fonémica final del niño. (**) Es de suponer que la evolución más o menos sincrónica de la pauta sintáctica y la simbolización vocal-auditiva semántica correlacionada están determinadas de manera similar. Cualquiera que sea la forma de recompensa materna, se la epitomiza en forma clásica en la imagen de la madre amamantando al niño. (***)

* Bloomfield (2. p. 79) dice que entre los rasgos acústicos más marcados de cualquier emisión, algunos son diferentes, y recurren en forma reconocible y relativamente constante en emisiones sucesivas. Estos rasgos distintivos ocurren en grupos a los que llamamos fonemas. El orador está entrenado para producir movimientos que den sonidos de manera tal que los rasgos fonémicos estén presentes en las ondas de sonido, y está entrenado para responder sólo a estos rasgos y dejar de lado la masa acústica total que llega a sus oídos.

** En una hipótesis a la que se llegó durante un experimento con pájaros que hablan, Mowrer (38), atribuyó el desarrollo del habla a un refuerzo secundario (teoría de aprendizaje) y a la identificación (psicoanálisis), asignando un papel determinante al “placer autista” derivado de emitir sonidos que han llegado a ser sonidos “buenos” debido a su asociación con cuidado y alimento. La hipótesis de Mowrer comparte el rasgo de recompensa por congruencia vocal con las formulaciones aquí propuestas.

*** Desde el lado instintivo, los impulsos orales están predominantemente implicados en la ontogénesis del habla. Omitiré por ahora considerar los otros impulsos parciales que tienen un papel importante, aunque menor,

Lilli Peller (39), al describir la *causalidad* circular de todo el desarrollo de la conducta, indica que la relación recíproca entre el desarrollo del habla y el crecimiento del yo tiene lugar en un setting de actividad juguetona entre madre e hijo. El niño se ve doblemente recompensado: por los componentes placenteros de sus propias actividades (incluyendo su propio parloteo) y por las caricias y la vocalización de la madre. Peller se refiere a la actividad “no utilitaria” de la madre como a su “función, de agasajo” y sugiere que es un esencial factor biológico en el desarrollo humano.

Aunque se han efectuado varios estudios importantes acerca de la adquisición de pautas fonémicas por parte del niño (23, 25, 32, 33, 50) el número real de casos observados sigue siendo limitado. Además, la fase del proceso que nos interesa más ha eludido hasta ahora toda observación directa.

Me refiero al período entre el nacimiento y los 6 meses de edad, cuando el niño, “bañado en sonidos” (*) por la madre, responde a su habla, y aunque todavía no habla, ya altera sus vocalizaciones en el sentido del habla materna. Éste es también el período cuando, de acuerdo con varios autores psicoanalíticos (17, 22, 45, 46, 52) comienzan a tener lugar la diferenciación psíquica y la estructuralización.

Weir (50) ha publicado un análisis muy sofisticado acerca del monólogo que precedía al sueño en un niño de dos años y medio. Este estudio notable hace necesario efectuar una modificación crítica a cualquier concepción del apren-

en el desarrollo del habla.

* Mowrer (38) menciona un estudio de madres e infantes, bajo su supervisión, en el cual se observó que “la mayoría de las madres, y especialmente aquellas que según otros criterios parecían ser buenas madres, antenían a sus hijos “bañados en sonidos” la mayoría de las horas de vigilia”. Ver también **Salimbene** y las **Locuras de Federico II**. (42).

dizaje del idioma como proceso exclusivamente diádico, que depende directamente de estímulo ambiental y gratificación materna: ya que demuestra que un niño pequeño, solo en la oscuridad, corrige sus propias pronunciaciones, se ejercita con grupos de consonantes (“Blanket like lipstick”) y practica la sustitución de su vocabulario en oraciones tipos fijas. Se debe suponer que lo que explica este nivel de aprendizaje del lenguaje es un muy alto grado de internalización. Jakobson acota que “muchos de los pasajes registrados muestran una semejanza notable con los ejercicios gramaticales y los léxicos de los libros de texto en lenguas extranjeras:

<i>What color</i>	<i>Not the yellow blanket</i>
<i>What color blanket</i>	<i>The white</i>
<i>What color mop</i>	<i>It's not black</i>
<i>What color glass,</i>	<i>It's yellow. . . etcétera”</i>

Leopold (33) ha observado que sólo se ha obtenido un notable progreso en el estudio del lenguaje del niño y su adquisición por medio del principio fonémico y la aplicación del análisis fonémico de Jakobson. (23) De acuerdo con Leopold, la derivación que hizo Jakobson de reglas generales a partir del estudio de la afasia y el *lenguaje en los niños* “ha abierto una nueva era en la investigación del lenguaje del niño y a la vez ha fijado la posición de la lingüística infantil dentro de la competencia de la lingüística general”.

En un resumen (33) de sus propias observaciones exhaustivas del desarrollo del habla en un niño bilingüe (32) Leopold declara su deuda de gratitud hacia el concepto de la dependencia fundamental de patrones fonémicos en el contraste emitida por Jakobson. Aunque el artículo presenta sus hallazgos con respecto a *los niveles* semánticos y sintácticos así como al nivel de pautas fonémicas, está claro que todos los niveles se desarrollan en íntima interacción asociativa, y que

el núcleo estructural del proceso es fonémico. (*) Se debe recordar que todos los niveles del análisis lingüístico, incluyendo el “puramente” fonológico, tienen relación con el significado. La fonología es descriptivamente independiente de la semántica, pero los fonemas sólo son significativos porque tienen importancia para el significado.

“Es correcto suponer [escribe Leopold] que las facultades perceptivas del niño pequeño se desarrollan gradualmente. Cuando la atención del niño se vuelca al lenguaje, al principio distingue de entre lo que oye sólo los contrastes más groseros [...]. Lo mismo se puede decir de sus esfuerzos por reproducir los sonidos en sus propias articulaciones [...]. Es bien sabido que los niños generalmente favorecen las consonantes frontales en su primer habla de tipo imitativo. Esto ha sido explicado por su mejor acceso a la observación visual, mayor movimiento de labios y punta de la lengua, por la precedente experiencia en chupar y en explorar en forma táctil [11] y por sus diferentes cualidades acústicas. Generalmente los niños reproducen sonidos explosivos bilabiales temprana y correctamente, y después dentales, mientras que las palatales son posteriores.”

Jakobson (22) ha encontrado que el orden definido de adquisición de elementos del habla en el niño reflejaba el orden inverso de pérdida de estos elementos en la disolución afásica del habla. Formuló estas observaciones en un conjunto de leyes de estratificación e implicación de acuerdo con las cuales se comprende que la presencia de adquisiciones posteriores implica la presencia de las anteriores, Estas leyes constituyen un concepto estructural. Sirven para el

* Como hemos visto, el análisis fonémico trata las categorías de sonido psicológicamente significativas más que los sonidos individuales. La diferencia con el análisis fonético es subrayada en Leopold cuando dice que “los lingüistas han aprendido a descontar ejemplos de perfección fonética prematura en palabras aisladas, que son imitadas sin encajar en el sistema fonémico del estadio. Tales ejemplos sólo prueban que la capacidad fonética del niño puede estar muy por delante del desarrollo fonémico”.

desarrollo de lenguajes y grupos de lenguaje así como de la ontogénesis del habla en individuos.

3.El concepto de Freud acerca del aparato del habla según se ve en su trabajo “Afasia”

Mientras que Jakobson usa el lenguaje afásico y su disolución para iluminar o aclarar el desarrollo del habla en los niños, Freud (a quien en este sentido Jakobson agradece específicamente) especuló, a la inversa, en su trabajo *Afasia* el proceso de desarrollo del habla en el niño, y luego unió estas especulaciones con el problema de la afasia. Estos primeros pensamientos de Freud con respecto a la adquisición del habla por parte del niño subrayaron a) la imitación que hace el niño del habla de los demás, la búsqueda de *congruencia vocal*; y b) el papel crucial de lo que ahora llamaríamos mecanismos de realimentación en el establecimiento de esa congruencia:

“Aprendemos a hablar la lengua de otra gente [dice Freud, 9, p. 211] tratando de hacer que la imagen de sonido que nosotros producimos sea lo más parecida posible a la que dio lugar a nuestra enervación del habla.” Es decir, tratamos de hacerla lo más parecida posible a la imagen de sonido proveniente de la otra persona. Al mismo tiempo, los sonidos que nosotros producimos ejercen una constante fuerza correctiva sobre nuestra propia vocalización, y, junto con las “sensaciones centrípetas de los órganos del habla” (que también llamamos “presentación de habla motora”), constituyen un mecanismo muy delicado que gobierna la producción del habla (5, p. 73f).

Más adelante, en *Proyecto para una psicología científica*, Freud considera la enervación del habla originariamente como un mecanismo de des—carga del tipo de una válvula de seguridad, que provee una reducción parcial y transitoria de la tensión por caminos no específicos hasta que se descubra la “acción específica”. La “acción específica” conduce a la satisfacción de una necesidad

biológica por ejemplo, a través del amamantar,

Este camino (la enervación del habla) adquiere una función secundaria al atraer la atención de algún personaje que puede ayudar (...) la pena y la tristeza del niño, y de ahí en adelante sirve al propósito de realizar la comprensión con otra gente (p. 423).

Freud aquí sugiere la reciprocidad entre desarrollo del habla y relaciones objetales.

En el párrafo siguiente, Freud bosqueja una teoría de la ontogénesis del habla, y la deriva del acoplamiento de la experiencia de dolor con *las* imágenes motoras y sonoras que resultan de la propia emisión (“grito de dolor”). El habla también progresa por medio de la imitación, es decir, del intento por establecer congruencia entre a) una imagen motora y sonora acoplada que surge de la propia emisión y b) una imagen sonora que emana del objeto. (A esto se puede agregar la imagen visual de la cara, que es secundaria pero que apoya a la impresión auditiva.) Además, Freud lleva el concepto de desarrollo del habla más allá de la discusión en el trabajo acerca de la afasia al acoplar los precursores del habla y el comienzo del lenguaje con el mecanismo de la conciencia. Relaciona lo consciente con las primeras experiencias del infante de satisfacción de deseos a través de una mediación vocal-auditiva.

Desde el punto de vista histórico, el “aparato del habla” del trabajo *Afasia* representa, según Stendel, “el hermano mayor del ‘aparato psíquico’ [de Freud]” (5, p. XIII). Sería más preciso decir que el “aparato del habla” de ese trabajo es un predecesor del posterior concepto estructural del yo que diera Freud, y anticipa su formulación de los mecanismos de conciencia y represión. La formulación de Freud de la “comprensión” en *Afasia* es paralela a su posterior formulación del mecanismo por el cual las ideas se tornan conscientes. Su formulación de la “afasia asimbólica”, una falla específica de la

comprensión, es análoga a su descripción de la represión veinticinco años después (*Lo inconsciente*).

4. Los rasgos distintivos del habla humana de acuerdo con Hockett

Se recordará que Sapir indicó que el lenguaje es “en primera instancia, auditivo” (43, p. 8). La potencialidad de la modalidad auditiva para el desarrollo del lenguaje debe en realidad ser considerada única. Hockett (18, 19, 20), al construir un marco de referencia para la comparación de sistemas de comunicación biológica, ha reunido trece rasgos distintivos básicos que, juntos, caracterizan el habla humana. Aunque la mayoría de los rasgos son discernibles en varias combinaciones en los sistemas de comunicación de otras especies, los trece sólo se pueden encontrar juntos en el habla humana.

El primero de los rasgos distintivos del habla humana según Hockett es el uso del *canal vocal-auditivo*. Directamente dependientes del canal vocal-auditivo están los componentes del segundo rasgo, la *transmisión en amplitud [broadcast]* y la *recepción direccional*, que significa que los Sonidos del habla se propagan en todas direcciones a partir del orador, y que el oyente determina rápidamente la ubicación de aquél a través de la recepción binauricular. Este rasgo asume una inesperada importancia ontogenética en los términos del llanto del niño y la respuesta de la madre. Es importante en un contexto psicoanalítico porque establece que el aparato vocal-auditivo es un factor importante en la satisfacción de deseos y, más tarde, en la evolución de las relaciones objetales.

Antes de proseguir, sería tal vez útil tabular la lista completa de rasgos de Hockett, definirlos, y en lo posible, comentar su importancia psicoanalítica.

Los trece rasgos distintivos son:

1. Canal vocal-auditivo
2. Trasmisión en amplitud y recepción direccional
3. Rápida disminución de intensidad (transitoriedad)
4. Intercambiabilidad
5. Realimentación total
6. Especialización
7. Semanticidad
8. Arbitrariedad
9. Discreción
10. Desplazamiento
11. Productividad
12. Trasmisión tradicional
13. Dualidad de pautas

Transitoriedad, intercambiabilidad, realimentación total. Ya hemos descrito los rasgos 1 y

2. El tercero, la transitoriedad —como un atributo especial del sonido—, es probablemente obligatorio para el desarrollo del habla y la evolución del lenguaje. La transitoriedad del sonido es un prerrequisito de los rasgos *intercambiabilidad* y *realimentación total*. Al hablar de intercambiabilidad, Hockett se refiere a que “en principio todo hablante de un lenguaje es también oyente” (18, p. 578), y realimentación total significa que el orador oye todo lo que tiene importancia lingüística de lo que él mismo dice. Estos tres rasgos juntos me parecen importantes en psicoanálisis para el estudio de la *empatía* y la *identificación*. Además notamos que Freud en *Proyecto...* y en *Afasia* asignó un papel fundamental al carácter autoinformativo (realimentación) del habla en el desarrollo del habla, desarrollo del yo y conciencia.

Especialización. Se refleja la dependencia del lenguaje humano al canal vocal-auditivo a través de la elaboración de Hockett de que los siguientes rasgos

del habla son un sistema de comunicación biológico. Se define la especialización como la actividad desencadenante por la cual un organismo pone en movimiento la conducta de otro sin la trasmisión de grandes cantidades de energía. Aunque Hockett define la especialización ampliamente, en términos no auditivos ya que efectivamente ocurre en sistemas de comunicación biológicos (como la danza de las abejas), que utilizan modalidades no auditivas, la especialización sólo puede lograr su máximo desarrollo en la función de señal pura del verdadero lenguaje, cuyo medio primario es el canal vocal-auditivo. La especialización máxima diferencia entre sutileza de comunicación muy limitada y prácticamente ilimitada y flexibilidad de comunicación: “Los seres humanos pueden hablar acerca de cualquier cosa; las abejas sólo pueden hablar del néctar” (18., p. 578). La especialización del habla humana corresponde a un nivel de estructura psíquica que posibilita un alto grado de economía en el gasto de energía. La *especialización* es un concepto lingüístico que corresponde a la economía de energía del proceso secundario.

Semanticidad. Se refiere en este rasgo a la investidura de significado a las señales (en primer lugar las señales vocales). Es fundamental para el problema de la afasia e interesa en las formulaciones psicoanalíticas de conciencia e *insight*.

Arbitrariedad. Los vínculos entre un elemento de mensaje y su significado son convencionales. Arbitrariedad significa que esos vínculos no están predeterminados por las propiedades “naturales” o “geométricas” ni del símbolo ni de su referente. Otra manera de explicar la arbitrariedad es diciendo que la relación entre palabra y cosa es *nonicónica*: es “sin imagen” en el sentido que la palabra *sal* no es ni cristalina ni salada.

La arbitrariedad se refiere a la autonomía simbólica del lenguaje y puede ser considerada como una concomitante lingüística de la autonomía del yo.

Discreción. Los fonemas no fluyen unos en los otros para formar un continuo. Son discretos. Discreción indica la aguda distinción de las categorías específicas

de sonido —los fonemas—, entre sí en cualquier lenguaje dado.

Al describir el fonema anteriormente sugerí que, al conferirles invariancia, los fonemas constituyen una barrera de estímulo y protegen al aparato mental de que lo abrume la caótica masa acústica del ambiente. Es el rasgo distintivo que ayuda a establecer autonomía del ambiente.

Desplazamiento. Al hablar de desplazamiento Hockett se refiere a la capacidad de hablar de cosas o hechos alejados en el tiempo o en el espacio. Está correlacionado con el concepto de *constancia de objeto* y también corresponde a una dimensión del concepto de distancia de Werner y Kaplan. (51) Según estos autores, de la matriz indiferenciada de madre e hijo se desarrolla una polarización cuádruple. Hay un distanciamiento de la madre y el niño y luego un distanciamiento entre la cosa y la palabra que representa a la cosa. Al ocurrir esto, la palabra se hace menos concreta en su referencia y logra una relativa autonomía a la vez que madre e hijo logran una relativa diferenciación entre sí. Al principio madre, hijo, palabra y cosa están muy agrupados.

Con el tiempo, aumenta la distancia entre estos elementos. La palabra cobra independencia como símbolo de la cosa. Madre e hijo llegan a hablar significativamente acerca de la cosa cuando están en extremos opuestos del cuarto o en cuartos diferentes, y pueden hacerlo aun cuando la cosa no esté presente.

Productividad. Se refiere al poder de construir mensajes nuevos y comprensibles analógicamente, a partir de elementos de mensaje existentes. Corresponde a la *función poética* de Jakobson (26, p. 356) y es importante para la *fantasía*, la creatividad y el concepto de pensamiento como acción de prueba.

Trasmisión tradicional. Significa la trasmisión extragenética, aprendiendo y enseñando, de las convenciones detalladas de cualquier lenguaje específico. Cualquier lenguaje humano debe ser adquirido nuevamente por cada individuo, lo que vincula el aprendizaje del lenguaje con el proceso de diferenciación y hace que tanto el concepto del self como el concepto del mundo dependan del lenguaje <ver la hipótesis de Whorf-Sapir).

La *dualidad de pautas*, es uno de los rasgos más interesantes del lenguaje, ya que es el principio estructural que posibilita el verdadero simbolismo del habla. Un lenguaje verdadero es un sistema simbólico con potencial universal. Puede servir para comunicar cualquier cosa incluso comunicarse a sí mismo. La danza de las abejas no es un verdadero lenguaje porque las abejas no pueden danzar acerca de la danza. La dualidad de pautas se refiere al diseño simultáneo de un lenguaje en dos niveles: el nivel de las unidades fonológicas más pequeñas que sirven para señalar diferencias en significado pero que en sí mismas carecen de significado (fonemas: elementos cenemáticos o vacíos del lenguaje) y un nivel de las más pequeñas unidades significativas (morfemas: los elementos pleremáticos o llenos del lenguaje). La dualidad de pautas posibilita la propagación de un léxico ilimitado a partir de un conjunto de fonemas que es pequeño y limitado. Hockett (19, p. 33) observa que muchos sistemas comunicativos humanos muestran dualidad (por ejemplo, el código Morse: punto, raya e intervalo son los elementos cenemáticos; cada letra codificada es un elemento pleremático), pero que en todos ellos la dualidad parece haberse desarrollado por transferencia analógica del lenguaje. Él cree que la dualidad es el único rasgo distintivo que es exclusivamente humano. (*)

* Aparentemente una excepción es el código genético, que, al arreglar cuatro “fonemas” de a tres por vez, puede “decir” casi cualquier cosa.

Estudios recientes de los primates en estado salvaje demuestran que tienen una posibilidad vocal de treinta sonidos diferentes, cada uno de los cuales está asociado a una situación específica y a un significado específico. Los lenguajes humanos también están basados en una cantidad de unos treinta o cuarenta sonidos, los fonemas, pero estas categorías no tienen significado de por sí. Sirven para señalar diferencias en significado entre los morfemas que constituyen un *segundo nivel* de pautas. Esta dualidad es la que falta en los primates infrahumanos, cuyos elementos fonológicos serían por otra parte adecuados para el habla.

De estas consideraciones se puede ver que la dualidad de los diseños es un rasgo del lenguaje que contribuye al establecimiento de autonomía de los *impulsos*.

En relación con los primeros conceptos freudianos acerca del desarrollo del habla, el rasgo

De *realimentación total* corresponde al carácter *autorregistrador* del habla. La *intercambiabilidad* y la *realimentación total* juntas establecen las condiciones necesarias para el logro de *congruencia vocal* entre la emisión del infante y la emisión de la madre. Esta combinación de posibilidades es inconcebible en otra modalidad que no sea la auditiva (excepto como un derivado secundario que dependiera del habla).

De los otros caminos sensoriales que están potencialmente a disposición de un sistema de comunicación biológico, el visual es sin dudas el más importante, pero es evidente que la modalidad visual no permite en el niño la producción de un mensaje verdaderamente autoinformador. La respuesta sonriente del infante se acerca a cumplir con este requisito (la mímica de la sonrisa de la madre

parece análoga a la búsqueda de congruencia vocal), pero la sonrisa no es visualmente autoinformadora y así no hay un apoyo visual (ni definición) para la realimentación propioceptiva por parte de los músculos de expresión. Más aún, la modalidad visual carece del potencial que tiene el habla, de una articulación ilimitada y de expansión “léxica”. (*) Esto ocurre porque carece de los rasgos (por ejemplo: discreción y arbitrariedad) que condicionan una buena articulación y la proliferación del lenguaje. Comparando con la modalidad auditiva, la visual permite sólo una limitada dualidad de patrones. La ideografía china, por ejemplo, nunca ha logrado dualidad completa (19, p. 38, n.).

La representación pictórica (gráfica) carece de la transitoriedad de la auditiva; el dibujo no se borra solo ni ofrece una pizarra limpia para un mensaje corregido, ya sea en total o en cualquier detalle. Como medio de comunicación está limitado al individuo hábil. En la esfera visual (gráfica) el niño no puede lograr ni siquiera una congruencia aproximada a la producción del adulto. Aunque las modalidades visuales pueden servir a menudo como adjuntos valiosos y hasta indispensables del lenguaje, no tienen la flexibilidad y la infinita adaptabilidad del habla, cualidades que sólo son posibles a través del uso primario del canal vocal-auditivo. (**)

Sin embargo, una vez que el lenguaje se ha desarrollado como habla, éste puede ser llevado a otras modalidades sensoriales por medio de un proceso al que Sapir llama *transferencia lingüística* (43, p. 19). Observa que las posibilidades de efectuar tales transferencias son prácticamente ilimitadas, y agrega:

* Astruc, el crítico cinematográfico francés, habla de la “tiranía de lo visual” y sueña con el momento en que la cámara se transforme en una “cámara fuente” y el cine mismo en un medio de escribir tan simple y sutil como el del lenguaje escrito (de una crítica en “New York Review of Books”. 31 de diciembre de 1964).

** Ver Hockett (18, p. 578): “La ventaja de la arbitrariedad sobre la iconicidad en el lenguaje humano versus la comunicación entre las abejas, es igual a la ventaja de un verdadero sistema de escritura sobre un sistema pictográfico, o la ventaja que, para, propósitos de amplia aplicación, tiene la computadora digital sobre la computadora análoga. Una computadora análoga, un sistema pictográfico o la danza de las abejas pueden estar muy bien adaptados a una función estrecha, y no valer nada en otros casos. Los seres humanos pueden hablar de todo; las abejas acerca del néctar.”

“Sin lugar a dudas llegaremos a la conclusión de que toda comunicación voluntaria de ideas, además del habla normal, es o bien una transferencia directa o indirecta de un simbolismo típico del lenguaje según se lo habla o escucha, o si no por lo menos implica un intermediario de verdadero simbolismo lingüístico. Éste es un hecho de gran importancia. La imagería auditiva y la imagería motora correlativa, que llevan a la articulación son, no importa qué formas diversas usemos para el proceso, la fuente histórica de toda habla y de todo pensar.” (21)

Mientras que acentuamos así el papel fundamental de la audición y la vocalización en la génesis del lenguaje, Sapir llama la atención hacia otro punto de “aún mayor importancia”:

“La facilidad con la que el simbolismo del habla puede ser transferido de un sentido a otro, de una técnica a otra, en sí misma indica que los meros sonidos del habla no son el hecho esencial del lenguaje, que éste está más en la clasificación, en los patrones formales y en la relación de conceptos. Una vez más el lenguaje, como estructura, es en su cara interna el molde del pensamiento. (p. 21 s.)

“Todos estos elementos y relaciones abstractos, estructurales y de por sí no auditivos surgen de la posibilidad de transferir todo el sistema de simbolismo del habla en términos diferentes a los implicados en el proceso típico. Como hemos visto, este proceso es una cuestión de sonidos y de movimientos efectuados con intención de producir esos sonidos.” (19)

La ontogénesis del habla no puede separarse del problema de la conciencia, con la cual el habla y el lenguaje están fuertemente unidos en la tradición

analítica. Aquí debemos comprender a la conciencia como un conocimiento consciente que confiere estructura y significado al mundo objetivo y que incluye conocimiento consciente de sí. La conciencia humana es una *función* yoica complicada y como tal se la debe considerar como funcionalmente diferente de la conciencia en las otras especies. Esta diferencia esencial viene del concepto de que en el hombre el yo es el órgano de adaptación (17) que media entre los impulsos que no son de por sí adaptativos, mientras que en las otras especies los instintos se someten a la adaptación más directamente. (*) Si, como he dicho, la estructura y la función yoicas están significativamente determinadas por el oído, la vocalización, y en última instancia el habla, debe suponerse entonces que en el hombre la conciencia está determinada de esta manera también. La modalidad auditiva adquiere en el hombre una posición de prevalencia sobre las demás modalidades sensoriales.

La conciencia y la memoria visual, comprendidas dentro del yo, están desde la más tierna infancia condicionadas por emisiones vocales, por el habla y los precursores del habla. La conciencia tiene como intermediario el habla y sus derivados y el yo mismo es un aparato determinado por el lenguaje. Los datos visuales y de otros tipos de sensaciones son llevados a la conciencia a través de la instrumentalidad del lenguaje, y a través de esa instrumentalidad son asimilados estructuralmente al yo.

Los elementos visuales en la conciencia normalmente tienden a ser considerados como caracterizando lo “concreto” y “lo real”. Las imágenes

* Hartmann (17, p. 81) dice: “Considero que es probable que la diferenciación de yo y ello en una fase indiferenciada, no sólo nos da un órgano específico de adaptación, el yo; algunas características de los impulsos, del ello mismo, como los conocimos en el hombre, pueden ser resultado de cambios efectuados en el mismo proceso diferenciador. El ello tampoco parece ser una simple extensión del instinto de los animales inferiores. Mientras que el yo se desarrolla en dirección de un mayor ajuste con la realidad, la experiencia clínica muestra que los impulsos, las tendencias del ello, están mucho más alejados de la realidad que los instintos llamados animales [...] aunque las reacciones instintivas de los animales inferiores no siempre son adaptativas.”

siguen siendo las principales representaciones psíquicas del concepto “mundo externo”. Puede ser que se sienta que la idea de primacía de lo auditivo (lingüístico) en la conciencia va en contra del “sentido común” porque de acuerdo con la percepción *naif* de lo consciente estamos acostumbrados a pensar que la modalidad visual caracteriza a la conciencia y a aceptar las imágenes visuales como los representantes más convincentes de la “realidad”.

Sin embargo, los datos del sentido visual no pueden ser percibidos conscientemente (aprehendidos significativamente) o asimilados en el yo como lo son los auditivos. En los primeros estadios de su desarrollo, la psique no tiene a su disposición un mecanismo como el que existe para el desarrollo del habla, para la reproducción de imágenes visuales que luego puedan, como las imágenes de sonido, ser autoinformativas y capaces de entrar en congruencia con imágenes que emanan del objeto (la persona que hace la función de madre). Supongo entonces que los elementos visuales son admitidos en la conciencia en forma secundaria, por medio de la asociación con elementos auditivos reproducibles. El yo primitivo luego hace uso de las impresiones visuales (que entran a la conciencia bajo los auspicios del aparato del habla) como elementos y apoyos estructurales, y este uso de lo visual es más imperativo al principio de la vida que más adelante. La relación entre los elementos visuales y los auditivos en la primera organización psíquica es *anaclítica*.

En la medida que los elementos auditivos del Yo crecen en complejidad y capacidad adaptativa, logran dominio sobre los elementos visuales y se establece una relativa autonomía de la organización psíquica del apoyo visual. Este predominio de los elementos auditivos sobre los visuales surge por su mayor flexibilidad y por lo tanto su mayor adaptabilidad a la realidad (ver la discusión de los rasgos de Hockett).

Los elementos visuales en la organización psíquica temprana pueden explicar el sentimiento de mayor concreción e inmediatez en las experiencias de la infancia. La importancia de lo visual en la fenomenología de ese periodo se refleja en la prevalencia de imágenes visuales en la fenomenología (regresiva) de los sueños. Como Freud lo ha demostrado, el soñador debe someterse a criterios de representabilidad en la elección de los elementos visuales que aparecen en sus sueños. Se debe recordar que mientras el yo está soñando no está completamente dormido: el órgano de conciencia permanece en cierto grado cargado.

Con esto sugiero que la visión de lo consciente de “percepción *naif*”, al identificar lo consciente con el ojo abierto y caracterizarlo por lo visual atiende a la relación anaclítica de lo auditivo y lo visual en la organización psíquica de la infancia. A esa edad temprana no hay conciencia de la instrumentalidad auditiva al admitir elementos visuales en el conocimiento consciente significativo y fijarlos en la memoria. Esta instrumentalidad permanece inconsciente (fuera del conocimiento consciente significativo) en las primeras fases del desarrollo del yo, así como los pensamientos (verbales) del sueño más tarde permanecen inconscientes en el sueño (visual) manifiesto. En gran parte esta instrumentalidad permanece inconsciente toda la vida y corresponde a la parte inconsciente del yo.

Las contribuciones clásicas de Isakower en la esfera auditiva encajan en una hipótesis en la que Isakower deriva el superyó solamente y no el yo como un modo, del habla. Yo sugiero que los elementos de la organización vocal-auditiva total que tienen que ver con el autoconocimiento consciente y la autocrítica constituyen la diferenciación particular dentro del yo que corresponde al superyó. Si el yo es una estructura determinada por el lenguaje que media en la conciencia, el superyó es la diferenciación dentro de la estructura

que media en la autoconciencia.

Después de que se ha logrado un cierto grado de autoconocimiento consciente (es decir, de conocimiento consciente significativo de la instrumentalidad del habla), se pueden re proyectar los elementos del habla, y luego aparecer en los sueños (o en alucinaciones auditivas) como representantes del superyó. (*) Probablemente tal autoconocimiento consciente (conocimiento consciente significativo del lenguaje y el habla en relación con la propia experiencia) sea concomitante con el desarrollo del superyó.

Puede ser que una fuente de placer estético se derive de la liberación del artista de este aspecto de control superyoico. Al crear una ilusión de “percepción *naif*” (que no tiene por qué estar confinada a una representación “realista”), el artista restablece un modo anterior de funcionamiento mental (la relación anaclítica de lo auditivo con lo visual), pero al hacerlo hay un yo altamente complejo que debe enfrentarse con el problema de la representación visual.

Podemos suponer que sigue existiendo una cierta reciprocidad toda la vida entre lo auditivo (es decir, lo lingüístico) y lo visual, con frecuentes reversiones al modo anaclítico (por ejemplo, en la pantalla de sueño, que Lewin equipara a la imagen del pecho). Esto es cierto aun cuando permanece el modo lingüístico de lo consciente, en el adulto, dominando su vida de vigilia (donde es aproximadamente equivalente, si no idéntico, al proceso secundario). Con esto están relacionadas las observaciones de Kris (28) acerca de la capacidad del artista de “regresión controlada” y las especulaciones de Lewin (34) acerca de Descartes y la relación entre el dualismo cartesiano y los sueños.

* La ausencia de conocimiento consciente de instrumentalidad lingüística en lo consciente (o más precisamente su negación) es institucionalizada en el idealismo subjetivo de Berkeley. Es interesante que Berkeley debe a la vez externalizar esta instrumentalidad en la persona de **Dios el Padre**

La escritura y la lectura pueden ser consideradas como derivados altamente abstractos del modo anaclítico. En estas funciones, lo auditivo se apoya en lo visual, y esto es tanto más evidente cuanto menos abstracta es la forma de escribir, como por ejemplo en los caracteres de escritura chinos.

El papel del lenguaje (y antes que del lenguaje, de la vocalización) en la regulación de la energía y la transformación estructural dentro de la psique está implícito en gran parte de los escritos de Freud. En el *Proyecto* éste atribuye a las “enervaciones del habla” la función de modulación de la energía psíquica. La función de válvula de seguridad del “grito de dolor” del infante es un concepto relacionado con el efecto catártico adscrito al habla en los *Estudios de la histeria*. El habla y la audición, aunque no siempre mencionadas, están lógicamente implícitas en las discusiones de Freud acerca de las transiciones de proceso primario a secundario, de catexia móvil a libre, de principio de placer a principio de realidad, de sistema Ucs a sistema Pcs. Las “presentaciones de palabra” entran en forma directa y crucial en su muy explícito informe del mecanismo de la represión. (9) En forma muy pertinente (desde el punto de vista del presente trabajo), Freud invocó residuos verbales y auditivos directamente en la diferenciación estructural del yo y el ello, y del superyó y el yo. (*)

Las características estructurales y temporales del sistema Pcs (en oposición a las del Ucs) se parecen a veces notablemente a las relaciones sintácticas de lenguaje, y uno sospecha que Freud derivó la organización categórica y las características relacionales del sistema Pcs de los aspectos lógicos y estructurales del lenguaje (o más precisamente, de la estructura de la gramática

* En El yo y el ello se asigna un lugar especial a la función auditiva en relación con el yo, y en el diagrama que hizo Freud del aparato psíquico el oír” está en el sistema Pcs.

tradicional). (**) En por lo menos un lugar Freud atribuye explícitamente un papel formativo y estructural a los residuos verbales y auditivos en relación con el yo y el superyó:

“Habiendo visto ya la importancia que adscribimos a los residuos verbales preconcientes en el yo, debemos ver si puede ser que el superyó, en cuanto es Ucs, consista de tales presentaciones de palabras, y, si no, de qué otras cosas consiste. Nuestra respuesta tentativa será que es tan imposible para el superyó como para el yo decir que su origen no está en las cosas oídas; ya que es parte del yo y permanece accesible a lo consciente por medio de estas presentaciones de palabras.” (10, p. 52.)

Se puede decir que las propiedades de la modalidad auditiva que le confieren un papel genético tan importante en relación con la estructura psíquica son en realidad las mismas propiedades que, como hemos visto, establecen la potencialidad única de lo auditivo para el desarrollo del lenguaje. En otras palabras, es por medio del desarrollo del habla y sus precursores vocales auditivos inmediatos que lo auditivo juega un papel tan importante en la diferenciación psíquica (formación del yo).

Los niños sordos, seguramente se dirá, sin embargo desarrollan una estructura psíquica diferenciada. Pero sabemos que tales niños están muy gravemente dañados en su desarrollo aun cuando pueden superar la desventaja; y de cualquier modo, esos niños pueden desarrollar lenguaje (y un yo y un superyó determinados por el lenguaje) sólo porque los adultos lingüística-mente intactos que los atienden les dan un ambiente cultural especializado y altamente

** Considerando la relación entre habla y proceso secundario, una teoría de la gramática, de la estructura lógica del lenguaje, puede ser interesante para comprender la estructura lógica del yo. En un trabajo reciente, Miller, Galanter y Pribram enfocan el estudio del “equipo de planeamiento humano al examinar algunos nuevos conceptos de estructura gramatical. Los autores utilizan la formulación que hiciera Chomsky (3) de una gramática de muchos niveles y jerárquicamente organizada. La gramática de Chomsky también podría servir como base para un modelo heurístico de organización preconciente, o de estructura del yo.

favorable. (*)

Este ambiente, a través de los procedimientos de transferencia lingüística (ver Freud y Sapir) consciente e inconscientemente (“intuitivamente”), desarrolla técnicas especiales y complejas para convertir el lenguaje en modalidades distintas de las auditivas y para transmitirlo por medio de esos caminos al niño sordo. (*)

* En un artículo reciente Charlotte Balkányi, una psicoanalista que ha trabajado mucho con sordomudos y afásicos, apoya estos puntos: “No sólo no puede el hombre aprender a hablar sin escuchar, sino que el pensamiento de los sordomudos se parece al de los sueños, sus nociones son indiferenciadas, y su superyó es muy primitivo. Todos estos rasgos patológicos son secundarios sin embargo, y pueden cambiar, pero sólo en cuanto por medio de la educación se pueda aumentar la capacidad del sordomudo para verbalizar. La enseñanza de la verbalización es muy difícil, porque los otros sentidos apenas si pueden reemplazar al oído.”

* Es importante anotar que Hellen Keller, además de estar extraordinariamente dotada, no tuvo que aprender el lenguaje completamente como cosa nueva sino que ella había sido una niña normal que podía hablar, y que su adquisición de lenguaje como ciega y sorda fue en realidad una restitución y un mayor desarrollo de una función parcialmente perdida por la regresión.

5. Algunos estudios y experimentos recientes que iluminan la relación entre habla y estructura psíquica

El concepto de una interrelación estructural entre habla y desarrollo del yo tiene apoyo en algunos experimentos clínicos llevados a cabo recientemente por Goldfarb y Braunstein (13, 14) usando *feedback* de habla demorada con niños psicóticos. (**) B. S. Lee había observado que cuando se pasa nuevamente la grabación de la voz del sujeto con una demora de una fracción de segundo, a través de auriculares bien ajustados que excluyen el *feedback* normal conducido por el aire, se produce un impedimento distintivo al fluir normal del habla. Los efectos en el individuo normal son retardación, presión de sonido aumentada y tartamudeo. Subjetivamente hay una sensación de estar empantanado, una notable sensación de lengua “gruesa”. Hay a menudo una mediana ansiedad que se puede expresar en forma de vértigos. Lee se ocupó de los efectos objetivos (retardación, presión de sonido aumentada) en términos del monitor aural (*feedback* auditivo) del habla en el nivel de reflejos. Los efectos subjetivos necesitan otras hipótesis.

Cuando Goldfarb y Braunstein usaron *feedback* auditivo demorado con los niños psicóticos, encontraron una alteración menor en el fluir y el carácter del habla, pero una respuesta afectiva y de conducta mucho más profunda y más generalizada. Los niños reaccionaban al *feedback* de sus propias voces con pánico, confusión, y otras manifestaciones de grave interrupción del sentido de *self*. Para explicar estos fenómenos Goldfarb formulo las siguientes hipótesis:

- 1) *El niño esquizofrénico excluye al oído como una modalidad receptora*

** Hemos notado de qué manera Freud, ya en su monografía sobre la **Afasia** (5), describía el papel del **feedback** auditivo en la adquisición y regulación del habla, y proponemos que el “aparato del habla” de la monografía augura el concepto estructural del yo que se desarrollaría más tarde.

para contactarse con la “realidad externa”. La interferencia reducida (por *feedback* auditivo demorado) con la pauta del habla de los niños esquizofrénicos se explica por una disminución de la atención auditiva.

2) *El conocimiento consciente del self en general depende del continuo feedback de estímulos receptores desde dentro y desde fuera*. La mayor posibilidad de los esquizofrénicos para confundirse, estar incómodos e inquietos con el *feedback* auditivo demorado es atribuida a su aumentada vulnerabilidad para la interrupción de la identidad. Goldfarb no comenta el mecanismo específico de esta disrupción por el *feedback* auditivo demorado. La doble hipótesis de Goldfarb presenta un problema, ya que parece contradictorio decir que los niños esquizofrénicos excluyen estímulos auditivos (para explicar por qué su habla no es afectada por el *feedback* auditivo demorado) y sostener al mismo tiempo que responden al mismo estímulo con confusión y hasta con pánico. Creo que la contradicción surge por no considerar el vínculo principal en el mecanismo cibernético del habla, *el feedback auditivo que ocurre normalmente*, que se ve atacado por la superposición del *feedback* demorado. Sería difícil imaginar una lucha más sutil que ésta, que sigue y borra todo contorno diminuto del *feedback* normal. Es como uno de esos misiles accionados por medio de computadoras que persiguen a través de cualquier obstáculo el blanco que intenta escapar. (*)

El modo de operación de la interferencia puede ser aún más complejo, ya que el nudo de *feedback* aural normal es en realidad doble, por los huesos y por el

* Se ha observado que la demora más efectiva en el **feedback** auditivo demorado es de unos 0,08 segundos, y que este guarismo corresponde a la duración media de los fonemas en el inglés.

aire, y existe una pequeñísima diferencia de tiempos. Es posible que esta diferencia normal, al ser alterada por el *feed-back* auditivo demorado, traiga los efectos mencionados. De cualquier modo, la interferencia efectiva no viene del *feedback* demorado sino de la interrupción del *feedback* normal (tanto aural como quinestético; en términos freudianos: la “imagen sonora” y la “imagen motora”).

En pocas palabras, el impedimento del habla normal producido por el *feedback* demorado puede ser atribuido a la interferencia con el mecanismo de *feedback* normal. Para explicar la reacción profunda del niño psicótico, sugeriría que el sentido de *self* del niño normal, su identidad, está al principio íntimamente ligado con su habla y por lo tanto con el mecanismo de *feedback* auditivo. Supondría que el niño normal en edad de lateada ha logrado un sentido bastante seguro de no necesitar el mecanismo monitor del habla como apoyo obligatorio para el yo. La dependencia de identidad en el sonido del habla es probablemente un mecanismo primitivo que persiste en diferentes grados a través de toda la vida, (*) aunque normalmente pierde su carácter obligatorio a medida que el niño desarrolla caminos alternativos para estabilizar su yo (incluyendo el sentido de *Self*). De acuerdo con esta concepción, el niño psicótico permanece en un estado primitivo de dependencia obligatoria de su propia habla y por lo tanto del *feedback* que ocurre normalmente. En tales niños el *feedback* auditivo demorado causa pánico y confusión al luchar contra el apoyo principal del sentido de *self*.

La interrelación entre habla y yo está mejor ilustrada en algunos experimentos de enseñanza del lenguaje llevados a cabo por Curran. Curran (4) aplicó técnicas de terapia de grupo a la enseñanza simultánea de cuatro idiomas. Los

* Ver “hablarse a sí mismo” en situaciones de stress.

resultados en los cuatro a fin de año fueron superiores a los resultados de cada uno de ellos estudiado en forma separada (en un estudio controlado) por métodos tradicionales. Curran concibió el problema del aprendizaje del lenguaje como similar a los problemas de los pacientes en psicoterapia, observando que, al aprender un nuevo lenguaje, mucha gente se siente amenazada y se angustia. Las observaciones y los resultados de Curran encajan en la concepción del desarrollo del yo como un proceso de

“aprendizaje de lenguaje” relacionado con el habla. Creo que gran parte del interés que siempre ha despertado *Pigmalión* de G. B. Shaw radica en la comprensión intuitiva del papel formativo del habla en la relación entre madre (Higgins) e hijo. (*) *Pigmalión* es una fábula acerca de la formación del yo (incluyendo la imagen corporal y el sentido de *self*) a través del habla.

En el habla de los extranjeros, el aspecto semántico del nuevo lenguaje es lo que está cargado con la motivación consciente más fuerte y la que se domina más completamente. El aspecto sintáctico es menos asimilado y por lo general sufre distorsiones por la sintaxis del lenguaje original. El aspecto fonológico, profundamente arraigado en el yo preconscious, es muy resistente al cambio, y esta característica, que toma cuerpo en la relativa inmutabilidad del fonema nativo, que se reconoce como el “acento” identificador del extranjero.

Rosen (40) ha indicado la importancia del estudio del estilo para la delineación del yo y la conducción de la terapia, y recientemente ha elaborado esta concepción (41) por medio de la aplicación de las ideas de Jakobson acerca de los estilos metafórico. y metonímico. Greenacre (15) ha notado la coincidencia de desórdenes del habla (“spoonerisms”, es decir, el cambio inintencionado de letras en dos o más palabras al hablar, como por ejemplo: “el

tepo de tima” por “el tipo de tema”) y desórdenes de carácter de tipo *acting out* (es decir, formas específicas de defectos del yo). Aquí la relación entre lenguaje y control de la motilidad, que es una función yoica muy importante, está implícita. El tartamudeo, de acuerdo con investigadores psicoanalíticos (11, 12) se comprende mejor en términos de déficit del yo. Glauber solía decir: “El habla es la reflexión más comprensiva del yo”. Stein (47) ha relacionado el clisé con problemas de identificación (y por lo tanto de formación del yo) y comenta su uso como defensa en el análisis. También el silencio es un hecho lingüístico en la relación humana (incluyendo la situación analítica), y el silencio del paciente “silencioso” es una manifestación yoica en términos lingüísticos.

En una serie de experimentos relativamente sencillos pero bien planeados, Luna (35) demostró el papel del habla en la modificación de la percepción y la regulación de la conducta volitiva. Mostró de qué manera la verbalización, primero por parte del adulto hacia el niño y luego del niño hablando “consigo mismo”, lleva a la solución de problemas prácticos que requieren una serie de manejos físicos coordinados. Se ve entonces al habla en su función de “reguladora de la conducta”. (*) En términos psicoanalíticos, se debe comprender aquí al habla como el instrumento por el cual el yo logra su estructuralización de conceptos y ejerce *control de la motilidad*. Luna, al igual que Vygotsky, (49) comenta que la evolución progresiva del pensamiento deriva del habla en su relación con la percepción y la acción. La presentación que hizo Freud del pensamiento como “acción de prueba” es un concepto afín. En algunos de los experimentos de Luna se sugiere más que “modificación” de la percepción, y se posibilitó la discriminación entre valores sensoriales próxi-

* El modelo de Shaw pasa H. Higgins fue el brillante lingüista británico Henry Sweet.

* “La psicología contemporánea y la lingüística nos permiten considerar al habla como un sistema funcional complejo, que usa el lenguaje con el fin de comunicarse, de formar procesos cognocitivos, y de regular la conducta propia.” (36. p. 145)

mos a través del habla.

Tanner y Rivette (48) han sugerido que la sordera a los tonos de los que hablan el punjabi es un déficit de la percepción determinado por el lenguaje, y que resulta del hecho que el punjabi es una lengua en la que las discriminaciones tonales específicas tienen valor fonémico. Por lo tanto se suprimen algunas otras discriminaciones tonales. Para el concepto psicoanalítico del yo como órgano de percepción, esto significa que la sensibilidad específica de ese órgano está determinada por los aspectos estructurales del lenguaje.

Discusión

Muchas de las similitudes entre conceptos lingüísticos y psicoanalíticos surgen a raíz de que el lenguaje, como el yo, es tanto una estructura como un proceso de desarrollo. El lenguaje y el yo pueden ser examinados ya sea en sus aspectos históricos (genéticos) o descriptivos. Las operaciones de ambos tienen lugar en su mayor parte en un nivel preconscious. Es posiblemente, en el nivel preconscious de las pautas fonémica y sintáctica donde se encontrarán las conexiones más interesantes entre desarrollo del yo y habla.

Freud, en sus primeros escritos acerca del desarrollo del habla y la relación entre el habla con el pensamiento y la conciencia, acentúa la importancia del carácter autoinformador de la emisión vocal y la búsqueda de la congruencia con emisiones vocales de otras personas. Existe un paralelo notable entre el “aparato del habla” del trabajo sobre *Afasia* y su posterior concepto estructural del yo.

Se ha discutido la importancia especial que reviste la modalidad auditiva para el desarrollo tanto del habla como del yo, y se ha acentuado la enumeración que hace Hockett de los rasgos distintivos de los sistemas de comunicación biológicos. Fundamental entre estos rasgos distintivos es el uso del canal vocal-

auditivo. En general, la modalidad auditiva es más importante que la visual o que las otras modalidades sensoriales en la ontogénesis no sólo del habla sino también del yo.

Un reciente trabajo experimental con *feedback* auditivo demorado demuestra la importancia del *feedback* del habla en la formación y mantenimiento de la estructura del yo y ofrece un enfoque experimental para efectuar posteriores estudios de la organización yoica, haciendo uso de la interrupción del habla y la imagen del self tanto en individuos normales como enfermos. Salimbene (42) en sus crónicas del siglo XIII, describe un interesante experimento lingüístico llevado a cabo por el emperador Federico II:

“[...] Quería descubrir qué clase de lenguaje y qué manera de hablar tendrían los niños cuando crecieran, si no hablaban antes con nadie. Así es que le pidió a las amas y a las niñeras que amamantaran a los niños, los bañaran y lavaran, pero que de ninguna manera les hablaran o parlotearan, ya que quería saber si hablarían el hebreo, que era el lenguaje más antiguo, o el griego, o el latín, o el árabe, o tal vez el lenguaje de sus padres, de quienes habían nacido. Pero trabajó en vano, porque todos los niños murieron. Porque no podían vivir sin las caricias, las caras alegres y las palabras amorosas de sus madres adoptivas.”

Resumen

He tratado de demostrar que existe una relación dialéctica entre el habla y la estructura psíquica. La maduración del aparato fisiológico del habla, la coordinación de la experiencia vocal-auditiva y la organización de esa experiencia en pautas y categorías específicas son concomitantes con la ontogénesis del yo y están correlacionadas con ella.

El lenguaje es un componente obligatorio de la organización biológica humana. Juega un papel mediador en funciones yoicas tan vitales como la

percepción, la memoria, el pensamiento, la prueba de realidad y el control de la motilidad. Se propone que el yo pueda en realidad ser considerado como una organización vocal-auditiva, una estructura determinada por el lenguaje y que lo determina, que funciona como el órgano de adaptación característicamente humano.

BIBLIOGRAFÍA

1. Balkányi, C.: On Verbalization. *Int. J. Psycho-Anal.*, 45:65-74, 1964.
2. Bloomfield, L.: *Language*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1933.
3. Chomsky, N.: *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton, 1962.
4. Curran, e. A. *Counseling. Skills Adapted to the Learning of Foreign Languages*. *Bull. Menninger Clin.*, 25:78-93,1961.
5. Freud, S.: *On Aphasia (1891)*. Nueva York: International Universities Press, 1953.
6. Freud, S.: *Project for a Scientific Psychology (1895)*. En: *The Origins of Psychoanalysis*. Nueva York: Basic Books, 1954, pp. 347-445.
7. Freud, S.: *The Antithetical Meaning of Primal Words (1910)*. *Standard Edition*, 11:153-161. Londres: Hogarth Press, 1957.
8. Freud, S.: *Formulations en the Two Principles of Mental Functioning (1911)*.

Standard Edition, 12:213-226.. Londres. Hogarth Press, 1958.

9. Freud, S.: The Unconscious (1915). Standard Edition, 14:159-215. Londres: Hogarth Press, 1957.

10. Freud, S.: The Ego and the Id (1923). Standard Edition, 19-12-68. Londres: Hogarth Press, 1961.

11. Glauber, I. P.: The Psychoanalysis of Stuttering. En: Stuttering: A Symposium, ed. C. S. Eisonson. Nueva York: Harper, 1958, pp. 71-119.

12. Glauber, I. P.: Further Contributions to the Concept of Stuttering. J. Hillside Hosp., 11:178-189, 1962.

13. Goldfarb, W.: Childhood Schizophrenia. Cambridge: Harvard University Press, 1961,

14. Goldfarb, W. y Braunstein, P.: Reactions to Delayed Auditory Feedback Among a Group of Schizophrenic Children. Amer. S. Orthopsychiat., 26:544-555, 1956.

15. Greenacre, P.: General Problems of Acting out. Psychoanal. Quart., 19:455-467. 1960.

16. Greenberg, S. H.: Current Trends in Linguistics. Science, 130:1165-1170, 1959.

17. Hartmann, H.: Comments on the Psychoanalytic Theory of Instinctual Drives (1949). Essays in Ego Psychology: Selected Problems in Psychoanalytic Theory. Nueva York: International Universities Press, 1964, pp. 69-89.

18. Hockett, C. F.: A Course in Modern Linguistics. Nueva York: Macmillan, 1958.

19. Hockett, C. F.: Animal "Languages" and Human Language. En: The Evolution of Man's Capacity for Culture, ed. S. N. Spuhler. Detroit: Wayne State University Press, 1959.

20. Hockett, C. F.: The Origin of Speech. Sci American, 203:89-96, setiembre de 1960.

21. Hockett, C. F.: The Problems of Universals in

Language (1963). En:

Universals of Language, ed. J. H. Greenberg. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press, 2 ed., 1966.

22. Jacobson, E.: The Self and the Object World. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 9:75-127. Nueva York: *International Universities Press*, 1954.

23. Jakobson, R.: Kindersprache, Aphaaie und allgemeine Lautgesetze (1935). *Selected Writings: I. Phonological Studies*. The Hague: Mouton, 1962, pp. 328-401.

24. Jakobson, E.: Aphasia as Linguistic Problem. En: *One Expressive Language*, ed. H. Werner. Worcester: Clark University Press, 1953, pp. 69-81.

25. Jakobson, E.: Why "Mama" and "Papa"? (1959). *Selected Writings: I. Phonological Studies*. The Hague: Mouton, 1962, pp. 538-545.

26. Jakobson, E.: *Linguistics and Poetics* (1960). En: *Style in Language*, ed. T. A. Sebeok. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press, 1968, pp. 350-377.

27. Jakobson, E. y Halle, M.: *Fundamentals of Language*. The Hague: Mouton, 1956.

28. Kris, E.: *Psychoanalytic Explorations in Art*. Nueva York: *International Universities Press*, 1952.

29. Lee, B. S.: *Delayed Speech Feedback: First Communication*. *S. Acoust. Soc. Amer.*, 22:639, 1950.

30. Lee, B. S.: *Effects of Delayed Speech Feedback*. *S. Acoust. Soc Amer.*, 22:824-826. 1950.

31. Lee, B. S.: *The Artificial Stutterer*. *J. Speech & Hearing Disorders*, 16:53-55, 1951.

32. Leopold, W.: *Speech Development of a Bilingual Child*, 4 Vols. Evanston: *Northwestern University Press*, 1939-1949.

33. Leopold, W.: *Patterning irt Children's Language Learning* (1953-54).

- En: *Psycho-Linguistics: A Book of Readings*, ed. S. Saporta. Nueva York: Rinehart & Winston, 1961.
34. Lewin, B. D.: *Dreams and the Uses of Regression*. Nueva York: International Universities Press, 1958.
35. Luna, A. R.: *The Role of Speech in the Regulation of Normal and Abnormal Behavior*. Nueva York: Liveright, 1961.
36. Luna, A. E.: *Factors and Forms of Aphasia*. En: *Disorders of Language*. ed. A. V. S. de Reuck & M. O'Connor. Boston: Little Brown. 1964, pp. 143-161.
37. Miller, G. A., Galanter E., y Pribram, K. E.: *Plans and the Structure of Behavior*. Nueva York: Holt. Dryden, 1960.
38. Mowrer, O. H.: *Speech Development in the Young Child: 1. The Autism Theory of Speech Development*. *J. Speech & Hearing Disorders*, 17:262-268, 1952.
39. Peller, L. E.: *Language and its Pre-Stages*. *Bull. Phila. Assn. Psychoanal.*, 14:55-76. 1965.
40. Rosen, V. H.: *The Relevance of "Style" to Certain Aspects of Defence and the Synthetic Function of the Ego*. *Int. S. Psycho-Anal.*, 42:447-457, 1961.
41. Rosen, V. E.: *Disturbances of Representation and References in Ego Desviations*. En: *Psychoanalysis A General Psychology*, ed. E. M. Loewenstein, L. M. Newman, M. Schur, & A. J. Solnit. Nueva York: International Universities Press, 1966, pp. 634-654.
42. Salimbene. *The Emperor Frederick II*. En: *The Portable Medieval Reader*, ed. J. B. Rosa & M. M. McLaughlin. Nueva York: Viking Press, 1949, pp. 362-368.
43. Sapir, E.: *Language: An Introduction to the Study of Speech*. (1921) Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1949.
44. Sapir, E.: *The Psychological Reality of the Phoneme* (1933). En: *Selected Writings of Edward Sapir*, ed. D. G. Mandelbaum. Berkeley: University of California Press, 1958, pp. 46-60.
45. Schur, M.: *The Ego and the Id la Anxiety. The Psychoanalytic Study of the*

- Child. 13:190-220. Nueva York: International Universities Press, 1958.
- 46.Snyder, E.: The New Biology of Dreaming A.M.A. Arch. Gen. Psychiat., 8:381-391, 1963.
- 47.Stein, M. H.: The Cliché: a Phenomenon of Resistance. This Journal, 6:263-277, 1958.
- 48.Tanner, W, P. y Rivette, C. L.: Experimental Study of “*Tone Deafness*”. .S. Acoust. S. Amer.. 36:1465-1467, 1964.
- 49.Vygotsky. L. S.: Thought and Language (1934). Nueva York, Wiley, 1962.
- 50.Weir, R. R.: Language in the Crib. The Hague: Mouton, 1962.
- 51.Werner, H. y Kaplan, E.: Symbol Formation. Nueva York: Wiley, 1963.
- 52.Wolff, P.: Observations en the Neonate. Psychosom. Med., 21:110-118, 1959.
- 53.Wolff, P. The causes, Controls, and Organization of Behavior in the Neonato [Psychological Issues, Monogr. 17]. Nueva York: International Universities Press, 1966.

**LA IMPORTANCIA DEL “ESTILO” CON RESPECTO A
DETERMINADOS ASPECTOS DE LA DEFENSA Y DE LA
FUNCION SINIETICA DEL YO**

VICTOR H. ROSEN *

“*El estilo es el hombre mismo.*”

Buffon

Aunque la literatura sobre historia del arte, la crítica y la estética tratan extensamente sobre *el problema del estilo en sus* muchas formas y contextos, el psicoanálisis está todavía por ocuparse de una “psicología del estilo”. (13) 2

El presente estudio no pretende llenar el hueco de la comprensión del estilo o tratar el problema multidisciplinario y enigmático del estilo artístico, excepto en lo que se refiere a aquellos aspectos que pueden ser de importancia para el tema tratado. Éste es más bien un intento preliminar para definir el problema general del estilo, su exploración como *uno de los* elementos de la personalidad, objeto de estudio psicoanalítico, y para sugerir algunas áreas en las cuales el psicoanálisis puede hacer una contribución al terna y rendir algún beneficio, tanto práctico como teórico, al ser realizado.

Se intentará mostrar que el “estilo” puede ser definido como una síntesis progresiva de forma y contenido de una manera individualmente típica y de

* Dirección: 262 Central Pk. West; Nueva York, N. Y. 10024

acuerdo con el sentido individual de “apropiado”. ** El estilo se concibe como la expresión de la función organizadora del yo 3 que puede desplegarse en este proceso en una forma inusualmente accesible. Cada estilo individual tiene una “invariante” que puede estar en gran medida determinada por usos característicos de la ambigüedad. También se va a discutir la posibilidad de que el estudio del estilo pueda ayudar en la elucidación de algunos problemas técnicos del análisis de ciertas resistencias que permanecen oscuras. El modo por el cual tal estudio puede ser útil para entender ciertos “aspectos” en gran parte no sistematizados que se utilizan en diagnósticos de estados borderline también se sugiere en el presente estudio. Esto no significa ningún intento de formular conceptos nuevos sino simplemente un modo de presentar algunos fenómenos clínicos bien conocidos ofrecidos desde un punto de vista diferente.

Si bien “estilo” no es una palabra primordial en la lengua inglesa, participa por lo menos de las propiedades antitéticas que Freud (7) adscribe a tales palabras en las lenguas raíces. Deriva de *estilus*, punzón con una punta afilada para cortar en la cera y otra roma para borrar; su función de opuestos, como también su origen en el área de la escritura y de la expresión lingüística, se hacen así evidentes. Veamos la definición compuesta, que da el diccionario, de estilo como “el modo de expresar el pensamiento en lenguaje, oral o escrito, especialmente el lenguaje exhibido por el espíritu y las facultades del escritor”. Sólo secundariamente es definido como “el característico modo de presentación, construcción o ejecución en cualquier arte, trabajo, o uso”. Aquellos aspectos de la palabra que se refieren al individuo como ser único, son resumidos como “aquella cualidad que da expresión distintiva por excelencia” especialmente en el sentido de “apropiado” y de elección de las relaciones entre el material o tema del sujeto, el medio y la forma, que se individualizan por las características temperamentales del creador. Pero estilo particularmente en su uso, hecho ver-

** Apropiado [adecuado] + poseído [propio, de uno]: **A.propiado.** (N. del T.)

bo, tiene una connotación directamente opuesta. Aquí se refiere a titular, connotar, nominar, denominar o caracterizar. Este aspecto de la palabra se fusiona con la noción de *estilizado*, donde “conforme a un estilo” quiere decir imitar, convencionalizar o reducir a un estereotipo, erradicando aquellos aspectos que se desvían de la forma o del tema del sujeto y que pudieran diferenciar lo específico de lo genérico.

Los dos sentidos de estilo se fusionan en ciertas actividades del hombre, un estilo de escritura, por ejemplo, es específico para cada individuo y *sin* embargo utiliza los caracteres estilizados del alfabeto como su medio de expresión. Es a través de tales actividades personales que el estilo en su forma más conspicua puede ser observado. Es en este sentido, y, gr., el uso individual de las formas convencionales para expresar los propios pensamientos o sentimientos a un receptor que participa para completar el mensaje, que el término es utilizado en el presente estudio.

Desde Platón, la teoría del arte ha incluido varias doctrinas que implican una correspondencia entre algunos aspectos de la personalidad del artista y la naturaleza de su obra. Aun una pequeña muestra de la vasta literatura sobre el tema estaría mucho más allá de las miras del presente estudio. 4

Las mentes literarias parecen haber estado particularmente interesadas en este problema. El período romántico de la teoría y crítica del arte, ha estado particularmente intrigado por la tesis de que “el estilo es el hombre”, pero ha buscado generalmente identificar el estilo exclusivamente con la forma, o en otras ocasiones únicamente con el contenido. Las ecuaciones sobresimplificadas que surgieron de esta separación de los componentes en sus partes convirtió a la tesis en ofensiva para sus críticos. De ahí que una disertación bastante ingenua leída en la Academia Real Irlandesa en 1793 por el reverendo Robert Burrowes llevara como título ornamental *Del estilo en la escritura con respecto a los pensamientos como también a las palabras, indicando las características*

peculiares de la disposición del escritor, sus hábitos y los poderes de la mente.

(1)

Samuel Johnson señala el rechazo que produce en un hombre de letras la cándida equiparación de la vida manifiesta de un autor con sus obras. Esta práctica le recordaba haber oído a Una señora que consideraba que ella podía deducir de la obra poética de determinado autor tres aspectos de su carácter, a considerar: que era un gran amante, un gran nadador y rigurosamente abstemio. Johnson consideró la observación fuera de lugar. Él podía establecer, confiando en sus conocimientos, que tal hombre “no sabía nada del amor fuera del sexo, que jamás había tocado el agua fría, y que se permitía todos los lujos que estuvieran a su alcance”. (1)

En la literatura psicoanalítica, la sugerencia de que el estilo puede ser mejor estudiado “in- virtiendo la separación de lo único de lo convencional” fue ya hecha por Kris. (1i) Dice: “En lugar de aceptar la división entre forma y contenido mantenida en muchas áreas de la historia y la crítica del arte, la orientación psicoanalítica sugiere el valor de establecer su interrelación”. Refiriéndose al estudio de Freud sobre Leonardo da Vinci dice, por ejemplo: “Él [Freud] había sido capaz de entrar profundamente en los secretos de un hombre de genio. Las determinantes del interés científico de Leonardo, sus obsesivos y frecuentemente frustradores hábitos de trabajo podían ser plausiblemente rastreados hacia aspectos impresos en su infancia. El niño criado por dos madres, la madre campesina y la esposa de su padre en cuya casa creció, fue el estímulo para unir, prácticamente por primera vez en la pintura italiana a la Virgen, a Santa Ana y al Niño Jesús. La unidad de los tres fue establecida no sólo por el gesto, sino que parecen emerger UFO desde el otro, ya que están inscritos en una configuración piramidal. Con recursos similares, Leonardo creó en varias de sus pinturas composiciones que ejercían considerable influencia en

el desarrollo del arte de su tiempo. El fenómeno investigado ha sido logrando por la aproximación desde dos lados la biografía del artista y la solución del problema artístico: uno puede demostrar así la interrelación de un incentivo de la vida individual con las exigencias de un problema artístico, determinadas en el caso de Leonardo por el desarrollo de la pintura italiana.”

La fusión de tales aspectos opuestos como consecuencia sintética del yo ha sido también analizada por Nunberg (19), Hartmann (11) y, como parte del concepto del “principio de función múltiple” de Waelder, (28) Hartmann describe la creación artística como “el prototipo de relación sintética”. (11) La literatura psicoanalítica, sin embargo, es singularmente pobre en cuanto a una definición unificadora de la función de organización, su génesis, su desarrollo y los efectos de los trastornos en su actividad. No siempre se hace una distinción clara entre las fuerzas de desarrollo y de maduración por una parte, que promueven la organización del aparato yoico hacia nuevas estructuras y sistemas sobre una base más o menos estable, y aquellos procesos activos del yo en cualquiera de las etapas de su desarrollo que dan lugar a combinaciones y recombinaciones de varios elementos psíquicos en nuevas imágenes ideas o afectos para propósitos más o menos temporarios. Ni tampoco, en este último sentido del término diferenciamos lo singular, o las manifestaciones episódicas de la función organizadora, como los fenómenos de inspiración., de las más estables y continuas manifestaciones repetitivas tales como, por ejemplo, el estilo del pensar. Uno de tales hechos mentales episódicos es la fantasía. “La fantasía —no sólo en el sentido del talento para realizar nuevas combinaciones, sino también en el sentido del pensamiento simbólico pictórico— puede ser beneficiosa aun en el pensamiento científico [. . .] la fantasía puede [también] cumplir una función sintética conectando provisoriamente nuestras necesidades y deseos con las posibles maneras de lograr que se realicen” (Hartmann). Los sueños, la memoria, la actividad para resolver problemas, y muchas expe-

riencias afectivas complejas son también hechos psíquicos en los cuales varios elementos son selectivamente elegidos y combinados de acuerdo con la propensión personal única. La *función* de diferenciación y de síntesis es por lo tanto ubicua en todos ellos. Tales fenómenos mentales son sin embargo muchas veces transitorios y frecuentemente no reproducibles. Se encuentran en estado de nebulosa de mayor organización molar. Aunque el proceso analítico está en gran medida vinculado a hechos mentales de tal carácter transitorio, requiere una preparación y un estado de alerta en que se pueda observar el Proceso organizador en acción a través de ellos. Más frecuentemente se hace necesario reducir tales contenidos mentales retrospectivamente a Sus componentes originales. El estilo, aunque puede manifestarse tanto en los fenómenos transitorios como en los continuos, es por definición uno de los más constantes aspectos de la actividad expresiva individual. La función organizadora puede ser controlada a través de controles temporarios de sus variaciones y evoluciones. Es más desde que la voluntad y los estímulos externos están menos implicados en el estilo de expresión que la forma o la temática, éste (el estilo) está más sujeto a traicionar los hechos inconscientes o autónomos de la función sintética que otros aspectos de la comunicación individual. El énfasis en la función organizadora no debería sugerir ninguna noción de exclusividad en la acción. La participación de un auditor en el producto final como un factor esencial del proceso será discutida a continuación.

Implícita en la presente definición del estilo está la característica de la invariabilidad. (22) Consiste en un aspecto peculiarmente reconocible o identificable para un estilo determinado, el cual por otra parte es tan difícil de captar. Es el rasgo que permanece como una parte constante de la actividad o sus manifestaciones a través de la serie de transformaciones que podrían por otro lado afectar la continuidad ya sea de la forma o de la temática. Aun cuando los estilos sufren desarrollos evolutivos o involutivos, el aspecto invariable

persiste de manera que la individualidad con su marca de origen persiste. La detección de falsificaciones o imitaciones en las obras de arte, por ejemplo, depende en gran medida del grado en que se puede confiar en este fenómeno. Las discontinuidades y desintegraciones del estilo se tipifican por la abrupta desaparición del rasgo invariable aunque aparentes similitudes de forma y contenido pueden persistir en la actividad subsiguiente. Kris y Pappenheim (13) estudiaron por ejemplo la producción de un artista esquizofrénico que había realizado diseños arquitectónicos y escultóricos. Durante la psicosis del paciente sus dibujos seguían sugiriendo el talento del individuo, y el contenido persistía en gran parte arquitectural pero con un alto contenido de sentido personal. El paciente se refería a ellos como “dibujos escritos” en contraste con sus trabajos anteriores. Su interés estaba puramente dirigido hacia el contenido. Uno obtiene la impresión de la reproducción de estos *Sketches* de que él retuvo una continuidad temática con respecto a su estado prepsicótico en sus figuras, esculturas, etcétera, pero que el retraimiento regresivo había producido un cambio completo en la manera de sintetizar los aspectos formales con su capacidad artística, y que consecuentemente se había producido una discontinuidad en su estilo.

El desarrollo de un sistema de notación 5 es uno de los problemas para confrontar un estudio sobre la invariabilidad del estilo individual. Hasta que tal sistema no sea accesible dentro del marco del discurso psicológico ya a ser difícil saber si este rasgo puede ser descrito en términos de una caracterología corriente o si la actividad expresiva del estilo revela aspectos fundamentales de la personalidad humana en el modo postulado, por ejemplo, por los estudiosos de la grafología. Tampoco va a ser posible determinar si las actividades expresivas del individuo en todos los medios tienen un estilo que sea consecuente a través de toda la actividad o únicamente para cada una de ellas. Muchos problemas interesantes esperan a la investigación psicoanalítica en esta área, en la cual la guía y la ayuda debieran ser buscadas en las ciencias hu-

manas, en la psicología clínica, y en otras disciplinas auxiliares.

En el propio proceso analítico los fenómenos “estilísticos” se observan con más frecuencia en las variaciones individuales del lenguaje, la expresión mímica, los modales, el vestir, y menos frecuentemente en la escritura. En ocasiones relativamente más raras productos artísticos del paciente pueden ser observados como parte de su actividad creativa. Desgraciadamente la dirección en la cual los intereses del analista se ven dirigidos el foco de su atención, lo inadecuado de los métodos de notación, obstruyen la comunicación adecuada de observaciones analíticas e investigaciones en estos campos. Más importantes sin embargo que la relativa negligencia con respecto al estilo como objeto de estudio en el paciente individual, son algunas de las exigencias de la técnica psicoanalítica en sí misma. El analista oye a su paciente en la esperanza última de ser capaz de comprender aquellos aspectos de los contenidos mentales inconscientes del paciente que producen los síntomas. Con este propósito, él alternativamente observa el contenido de las asociaciones del paciente o la forma en las cuales éstas son comunicadas. En este último caso la forma generalmente es tratada como un modo de comunicar el contenido, ya sea en el aspecto de la defensa o como expresión directa de la necesidad o el deseo. 6

Si el estilo es el producto de la fusión *sintética* de contenido y forma de acuerdo con el sentido orientador de lo “apropiado” sería de esperar entonces que desapareciera en el reduccionismo del laboratorio de análisis, por lo menos como un objeto a escudriñar para el investigador.

El término propiedad o *apropiado* en la definición previa del estilo requiere cierta elaboración. Esta característica parece ser más importante con respecto al problema del estilo artístico. En la presente discusión se asume sin embargo que todos los individuos, consciente o inconscientemente, escogen ciertos métodos para expresar el material subjetivo de su vida mental, y que éstos son más o menos “apropiados” dentro de un margen mayor o menor de variación de un

ideal del que es corrientemente permitido por la crítica artística o los juicios estrictamente estéticos. *Apropiado* o propiedad tiene diferentes connotaciones en relación con esto. La “ecuación” de un medio formal determinado para un hecho particular subjetivo está en gran medida determinada por la adaptabilidad o “trucos de refracción” (20) del medio hacia el cual los deseos individuales se expresan, Es así que el lenguaje prosaico y los diagramas gráficos pueden ser muy adecuados para la expresión de ideas relativas por ejemplo a la construcción de una máquina; la pintura y el lienzo pueden servir para la imagen visual, etcétera. La expresión artística cenestésica tal como una “balada danzada” puede llegar más allá de los límites de los estándares corrientes de “adecuación” sin ser “inapropiada”. Los estándares de adecuación están en gran medida determinados externamente en este sentido por las propiedades del medio. Lo “apropiado”, sin embargo, tiene sobretonos afectivos. Tiene que ver con el control de los aspectos formales de la expresión de modo que éstos permanezcan dentro de los confines de la comunicabilidad y conserven su relevancia con respecto a un contexto situacional total. Esto se refiere a un fenómeno internamente condicionado que se halla compuesto por muchas determinantes, dentro de las cuales las primeras relaciones objetales y las influencias culturales posteriores juegan papeles importantes. 7

En el caso del artista, el “contexto situacional” o la “realidad” en la cual él crea un estilo existe, de acuerdo con Kris. (13) “en el restringido sentido de la necesidad inmediata y del medio material [y en] el sentido extenso de la estructura del problema que existe mientras el artista está creando. Las circunstancias históricas en el desarrollo del arte mismo, que limitan parte de su trabajo, determinan de una manera o de otra sus modos de expresión y así constituyen el material con el cual él lucha en su creación.” De un modo similar pero de una forma menos auto-consciente un hombre ordinario también lucha con necesidades inmediatas, las exigencias del medio material y sus propias circunstancias históricas. Dentro de este contexto sus limitados actos personales

de autoexpresión pueden ser vistos como más o menos estilísticamente “apropiados”, aunque lo que intenten sea la comunicación mundana interpersonal desprovista de consideraciones estéticas. Estos modos característicos de combinar forma y contenido con grados variables de “propiedad” son la firma del estilo del hombre corriente, de una manera similar a como ocurre en el artista.

Así el sentido de lo “apropiado” implica un proceso de selección y combinación, un proceso en el cual la función sintética del yo está decisivamente implicada. Debe ser reenfatizada la considerable confusión como también la sobre-simplificación que puede resultar del establecer demasiado rápidamente una ecuación entre el estilo individual en las actividades ordinarias con el estilo creativo en las artes. En las últimas uno debe no sólo asumir una mayor intensidad de grado de conciencia y de maestría en cuanto a las consideraciones estilísticas sino también un mayor número de determinantes que tienen variables grados de influencia sobre ella y que deben ser tomadas en consideración para la comprensión del producto total terminado. ~ Aunque es la intención de la presente discusión el mantener una distinción entre el estilo artístico y el estilo de las actividades corrientes de un individuo, parece posible utilizar los resultados de la creación artística para ilustrar ejemplos de algunos de los problemas del estilo que tienen una explicación más general. Selma Fraiberg (6) da un ejemplo excelente de la selección de forma como vehículo óptimo para el contenido en su trabajo *Kafka y el sueño*. El efecto logrado por la separación que ella hace de los elementos de su estilo ilustra la pérdida de la cualidad invariante cuando el producto sintético es reducido a sus partes de modo que no queda más el sentido de cosa única.

Aparentemente era un propósito consciente en Franz Kafka el de utilizar sus sueños nocturnos para la creación literaria. Conservaba extensos registros de sus sueños en libros de anotaciones, y es fácil rastrear el origen de muchos de sus

trabajos como tomados directamente de estos registros. Al discutir el estilo de Kafka, Fraiberg hace notar que hay significativos problemas en convertir *los* aspectos misteriosos del mundo de los sueños y su contenido imaginativo en una forma literaria. “Kafka”, dice ella, “no se tomó mayor trabajo con los problemas mecánicos de introducirse en el mundo de los sueños, Encontró una solución fácil al problema de la barrera presentada por el lenguaje. Simplemente pasó por encima de ella [...]; desde que lo misterioso no es una cualidad del sueño en sí mismo sino que deriva de una imposibilidad de la facultad del yo, aquélla de la prueba de realidad. Una narrativa que intenta simular la experiencia de los sueños o evocar lo «misterioso del sueño» debe dejar de lado la crítica y la facultad de juicio del yo a través de una forma en la prosa que aparentemente mantiene la lógica y la coherencia al mismo tiempo que afirma el delirio. La prosa ideal para ser tratada de este modo es el discurso corriente de todos los días, una narración fáctica en simples cláusulas declarativas. La narración de sucesos y visiones del mundo de la noche en la prosa corrientemente usada en la vida diaria produce exactamente ese sentido de disolver la razón que hace a la realidad un sueño y al sueño una realidad, la esencia de la calidad de lo misterioso [...]. ¿Puede el mismo efecto [se pregunta ella], ser obtenido a través de un experimento del lenguaje mismo? Abandonando los patrones del discurso corriente de todos los días, el escritor puede introducir frases y ritmos que recuerdan la fluidez y la emergencia del pensamiento del proceso primario. El sueño puede ser tomado como modelo para la invención y las licencias lingüísticas.” Fraiberg cree que tales experiencias raramente han producido resultados importantes. Puede ser que ella no tenga en cuenta los casos opuestos en los cuales la trivialidad de todos los días puede convertirse en material subjetivo y ser comunicado como “experimentos sobre el lenguaje en sí mismo como, por ejemplo, en el caso de Joyce; pero éste es un tema para ser resuelto por los expertos en crítica literaria. En cualquier caso, aunque Fraiberg da una descripción analítica muy fina de su técnica literaria, el estilo inconfundible de

Franz Kafka no puede ser comprendido por el uso del discurso narrativo en forma de “cláusulas declarativas simples”. Tal determinante construir, difícilmente lo distinguiría de otra gran cantidad de escritores que están limitados por otras consideraciones a tal medio de expresión. Tampoco puede uno imaginar que el *racconto* de un sueño en testimonios declaratorios simples sea necesariamente misterioso o productivo de un fuerte sentido de individualidad en el narrador. Algo en la fusión de ambos, como lo logrado por Kafka y ningún otro escritor, debe ser el hecho buscado en el “estilo” de su obra.

Uno se siente perturbado en un sentido opuesto por el intento de George Meredith (18) de describir el estilo de Thomas Carlyle. Meredith no hace nada por reducir el estilo de Carlyle a sus elementos. El intento es global y está caracterizado por la libre utilización de imágenes subjetivas metafóricas para lograr su propósito. Dice: “Carlyle tenía un estilo que se asemejaba ya sea a la arquitectura primitiva o a la absoluta dilapidación, de tan suelto y rústico que parecía; un estilo tipo viento en el huerto que tumba aquí y allá apreciable cantidad de fruta de un golpe brusco; cláusulas sin comienzo corriendo abruptamente hacia el final, como olas contra una pared en el mar, palabras aprendidas en el diccionario ayudando al *slang* de la calle, acentos que caen en ellas por azar, como rayos de nubes que se desplazan; todas las páginas como en una brisa, todo el libro produciendo una especie de agitación eléctrica en la mente y en las coyunturas”. Aquí, en toda su poesía, hay un sobreénfasis en otro hecho de la síntesis a la que se alude por la definición formal del estilo cuando asegura que el estilo es la cualidad que da excelencia distintiva al producto. Desde que “distinción excelente” es un juicio de valor estético debe referirse a la respuesta subjetiva del observador, al estímulo que emerge del estilista. Éste puede ser un hecho que forme un puente entre el problema del estilo artístico y el estilo *en* el sentido corriente. Así, puede sugerirse que la respuesta del observador tan claramente implicada en la descripción del estilo de Carlyle que

hace Meredith, está también fusionada con el producto sintético para dar sus características distintivas, de la misma manera que una mancha de Rorschach puede decirse que deriva su sentido de la percepción del paciente. En este sentido uno podría anticipar que el artista y el crítico de arte constituyen una unidad inseparable, cuyas funciones son recíprocas e interdependientes más que antagónicas. Kris (13) hace intervenir esto en su discusión sobre la ambigüedad estética, cuando describe la respuesta estética de la audiencia proyectada en una obra de arte como un hecho esencial del producto y que se fusiona con él y es rentroyectado como uno de sus componentes esenciales. Ver también Gombrieh (9)

La indisolubilidad de forma y contenido en la formación del estilo es ilustrada por Strunk (26) en un tratado elemental para estudiantes de literatura inglesa. Cita el profundo afecto sobre el estilo de un pequeño cambio en una secuencia de palabras. Haciendo la siguiente cita de Thomas Wolfe: “Rápidas son las bocas de la tierra y rápidos los dientes que se alimentaban de este amor”, propone este cambio en el orden de las palabras: “Las bocas de la tierra son rápidas y los dientes que se alimentan de este amor son rápidos también”. “Lo que era poético y sensual” dice, “se ha convertido ahora en prosaico y rígido; en vez del secreto y la belleza del sonido nos ha quedado el simple ruido de la masticación.” El cambio, sin embargo, no es meramente en la forma con la consiguiente alteración en el estilo, un cambio insidioso también se manifiesta en el contenido. El traslado del énfasis para el lector de “amor” a “masticar”, resultado de una disminución de la ambigüedad del concepto, no menos que del cambio en el orden de las palabras, es responsable de la trasmutación de poesía en prosa macabra.

Puede decirse que si todo estilo no es necesariamente ‘artístico’, entonces todas las respuestas al estilo no necesariamente tienen de ser estéticas. Pero alguna respuesta puede ser asumida aunque sea un mero reconocimiento de su

individualidad es posible que, como en la proyectada síntesis de la respuesta artística, este acto de observación en el reconocimiento es también un hecho esencial en el estilo no artístico: la colaboración entre el productor y el observador. Así, a la sugerencia original de que el estilo personal es el producto de los contenidos mentales individuales amalgamados con las convenciones formales de cierto modo debe agregarse el elemento de respuesta colaboradora con sentido de otro individuo. ¿Cómo están estos tres elementos relacionados en términos de la dirección de la energía libidinal o de las relaciones objetales? Los hechos psíquicos, que constituyen el contenido del estilo, requieren una investidura narcisista del *self* en términos de autoconciencia y autoobservación. Es necesaria poca estructuración formal de estos hechos si el propósito es meramente tornar elementos de la corriente psíquica tal como ocurre. Las convenciones formales de los medios expresivos (verbigracia: el lenguaje inglés o la escala cromática) están social e históricamente determinados. Tienen una dirección objeto], y hacen posible traducir las imágenes y el lenguaje “interior” de autoconciencia a una forma en la cual puedan ser comunicados a otros. Estas convenciones formales también representan particularmente en los recuerdos, un contacto con el pasado (y con el futuro) de la raza y por lo tanto un puente que da continuidad a la experiencia humana. Walter Pater en su *Ensayo sobre el estilo* (20) describe ambos límites y el reto que los impone: “Porque el material en el cual [el escritor] trabaja no es más su propia creación que el mármol que utiliza el escultor. Producto de un miríada de mentes variadas y de contenidos de diferentes lenguas, condensación de asociaciones pequeñas y oscuras, una lengua tiene sus propias y abundantes leyes recónditas, de la cual el aprendizaje en la escuela constituye el habitual y resumido reconocimiento. Un escritor compenetrado de su materia es ante todo alguien ansioso de expresar. Puede pensar en estas leyes, estas limitaciones de vocabulario, estructura y otras, como una restricción, pero si es un artista de verdad va a encontrar en ellas una oportunidad. La puntillosa observancia de las propiedades de su medio se va a

difundir a través de lo que escriba como un aire general de sensibilidad y de uso refinado. Va a sentirse obligado no sólo por las leyes sino también por las afinidades y evitaciones, las meras preferencias de su lenguaje que a través de las asociaciones de la historia literaria tienen parte en su naturaleza, prescribiendo la extracción de muchos neologismos, muchas licencias y muchas frases gitanas [...] .”

Así la traducción del contenido puramente personal en una forma convencional impone un reto y una oportunidad, pero también una penalidad. La completa extensión de la idea individual es de alguna manera construida y estructurada por el mero hecho de tener que ser articulada; mientras el medio formal para adecuar la idea también debe sufrir cierto grado de distorsión de modo que ya no forma más con absoluto rigor el original ideal abstracto. La síntesis y mutuas adecuaciones de forma y contenido en un estilo por lo tanto requieren el simultáneo contacto con el self, el mundo interno de los sucesos psíquicos y los objetos del mundo externo de la sociedad humana. Este simultáneo contacto entre el mundo interno y el externo debe dar también sentido apropiado al lugar de uno en el otro. Otra consideración en la selección apropiada de la forma para el contenido está determinada por las necesidades del objeto de ser comunicado. Así como la ambigüedad más allá de determinados límites perturba la recepción del sentido ofreciendo demasiada cantidad de posibles interpretaciones, así también un mensaje excesivamente explícito limita la participación del receptor en el proceso a un mero registro y lo excluye del acto creativo y del completar el sentido por resolución de la ambigüedad. Éste es el rasgo que se refleja en lo “apropiado” de la forma al contenido, considerado por los esteticistas como la esencia de la distinción estilística, y en el presente contexto como un aspecto integral de la función sintética del yo.

Esto sugeriría que una desintegración o un fracaso en la integración de un estilo en las actividades expresivas ordinarias puede ser una medida del trastorno de la función sintética y un indicador de un trastorno del yo. De lo antedicho uno podría esperar que tales déficit estilísticos se hicieran evidentes en una o varias direcciones. Por ejemplo, lo que se expresa puede ser tan personalizado que sobrepase más o menos los aspectos formales de los medios de expresión. En tal caso lo que se produce puede ser amorfo y sin comunicabilidad social. Más que de estilo uno habla en tales casos extremos de excentricidad o manierismo. Extravagantes ejemplos tales como los neologismos hebefrénicos y las muecas faciales y posturas bizarras de los catatónicos forman un continuo con las más sutiles producciones personalizadas de individuos borderline, que meramente pasan por encima de las barreras y límites del margen permisible de desviación en las convenciones formales. O, la investidura en las restricciones convencionales y estrecheces puede desarrollarse hasta tal extremo que lo que es expresado pierde la característica que permite distinguir su origen individual. El clisé es un ejemplo de esto. Stein (24) ha descrito su utilización defensiva en el proceso analítico. Él sugiere que el individuo que habitualmente habla en clisés tiene un trastorno de la función del yo: “Tal actividad” dice Stein, ‘es una indicación de trastornos en las relaciones objetales, aislamiento y hostilidad, como también el uso de las palabras como magia más que como información.’”

En otros casos donde las características formales de expresión sobrepasan lo personal nos sentimos frente a la rigidez, el aburrimiento y la trivialidad. Finalmente, es posible distinguir un deterioro en el estilo en el cual tanto los elementos formales y los contenidos personales parecen estar conservados, pero inapropiadamente combinados. 9

En lo que tiene que ver con la evaluación de varios tipos de fenómenos borderline, Stone (25) ha sugerido la importancia de datos sobre el estilo Dice: “Necesitamos [...] observaciones detalladas de los procesos del pensamiento del

paciente y de la expresión lingüística, y una oportunidad para observar sus reacciones posturales, voz y mímica. Seguramente en estas modalidades el paciente puede revelar al observador sensible fragmentos psicóticos desde un punto de vista descriptivo.”

No es raro que las oscuras o incomprensibles resistencias a un análisis sean más fácilmente abordables por la atención al estilo de la comunicación del paciente que por un intento de analizar las defensas que pueden aparecer en él. Tales aproximaciones globales a la resistencia son recursos bien conocidos y han sido descritos por ejemplo como “la armadura caracterial” por W. Reich (21) y “mitos personales” por E. Kris. (14) Estos elementos, de orden técnico, son sin embargo en gran parte intuitivos y no están sistematizados. Considero desde el punto de vista de las “defensas estilísticas” que estos fenómenos pueden ser categorizados bajo el título de sobreénfasis en el contenido, sobreénfasis en la forma y material temático inapropiado a la forma.

Sobreénfasis en el contenido

Un joven abogado, por ejemplo, hacía mal uso de las exigencias convencionales del discurso en el proceso analítico, transmitiendo sus ideas en una forma curiosamente disociada. Hablaba rápidamente y expresaba sus sentimientos en una forma en cierto modo apasionada con respecto a determinados temas. Su tono era de tipo oratorio y más adecuado para los eslóganes que para transmitir información personal. Sobre otros temas pasaba rápidamente utilizando tonos apagados como si fueran breves hechos menores colaterales a su persona y escasamente relevantes con respecto a la corriente fundamental de la trama dramática. El efecto total era el de provocar confusión en el que escucha similar a aquella producida por ciertos inteligentes anfitriones que son capaces con pequeñas distorsiones del lenguaje (una especie de hablar con doble sentido), de hacer surgir dudas en cuanto a los poderes de

comprensión del que escucha o dar la impresión de que el que habla está hablando de tonterías. Era un excelente ejemplo de un estilo altamente personalizado, llegando casi a los límites de la excentricidad, prestando muy poca atención a los elementos formales de la sintaxis. Gradualmente se fue haciendo aparente que muchos de los ítemes más significativos estaban generalmente contenidos en las ideas vagas colaterales. Una confrontación con la descripción del efecto total que obtenían sus producciones verbales hizo asociar al paciente con su padre, que había sido una inteligente figura en la maquinaria política local, un voluble y arrebatado orador en una época en que los disidentes que hacían preguntas satíricas o embarazosas al hombre que se hallaba en el podio eran expulsados a la fuerza de la reunión. Una gran parte de la información útil se escondía detrás de esta divisa. Su propósito inmediato era el de desalentar al analista en cuanto a preguntar cosas que pudieran llevar al paciente a hablar de sus fechorías vinculadas con los asuntos financieros.

Sobreénfasis en la forma

Otro paciente, una mujer de mediana edad, habló durante muchas semanas de cosas singularmente triviales y temas insustanciales, tales como la hora en que su marido habla salido para la oficina esa mañana, cuándo había vuelto la noche anterior para la cena y de las diferentes citas y reuniones que había tenido con asociados de negocios durante el día. En una ocasión en que recordaba un sueño se hizo aparente que el espaciamiento temporal de las palabras era lo que para los reporteros significaba la “velocidad de dictado”. Cuando se le sugirió que lo que estaba diciendo era “todo lo que las noticias permiten imprimir” con la “objetividad” de un reportero honesto, ella estuvo de acuerdo. Cuando fue urgida sin embargo, a editorializar sobre las noticias del día, se descubrió que la paciente había estado interesada en la carrera de reportera en un diario. Su estilo objetivo de reportaje escondía sus sospechas y sus profundas *angustias* referidas a la circunstancia y evidencia de que su marido estaba teniendo un *affaire*; el

tema íntimo subjetivo de su temor estaba implícito en él pero completamente oscurecido por el formulismo de su comunicación.

Síntesis inapropiadas

Las comunicaciones sobrepersonalizadas y sobreformalizadas son más fáciles de distinguir que las formas inapropiadas de combinación de forma y contenido, más difíciles de percibir pero no menos significativas como estimaciones clínicas sobre la severidad de distorsión yoica. La técnica psicoanalítica, cuando es aplicada de acuerdo con sus reglas establecidas provee una mayor oportunidad para la emergencia de este tipo de trastorno que otros métodos psicoterapéuticos menos estructurados. Provee, en su contexto, de un *setting* de convenciones formales propias, dentro de las cuales el contenido puede ser sintéticamente asimilado al estilo. Puede ser útil considerar la defensa familiarmente conocida del *acting-in* como un ejemplo de falta de propiedad estilística. Uno de tales pacientes 10 era un hombre con dotes musicales y matemáticas poco comunes. Su queja fundamental era su timidez e inhabilidad para lograr una cita con tina chica. La palabra “amor” era sumamente embarazosa para él, y puntualmente la evitaba aun en referencias indirectas. Gran parte de la falta de propiedad de su manera de ser, consistía en varias defensas de “*acting-in*”. Una de ellas configuraba un juego disfrazado de adivinanza en el curso del tratamiento. Consistía en la producción de una serie de ideas cuyo objetivo era testar el nivel de comprensión del analista con respecto a determinados temas abstrusos, de acuerdo con las respuestas que éste le diera. Tenía su contrapartida en el esfuerzo del paciente en una época, para usar su talento musical, combinado con el matemático, en la composición de una fuga que expresaba un mensaje de amor dirigido a la muchacha que era compañera de sus estudios de música. Una similar falta de propiedad existía también en parte de su trabajo matemático. El único hermano de este paciente había nacido precisamente en el mismo día y mes que él; era doce años menor

que el paciente. Una gran parte del tiempo del paciente que parecía ser utilizado en investigaciones matemáticas originales, era ocupado sin embargo en la búsqueda de soluciones de problemas que implicaban la ocurrencia de probabilidades y de varias extrañas coincidencias. Una vez, por ejemplo, trabajó durante muchas horas sobre la probabilidad de que entre cincuenta personas que estuvieran en la misma pieza dos tuvieran el mismo cumpleaños. Él no era nada consciente de la relación de tales intereses con su propia biografía o sus afectos, que eran aislados por esta actividad individual. El aislamiento era su defensa favorita. Una curiosa falta de propiedad en modales y expresión también se revelaba en la transferencia, donde exponía una extraña torpeza de comportamiento. Rara vez aceptaba un agradecimiento o podía expresarlo ante un favor. Era descuidado con sus zapatos embarrados y con sus manos sucias manchaba la pared próxima a él junto al diván. Esto estaba en relación con las primeras tempranas relaciones con su madre de quien parecían venirle su condiciones musicales y matemáticas. Parece haber sido una mujer fría y grave, hacia la cual él se hallaba unido por su talento pero que raramente expresaba afecto físico hacia él. Durante un período de encopresis en la infancia ella manifestó extremo malestar hacia la suciedad y dejó toda la limpieza en manos del esposo, que sentía menos asco de hacerlo. El paciente utilizó un aislamiento masivo para defenderse de los sentimientos de ser rechazado. Esto le hizo difícil mantener en forma simultánea conciencia sobre sí mismo y sobre el medio social circundante. Su *rapport* defectuoso parecía ser la expresión de la identificación con las actitudes conflictivas de su madre hacia sus talentos por una parte y con sus funciones corporales por la otra. Una consecuencia de esto era su imposibilidad de tener una eyaculación seminal estando despierto aunque las poluciones nocturnas eran muy frecuentes. En contraste con la conducta del paciente en la situación analítica estaba el modelo que representaba en el colegio o en la universidad con sus profesores o con sus compañeros de estudio. Se quejaba de que en clase, en situaciones sociales y en sus relaciones

académicas se sentía muchas veces “atado de lengua” e incapaz de pensar “parado en los pies” o captar ideas simples cuando otros estaban hablando con él.

La inhabilidad del paciente para lograr realizar tareas sintéticas, estaba de acuerdo con la sugerencia de que la falta de propiedad en el estilo depende del simultáneo contacto con el self y la situación social o contexto. Así, en la situación analítica, que requería esfuerzos introspectivos, junto con su conducta de dejadez el oyente experimentaba un sentimiento de alienación, tal como cuando alguien le habla a uno en forma coherente pero en una lengua extranjera, mientras que en las situaciones corrientes las formalidades sociales de la educación eran mantenidas pero a expensas de una alienación del paciente de sus propios poderes de comprensión.

Un niño con manifestaciones autísticas y talentos artísticos y musicales 11 se comunicó mucho tiempo con su terapeuta durante su período de latencia a través de dibujos y figuras de animales que vivían en ciudades modelos y que acaparaban toda su fantasía. Solía contestar a las preguntas con sonidos musicales de instrumentos o con ruidos de locomotoras y bocinas de automóviles. La madre de este niño, que posteriormente se psicotizó, no le hablaba durante el primer período de su infancia, y aunque el paciente a la edad de dos años podía tararear tonadas con una entonación perfecta, no empezó a hablar hasta la edad de cuatro. Durante muchos años también se le mantuvo sin contacto con otros niños. No sólo los aspectos formales del lenguaje sino también la expresión mímica, gestual y postural mostraban grandes limitaciones por efectos de la ausencia de estímulos sociales. La temprana promesa de un talento creador musical pareció también haber finalmente naufragado en esta lenta desintegración. La siguiente descripción del paciente corresponde a la época del tratamiento en que tenía 14 años de edad y da una vívida impresión del proceso de comunicación en el cual el estilo nunca se ha desarrollado más allá de la idiosincrasia y el manierismo. El terapeuta nos relata: “Su larga y

delgada cara está rígida. Sus movimientos son lentos, sin propósito, y desprovistos de espontaneidad. Parece bastante mayor que su edad, tiene un aire abstracto como si estuviera envuelto en una formidable tarea interior que requiere toda su atención y su energía. A veces responde a mi saludo con un rápido movimiento de cabeza y luego camina rígidamente con algo de una marcha compulsiva a la pieza del consultorio. Allí mira a través de mí con sus ojos aparentemente enfocados en la pared varios metros detrás de mí. Nunca dice la primera palabra y su respuesta a una pregunta mía es generalmente un liso y llano «bien» o «todo bien». A veces dice .por qué., pero esto es dicho sin una entonación de cuestionamiento y sin interés. Da sus contestaciones monosilábicas de un modo imperativo. Si se siente presionado se pone ansioso, inquieto, dando evidencia de un .no me moleste con sus estúpidas preguntas. Cuando se le interroga, Pedro me contesta que su mente está ocupada con uno de sus varios proyectos o con un fragmento musical. En ocasiones, aunque en forma menos frecuente que en el pasado, él súbitamente y en forma violenta marca el tiempo de acuerdo con el ritmo de su música interna. Hace esto golpeando sus puños cerrados contra el brazo del sillón. En tales momentos su cuerpo se sacude violentamente. A veces acompaña esa actitud con un canto poco agradable y rústico.”

Parece evidente que las primeras relaciones del niño con la madre, donde el énfasis está puesto en una forma de comunicación en la que las necesidades se transmiten a través del sonido, el gesto, la expresión facial y finalmente por el lenguaje, debe de haber sido un importante precursor del estilo en el establecimiento de los medios por los cuales el material subjetivo se adapta a los aspectos formales de la comunicación. En este tipo de relación podemos ver también las posibilidades para ciertas experiencias condicionantes que podrían favorecer una u otra de las deficiencias extremas del estilo.

Por ejemplo, la madre que constantemente se anticipa a las necesidades del niño e insiste sin que él lo haga explícito puede fomentar un mal desarrollo en la precisión de las verbalizaciones formales, mientras que una influencia parental que exige prematuros requerimientos puede actuar sobre el desarrollo en el sentido de promover un formalismo que sumerge totalmente la capacidad de expresión.

Algunos entrevistadores de pacientes parecen tener gran habilidad para detectar la existencia de casos límites “de la psicopatología” en sus aspectos más sutiles. Estas impresiones son generalmente algo que no se puede basar en la historia del paciente o en el proceso del pensamiento pero que debe ser inferido en cambio de pequeños detalles en cuanto a la conducta, a los modos y al “estilo” verbal. Esto sugiere el residuo de “arte” (o mejor dicho crítica “artística”) en la protociencia del diagnóstico psiquiátrico. Se puede sospechar que la misteriosa facilidad con la cual estos examinadores determinan diagnósticos y pronósticos junto con otros factores está basada en la observación o la reacción intuitiva al “estilo” del paciente. La historia del desarrollo de las artes y de las ciencias revela una serie de etapas progresivas desde lo amorfo e indeterminado hacia los esquemas, las categorías y finalmente el reconocimiento de lo particular. El estudio del individuo está todavía en su etapa esquemática. Es posible que sea necesaria la extensión de una psicología “del yo” a una psicología “del self”, que deba desarrollar-se antes de que el estudio del estilo y del individuo puedan llegar a concretarse.¹²

En suma, se ha sugerido que el estilo personal del individuo es el único método para expresar las formas convencionales del medio y poderlas utilizar, de modo que la síntesis del material subjetivo y de la forma permita un grado apropiado de ambigüedad, en la solución del cual ambos, sujeto y objeto, puedan participar. Tres categorías mayores de deterioro estilístico de grado

variable pueden ser reconocidas en la comunicación de ciertos individuos. En uno de ellos, los aspectos formales de la expresión sobrepasan los contenidos personales y producen una estereotipia y monotonía características. En el segundo, los contenidos personales se expresan sin tener en cuenta las reglas convencionales del medio formal produciendo caos y confusión. En una tercera variante, el medio inapropiado de expresión es utilizado para transmitir el material subjetivo personal, resultando un sentimiento de alienación para el que escucha, como si el mensaje fuera dirigido a otra persona. Más adelante se postula que la función sintética del yo puede observarse en la formación del estilo, del mismo modo que un trastorno de esta función se hace manifiesto por su desintegración. Observadores sensibles pueden derivar tempranamente indicios en el sentido de reconocer los casos “límites” y otras distorsiones yoi-cas a partir de las excentricidades estilísticas. Se ha dicho muchas veces que el psiquiatra tiene una nomenclatura sana para designar la psicopatología pero sólo un argot primitivo para describir el funcionamiento normal. Puede ser que de la observación y clasificación de las amplias variaciones de los estilos personales normales podamos desarrollar una igualmente rica nosología para una “psicofisiología”. No creo que nadie haya dicho mejor que Walter Pater en su pulida prosa de principios del siglo XIX, que:

“De este modo, acorde con el conocido dicho «El estilo es el hombre», complejo o simple en su individualidad en su pleno sentido de lo que él realmente tiene que decir, en su sentido del mundo, todas las precauciones relativas al estilo procedentes de tantos escrúpulos naturales respecto al medio, únicamente a través del cual puede manifestar ese sentido interior de las cosas, la pureza de ese medio, sus leyes o trucos de refracción: nada debe ser dejado allí que pudiera dar conducción a alguna cosa, salvo ésa. El estilo en todas sus variantes, reservado u opulento, terso, abundante, musical, estimulante, académico, mientras que cada uno sea realmente característico o expresivo, encuentra así su justificación; el suntuoso buen gusto de Cicerón, siendo tan

verdaderamente el hombre mismo y no otro, justificado e inalienablemente asegurado a sí mismo, como pudiera haber sido su retrato por Rafael, en completo esplendor consular sobre su silla de marfil.”

Traducido por José Luis Brum

NOTAS *

1. Presentado a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York el 20.XII.1960 y publicado en Int. J. Psycho. XIII, 1961, 4-5.

(*)Estas Notas corresponden a los numerales sin paréntesis insertos en el texto. Aquéllos que figuran con paréntesis remiten a Bibliografía.

2. Muchas sugerencias para este trabajo han surgido de la participación en el **Proyecto honorario sobre adolescencia** del centro de tratamiento del Instituto Psicoanalítico de Nueva York. Este proyecto fue originalmente organizado por Ernst Kris con la ayuda de una donación de la fundación Arthur Davison Ficke. Numerosas discusiones con otros colegas que participaron en este trabajo (17)

han tenido mucho que ver con la urgencia para definir el problema y con muchas de las ideas contenidas en el presente trabajo. Es de esperar que un más extenso y evolucionado estudio sobre el estilo pueda surgir en el futuro del esfuerzo combinado de aquellos que estuvieron comprometidos en ese proyecto.

3. Hartmann (11) utiliza el término para referirse a las funciones sintéticas y diferenciadoras que actúan en concordancia.

4. M. H. Abrams (1) en **El espejo y la lámpara** hace una referencia que revela las vicisitudes de esta controversia a través de los diferentes períodos históricos. Una parte de **El estilo y el hombre** trata el problema del punto de vista de la filosofía de la estética. E. H. Gombrich (8) plantea una discusión similar del punto de vista de la percepción en psicología.

5. Ha sido sugerido por un matemático (comunicación personal) que actualmente un “par de invariantes” tendría que ser identificado por un sistema notacional que diferenciara un estilo de otro,

6. Así, si el paciente cambia de lenguaje en el curso de la asociación libre, nosotros podemos preguntarle qué es lo que el cambio de forma lingüística significa para él, de modo de poder elucidar una mayor información en el contexto personal. La respuesta más inmediata del paciente generalmente, es, sin embargo, que el segundo lenguaje es más “apropiado” para expresar la idea que se halla en su mente, estando así al servicio de una consideración estilística, trate lo que trate de decir.

7. La influencia histórico-cultural determina el estilo de las eras, los grupos sociales y las naciones, tanto como el de los individuos. Por vía de la incorporación y la identificación estos estilos pueden simultáneamente determinar la forma y el contenido del estilo individual.

8. Así no sólo factores individuales, histórico-culturales y exigencias especiales como para cada una de las artes, sino además una cualidad mejor descrita, “economía del gasto de energía” debe ser considerada entre las muchas facetas de este problema. En lo que tiene que ver con este último hecho, Schiller ha

dicho que un artista puede ser mejor conocido por lo que omite que por lo que incluye.

9. La existencia de dos o más estilos completamente integrados existiendo simultáneamente en una persona, es una cuarta variante que no va a ser discutida en esta presentación. Puede o no tener significación psicopatológica. [Greenacre (10) y Kris, en los estudios sobre Baron Corvo (13).] M. Stein en una comunicación personal me ha dicho de un escritor que tiene dos estilos distintos que corresponden, uno a trabajos publicados con el propio nombre y otro con un seudónimo.

10. Tratado en el Proyecto honorario sobre adolescencia y previamente registrado en otro trabajo (22a.).

11. Este paciente, también parte del **Proyecto...**, fue tratado la primera vez por la señora Cristine Olden y luego por el doctor Bertram Gosliner, con quien me siento en deuda de gratitud por haberme permitido citarlo.

12. Tanto Trilling (27) como Wilson (29) ven desde el punto de vista de la crítica literaria la “neurosis” como un aspecto trivial del proceso creativo. La “neurosis”, siendo un estado universal del hombre, en cierto sentido cae dentro de la categoría de lo convencional. Por lo tanto, es sólo de la manera especial en que el proceso neurótico es sintetizado en su creación que se hace relevante para el estilo. Estos autores utilizan “self” en oposición a los hechos de la creación artística aunque uno de estos “self” es externalizado de acuerdo con la cultura prevalente. En relación con esto ver también a Greenacre (10).

BIBLIOGRAFIA

1. Abrams. H. M.: *The Mirror and the Lamp: Romantic Theory and the Critical Tradition*. Nueva York; Norton, 1958.
2. Bahía, Akron B.: *El contenido y la defensa en la creación artística* Rev, de Psicoanálisis, 9, 311-334; 1952.
3. Buffon, Georges y Louis Leclerc de.; en: *Œuvres Choiesies s.s Buffón*. Paris; Firmin-Didiot; 1855.
4. Bychowski, Gustav: *From Catharsis lo Work of Art: The Making of an Artist*. En *Psychoanalysis and Culture*: ed. Wilbur and Munsterberger Nueva York; Int. Univ. Press; 1931.
5. Ehrenswieg, Anton: *The Psychoanalysis of Artistic Vision and Hearing*. Nueva York; Julian Press; 1953.
6. Fraiberg, Selma: *Kafka and the Dream*. En: *Art ami Psychoanalysis*. ed. W. Philiips. Nueva York; Stratford Press; 1957.
7. Freud, S. (1910): *The Antithetical Meaning of Primal Words*. S. E., 11.
8. Gombrich, E. H.: *Psycho-Analysis and the History of Art*. *Int. J. Psycho-Anal.*. 35, 401-411; 1954.
9. Id.: *Art. and Illusion*. Nueva York; Pantheon Books; 1960.
10. Greenacre, Phillis: *The Relation of the Impostor lo the Artist*. *Psychoanal. Study Child*, 13, 521-540; 1938.
11. Hartmann, Heinz: *Ego Psychology and the Problem of Adaptation*. Nueva York; Int. Univ. Press, 1958.
12. Heider, Fritz: *The Description of the Psychological Environment to the Work of Marcel Proust: Character and Personality*, 9, 295-114; 1941.

13. Kris, Ernst: *Psychoanalytic Explorations in Art*. Nueva York; Int. Univ. Press, 1952.
14. Id.: *The Personal Myth: A Problem in Technique*. *J. Amer. Psychoanal. Assoc.*, 4, 653-681; 1956.
15. Langer, Susanne: *Feeling and Form: A Theory of Art*. Nueva York: Scribner, 1953.
16. Id.: *Problema of Art*. Nueva York; Scribner, 1957.
17. Loomie, L. S., Rosen, y. H., y Stein, M. H.: *Ernst Kris and the Gifted Adolescent Project*. *Psychoanal. Study Child*, 13. 44-57; 1958.
18. Meredith, George: *Beauchamp's Career*, Boston; Robert, 1888.
19. Nunberg, Herman: *The Synthetic function of the Ego: En: Practice and Theory of Psychoanalysis*. Nueva York; *Nerv. and Ment. Dis. Mono.*, 1948.
20. Pater. Walter: *Appreciations, with an Essay on Style*, Nueva York; Macmillan; 1905.
21. Reich, Wilhelm: *Character Analysis*. Nueva York; Orgone bit. Presa; 1949.
- 22a. Rosen, V. H.: *Abstract Thinking and Object Relation*. *J. Amer. Psychoanal. Assoc.*, 6, 653-671; 1958.
- 22b. Id.: *Imagination in the Analytic Process*. *S. Amer. Psychoanal. Assoc.* 8, 229-251; 1960.
23. Schnier, Jacques: *Free Associations and Ego Functions to Creativity: A Study of Content and Form in Art; American Imago*, 17, 61-74; 1960.
24. Stein, Martin: *The Cliché: A. Phenomenon of Resistance*, *J. Amer. Psychoanal. Assoc.*, 6, 263-277; 1958.
25. Stone. L. S.: *The Widening Scope of Psychoanalysis*. *J. Amer. Psychoanal. Assoc.*.. 2, 567-594; 1954.
26. Strunk, W (Sr.) y White, E. B.: *The Elements of Style*. Nueva York; Macmillan; 1959.
27. Trilling, Lionel: *Art and Neurosis*. En: *Art and Psychoanalysis*, ed. W. Phillips. Nueva York; Stratford Press: 1957.

28. Waelder, Robert: The Principle of Multiple Punction .Psychoanal. Quart., 5, 48-62; 1916.
29. Wilson, Edmund: Philoctetes: The Wound and the Bow in Art and Psychoanalysis. En: Art and Psychoanalysis, ed. Wm. Phillips. Nueva York; Stratford Press; 1957.
30. Wittels, Fritz: A Contribution to a Symposium on Religious Art and Literature. J. Hillside Hosp., 1, 3-6; 1952.

LOS FENOMENOS SIGNOS Y SU RELACION CON EL SIGNIFICADO INCONSCIENTE

VICTOR H. ROSEN

El significado del significado (*Ogden y Richards, 1946; Sebeok y colaboradores, 1964; Ull- man, 1962*) ha ocupado a los estudiosos desde hace siglos. El *Cratylus* de Platón (*Hryden y Alworth, 1965*) es considerada la primera exposición comprehensiva de los problemas semánticos mayores. Desde entonces, epistemólogos, filólogos y psicólogos han luchado con las intrincaciones que surgían de sus cuestionamientos. Recientemente la semántica se ha vuelto una de las principales subdivisiones de la lingüística y el foco mayor de dos disciplinas: la teoría de la información y la teoría de la comunicación. Estas dos últimas disciplinas traspasan los límites de la lingüística, de la psicología y de la matemática. El interés por los problemas semánticos ha dado nacimiento también *al campo híbrido* pero fértil de la psicolingüística.

No voy a dirigir esta discusión primariamente hacia el problema general del significado. Más bien trataré de considerar qué es lo que los psicoanalistas quieren expresar cuando hablan de “significado latente” o “inconsciente” (*ver también Beres, 1962*). Habré de reexaminar dos ejemplos de parapraxias dados por Freud (1901) como modelo de la investigación del “significado inconsciente”. Algunas ideas del campo de la semiótica 2 (la teoría de los signos) nos ayudarán porque rebasan y unen esta disciplina y la nuestra propia.

La existencia de un aparato mental inconsciente, capaz de una amplia variedad de operaciones mentales es una de las hipótesis centrales de la teoría

psicoanalítica. Puede inferirse de esta hipótesis que los procesos simbólicos existen en la mente humana de un modo no consciente. Esta hipótesis, y la prueba que se ha dado en apoyo de ella, fue una de las contribuciones mayores de Freud a la psicología. Contrariamente a las investigaciones filosóficas y psicológicas que lo precedieron, el psicoanálisis no comenzó con una investigación de lo que las mentes científicas de sus días consideraban ser problemas de “significación”. Parapraxias, sueños y síntomas neuróticos eran considerados fenómenos “sin sentido” o en el mejor de los casos, ejemplos menores de disfunciones fisiológicas. Así, en cierto sentido las investigaciones originales de Freud fueron una tentativa de encontrar un significado en lo que carecía de él.

Creo que una de las claves de la presente tentativa radica en la comparación de las dinámicas de la experiencia cognocitiva de significación con la experiencia de carencia de significado, tal como ocurre en el analista durante el proceso analítico. Es aquí donde pienso que la teoría de los signos complementaría las formulaciones psicoanalíticas.

En la discusión siguiente usaré la palabra *signo* en un sentido genérico para significar cualquiera de las tres entidades: una *señal*, un *signo* o un *símbolo*...

Es necesaria una discusión preliminar de los aspectos relevantes de la definición de significado. Significado es una de las palabras más ambiguas de nuestro idioma. En el lenguaje común se la comprende como fenómeno cognocitivo, descrito después de diversos modos. La mayoría de estas descripciones terminan por ser afirmaciones circulares. Ejemplos de tales definiciones ambiguas serían: “El significado es una experiencia de significación” o, “Significado es el conocimiento de las relaciones representacionales”. La ambigüedad puede ser reducida pero de ningún modo resulta si uno estrecha su

atención hacia los fenómenos “señales” (*Greenberg, 1957; Ullman, 1962*). (Consideraremos un “signo” en su sentido genérico, por el momento, como algo por medio de lo cual otra cosa es conocida o representada.) La ambigüedad puede ser reducida más aún considerando solamente el problema del significado verbal. Para el propósito de esta discusión consideraré suficiente la definición semántica usual de significado. Significado es la relación recíproca entre el símbolo y lo simbolizado o, en términos más simples (cuando las palabras son los símbolos), la evocabilidad mutua de nombre y sentido (*Ogden y Richards, 1946; Rosen, 1966; Shapiro, 1967; Ullman, 1962*).

Ya sea que sigamos las definiciones de significado amplia o restringida, la experiencia de significación —por definición— no es posible a menos que algo pueda ser visto como representando alguna otra cosa. Esto es el umbral mínimo de conducta o experiencia que puede ser llamada “cognocitiva”. Algo menos es una percepción primitiva, un mero registro por así decirlo, de una “figura” y “fondo”. Así el proceso de representación mental, la capacidad de reaccionar a signos son fundamentales para la experiencia del “significado”. La experiencia del significado resulta entonces en la proposición de que A representa a B y que B es designado por A. Esto ocurre tanto si la relación entre A y B es el resultado de una relación verídica de orden natural, de convención arbitraria, una mala interpretación del sujeto o una interpretación idiosincrásica de la relación entre A y B. La experiencia subjetiva de significancia (o deberíamos decir significación) es la misma aun cuando el sujeto percibe que la conexión entre A y B es incorrecta. Uno sabe lo que el interlocutor quiere decir incluso cuando sabe que ello no es cierto. Podemos inferir de estas proposiciones lo que entendemos cuando decimos que algo no tiene significado, “no tiene sentido”. Una afirmación no tiene por qué ser falsa para no tener sentido. Solamente debe carecer de todo valor signo. En otras palabras, para ser realmente carente de “significado” o de sentido, una cosa puede ser vista como representándose solamente a sí misma. En términos lingüísticos el concepto correcto de “sin

sentido” sería el de una palabra sin un referente o un referente sin un nombre. ³

Si comprendemos la palabra “significado” como la experiencia que tiene lugar cuando el significado es reconocido por su signo, el “significado inconsciente” (si tal entidad existe) puede ser comprendido como el uso de o la reacción a signos sin experiencia consciente de significancia. En la disciplina de la semiótica (la teoría de los signos), la literatura revela una falta de acuerdo y, del punto de vista de la psicología, una falta de consistencia en el uso de ciertos términos. En la siguiente discusión usaré el término “función señal” para designar señales, signos y símbolos y los diferenciaré cuando sea necesario. Consideremos mi afirmación previa de que la experiencia del “sin sentido” es la aserción de que una cosa o acontecimiento no tiene “función señal”. Sería más correcto decir que algo es un sin sentido cuando carece de funciones señales, signos o simbólicas *relevantes* para el individuo que las experimenta. De acuerdo con el semiótico (a quien le interesan los *procesos* psicológicos de significación como tales), señales, signos y símbolos forman un continuo y no pueden ser estrictamente delimitados desde que el mismo acontecimiento que funciona como señal en un contexto puede funcionar como un símbolo en otro (*Greenberg, 1957; Pierce, 1961; Rycroft, 1958; Ullman, 1962*).⁴ Para el psicólogo, sin embargo, para quien la relevancia en el contexto es un problema central, las distinciones cualitativas entre señales, signos y símbolos son posibles.⁵

La diferencia entre el psicólogo y el semiótico puede ser ilustrada de otra manera. Un participante de un juego de anagramas se encuentra confrontando las que en un juego de letras al azar pueden ser combinadas de acuerdo con las reglas del juego en una palabra de tres letras o más. Decir que todas las combinaciones son “insensatas” y que no hay símbolos significativos que sean relevantes en el contexto sería una afirmación psicológicamente correcta. El semiótico estaría de acuerdo pero sugeriría que erradicáramos el contexto o

cambiáramos las reglas. Ahora vemos que cada letra por sí, tiene un signo fonético. Tres de ellas, digamos *S.O.S*, son la señal bien conocida de pedir socorro y una de las letras, digamos la *c*, es un símbolo matemático para una constante física. Parecería como trataré de demostrar más adelante, que el método semiótico de manejar un análisis de signos en un conjunto al azar de acontecimientos aparentemente no significantes esta más próximo al proceso psicoanalítico que una investigación estrictamente contextual de los mismos fenómenos por el psicólogo.

¿Cuáles son las diferencias entre señales, signos y símbolos desde un punto de vista de la experiencia de significancia? Comencemos con los fenómenos señales. Cualquiera que sea su forma, un acontecimiento A es una señal cuando da lugar a una expectación cognocitiva de materialización de un acontecimiento B. Desde ese punto de vista las nubes nimbos señalan lluvia, un aura epiléptica es una señal de un ataque y el silbato de una locomotora es una señal porque anticipa la llegada del tren. Las señales pueden tener o no una relación de causa a efecto con lo que señalizan. Pueden ser acontecimientos simples o complejos; pueden pertenecer a cualquier modalidad sensorial; pueden tener una asociación natural con el acontecimiento señalado tal como las nubes y la lluvia o uno convencional como en el caso del silbato de los trenes; pueden tener una asociación personal, idiosincrásica, sistematizada o al azar. El único rasgo característico que las señales parecen tener en común es una *contigüidad temporal o espacial de proximidad entre la señal y el acontecimiento señalado*.

Un “signo” en su significado específico *es un acontecimiento A que indica la existencia de un acontecimiento B*. Un signo A no implica la materialización de un acontecimiento B, ni necesariamente está basado sobre alguna relación espacial o temporal con el acontecimiento que significa. Así una flecha en un poste de la calle significa una calle de una mano para el tráfico vehicular. Las

pisadas en la arena de una isla que no figura en el mapa son signos de habitación humana, etcétera. En otros aspectos los signos pueden tener las mismas relaciones sensoriales, causales, personales, naturales o convencionales con el significado, igual que una señal con lo señalado. El único atributo esencial compartido por los signos es la *similitud entre alguna característica del signo y alguna característica de la cosa significada*. La relación es llamada también “icónica” o pictográfica. Así una flecha de un signo direccional adquiere su valor por su similitud con un dedo que señala. Una pisada, con un pie humano, etcétera. Las trasmutaciones evolutivas de un signo pueden oscurecer su iconicidad con la cosa significada. Algunas veces la reconstrucción histórica es necesaria para encontrar la relación icónica original.

Lo que llamaré símbolo difiere de una señal o de un signo en un punto importante. La relación entre el símbolo y su referente, o la cosa simbolizada, es arbitraria y asignada por convención.

Probablemente, la contigüidad o la similitud con sus referentes jugaba algún papel en los orígenes de la simbolización, pero estos aspectos del símbolo ya no son reconstruibles y para todos los fines prácticos se puede decir que la relación del símbolo A con el referente B tiene características algebraicas. Refiramos A a B. Así los sustantivos de objetos comunes no tienen una relación aparente contigua o pictográfica con los objetos que denominan. 6

Los símbolos fonéticos o notacionales son abstracciones arbitrarias. Pueden ser usados como señales o signos, pero un símbolo como tal no necesariamente provoca la expectación de la materialización de su referente ni siquiera la de su existencia en el mundo “real”. El referente de un símbolo puede ser puramente imaginario como por ejemplo la raíz cuadrada de menos uno. No hay modo de señalar o significar un “Jabberwock” excepto por el nombre. Los símbolos verbales o notacionales tienen otra característica en común aparte de su

arbitrariedad y son las reglas que gobiernan sus combinaciones permisibles. En el lenguaje esto es llamado sintaxis. La mayoría de los símbolos son creados para la comunicación del pensamiento. Su evolución es hacia una máxima explicitud de referencia y un alejamiento de la ambigüedad. La ambigüedad es una consecuencia necesaria de la representación por contigüidad o similitud. Así los sistemas simbólicos pueden tener reglas sintácticas; para las reglas semánticas y sintácticas que prescriben su utilización, los símbolos tienen un potencial combinatorio infinito en contraste con las posibilidades relativamente limitadas de permutación de señales y signos. El uso de símbolos, en contraste con las señales y signos, resulta en una economía de gasto de energía para la representación y comunicación. ~ El paradigma de sistemas simbólicos es el código de lenguaje común, pero no es el único usado en operaciones mentales.

Aquí quisiera sugerir la posibilidad de que tomáramos al “proceso primario como principalmente una actividad señalizante y significativa mientras que el “proceso secundario” se caracteriza por su uso predominante de símbolos. También trataré de mostrar en la discusión que sigue que el proceso primario usa símbolos convencionales solamente para convertirlos en señales o signos y que inversamente el uso de señales y signos por el proceso secundario depende de su adquisición de referentes convencionales arbitrarios. Otras características de los procesos primario y secundario son probablemente consecuencia de su utilización de fenómenos señales-signos o de símbolos. (Edelheit, 1967; Rosen, 1966, 1967) Por ejemplo, la diferencia en la llamada “velocidad de descarga” de los procesos primarios o la relativa “demora de la descarga” que caracteriza los procesos secundarios puede ser una consecuencia de la diferencia de tiempo necesario para una simple operación de descodificación en el caso de señales y la, relativamente compleja, necesaria en el caso de sistemas simbólicos. Los resultados de la actividad del proceso primario son habitualmente inconscientes, mientras que los del proceso secundario habitualmente son conscientes o

fácilmente accesibles a la conciencia. Trataré también de demostrar que el proceso analítico trata de descifrar el significado inconsciente de dos modos: 1) reduciendo acontecimientos personales descritos en símbolos de proceso secundario a acontecimientos señales y signos, y 2) interpretando señales y signos idiosincrásicos en símbolos de lenguaje convencional (*ver también Rycroft, 1958; Shapiro, 1967*).

La relación entre la señal y lo señalado es de contigüidad y la relación entre el signo y lo significado es de similitud; hay así dos formas importantes componentes de dos formas de metáfora: la metonimia y el símil respectivamente. La metonimia es la forma de metáfora que utiliza el mecanismo familiar del *pars pro toto* o un objeto contiguo como medio de referencia. Así la “corona” toma lugar del rey; la orden es referida como viniendo de la “Casa de Gobierno” más que del presidente. Las metonimias son frecuentemente palabras señales. Así el grito de “fuego” es una advertencia de peligro, es decir algo que está ardiendo y hay un peligro de extensión hacia otras cosas de la causa de una conflagración. El fuego es solamente una parte contigua de algo que está ardiendo. El señalar con el dedo frecuentemente es otro rasgo de la metonimia que tiene característica de señal. La afirmación “una vela” en alta mar, apuntando con el dedo, indica un barco en el horizonte.

Por otro lado, la forma verbal de la representación icónica es el símil, Un símil puede ser simple y descriptivo; el término “amarillo limón” señala hacia un matiz particular de la parte amarilla del espectro tal como aparece a los ojos del que mira a través de su similitud con el color de un fruto cítrico común. Un símil puede ser complejo y creativo como en el caso de Mr. T. S. Eliot, que ve “el atardecer extenderse hacia el cielo como un paciente eterizado sobre la mesa” (1952). La invitación a participar de una vista idiosincrásica de un cielo a media luz y de un paciente anestesiado en la imaginación del poeta puede o no ser iluminante para el lector. Ciertamente no evocará el tipo de experiencias

comunes extensivas que están implícitas en la frase “amarillo limón”, pero puede evocar una, imaginativa, nueva. Sin embargo ambos utilizan el rasgo esencial del símil en el cual un objeto entero es comparado con otro para provocar una representación mental de algo no familiar al que escucha en términos de familiar. En el símil, el objeto familiar usado para la evocación representacional no tiene por qué tener una contigüidad temporal o espacial con la contraparte objetiva de la imagen que busca evocar. La representación de lo no familiar en términos de familiar en el símil, particularmente en formas poéticas, se parece a la identificación global más que a la selectiva. Preocupado con el parecido que se le presenta, el poeta parece no preocuparse con los atributos inapropiados de las cosas que ha estado comparando. Las metonimias son -frecuentemente usadas como signos. Por ejemplo la Paloma de la Paz en el emblema de las Naciones Unidas, o la Balanza de la Justicia en el sistema judicial federal.* De hecho, los emblemas son algunos de los ejemplos más felices de la utilización de símiles para propósitos de signo. Permítaseme mencionar algunos otros atributos salientes de la metonimia y del símil (*Jakobson, 1964; Jakobson y Halle, 1956*): 1) Condensación; especialmente en el símil: amarillo limón, por ejemplo, fusiona dos objetos, el fruto cítrico y el objeto con cuyo color lo estoy comparando. 2) El desplazamiento: cuando la corona representa al rey los atributos de todos los objetos son desplazados sobre su parte. Se dice que la corona habla de “tomar nota de”, etcétera. 3) Representación plástica: especialmente en el símil; una abstracción o un sustantivo colectivo son comparados con otro objeto que tiene una mayor discreción y representabilidad. Así “el atardecer”, una entidad difusa, obtiene una representación plástica de mayor desunión, “un paciente eterizado sobre la mesa”. 4) Generalización: en el símil especial, el resultado usual de retratar lo no familiar en términos de familiar es para reemplazar una cosa particular no familiar por una categoría de cosas familiares. El símil “amarillo limón” conjura no

* De Estados Unidos (nota de redacción).

solamente toda la clase limones sino una gran variedad de cosas que tienen un matiz amarillo similar. 5) Rapidez de respuesta: en ambos, metonimia y símil (tal como señales y signos), la metáfora tiende hacia un reconocimiento instantáneo. El objeto parcial es más fácilmente evocado que el total. El familiar se evoca más rápidamente que el no familiar. En los tests de asociación de palabras, los tiempos de reacción más cortos se ven en respuestas por contigüidad o símiles; los retardos acompañan las respuestas que se desvían de este *pattern*. 6) Omisión del tiempo: la proximidad de la parte con respecto al todo en la metonimia no permite el desarrollo del concepto de tiempo transcurrido. Una metonimia, igual que una señal es sincrónica en lo que representa. En el símil lo mismo que en representaciones mentales a ser comparadas existe una simultaneidad aun cuando procedan de lugares lejanamente separados. Así son las características que también asignamos al “proceso primario”. Inversamente la especificidad, la desunión, la representación abstracta, la categorización y el retardo de respuesta al estímulo son características de los símbolos convencionales 8 y del “proceso secundario”.

Finalmente, quisiera señalar que los conceptos de signo y señal de símil y metonimia son relevantes para las manifestaciones culturales que llamamos “tótem” y “tabú”. En los tabúes, tanto el *mana* de virtudes especiales como las influencias nocivas de fuerzas malas, son adquiridos o rechazados por “operaciones distanciantes” en términos temporales o espaciales. El amuleto, que es una metonimia representa o está en el “lugar de” un protector poderoso, es también una señal a los espíritus, del mal de que pueden sufrir si se aproximan a su portador. Los tótemes, tal como los signos y símiles son representaciones icónicas tomadas del mundo animal de los mitos del clan. Igual que los emblemas y las marcas comerciales también sirven como signos de identidad y de lazos de parentesco. En los fenómenos tótem y tabú igual que toda la fase animística mágica de la cultura primitiva, hay una mezcla íntima de

los fenómenos señal y signo.

En muchos de sus escritos tempranos, Freud tenía conciencia (por lo menos implícitamente) de la importancia de las señales y sigilos y de la metonimia y símil en los mecanismos de los síntomas neuróticos, de los sueños y de la psicopatología de la vida cotidiana. Quisiera reexaminar algunos de estos ejemplos, particularmente aquellos contenidos en *La psicopatología de la vida cotidiana* [1901], de este punto de vista semiótico. También quisiera llamar la atención sobre alguna de las afirmaciones generales de este contexto. 9 Por ejemplo, siguiendo su diagrama de sustituciones y desplazamientos que determinan las paramnesias en derredor del nombre “Signorelli” (1901, p. 5), Freud dice: “Así los nombres han sido tratados en este proceso como pictogramas en una frase que había de ser convertida en un rompecabezas pictográfico (o rebus)”. El papel del símil en los prefijos y sufijos de los nombres sustituidos se indica claramente en el diagrama. En una nota al pie de la misma página dice de los eslabones “Bosnia-Herzegovina” en la cadena de su reconstrucción:

“Estas dos regiones de la monarquía austro-húngara habitualmente se nombraban juntas casi como si formaran una sola palabra”. Se podría agregar que su proximidad espacial es una determinante de contigüidad de esta designación compuesta. Ciertamente el área mayor dentro de la cual existían estas provincias era una entidad también unida por un guión, el imperio Austro-Húngaro mismo. En la página siguiente *se* puede encontrar este pasaje notable:

“El resumen de las condicionantes del olvido de nombres acompañado de recuerdo erróneo será, pues, el siguiente: 1) Una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trata. 2) Un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes. 3) La posibilidad de una asociación exterior entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido. Esta última condición no debe considerarse como muy importante, pues la asociación exterior referida se establece con gran facilidad y puede considerarse existente en la mayoría de los

casos. Otra cuestión de más profundo alcance, es la de si una tal asociación externa puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre buscado o si no será además necesario que exista una más íntima conexión entre los temas respectivos. Una observación superficial haría rechazar el último postulado y considerar suficiente la contigüidad temporal aun siendo los contenidos totalmente distintos, pero si se profundiza más, se hallará que los elementos unidos por una asociación externa (el reprimido y el nuevo), poseen con la mayor frecuencia una conexión en su contenido. El ejemplo «Signorelli», es una prueba de ello.”

Con la *poca importancia de las condicionantes de asociaciones de este tipo*, pienso que Freud quiere decir que la conexión de ideas por mera contigüidad o símil no requiere un esfuerzo de resolver problemas ni otro nivel particularmente avanzado de inteligencia o sofisticación. Pienso que también implica la necesidad de encadenamientos concurrentes de señal y signo en el contenido personal para la producción de una paramnesia, Finalmente dice (1901, p. 13):

“El principal valor del ejemplo «*aliquis*» reside, sin embargo, en algo distinto de su diferencia con el caso «Signorelli». En este último, la reproducción del nombre se vio perturbada por los efectos de una serie de pensamientos que había comenzado a desarrollarse poco tiempo antes y que fue interrumpida de repente, pero cuyo contenido no estaba en conexión con el nuevo tema en el cual estaba incluido el nombre Signorelli. Entre el tema reprimido y el del nombre olvidado, existía tan sólo una relación de contigüidad temporal y ésta era suficiente para que ambos temas pudieran ponerse en contacto por medio de una asociación externa. En cambio, en el ejemplo «*aliquis*» no se observa huella ninguna de un tal tema independiente y reprimido que habiendo ocupado el pensamiento consciente inmediatamente antes, resonara después produciendo una perturbación. El trastorno de la reproducción surge aquí del interior del tema tratado y a causa de una contradicción inconsciente que se alza frente a la

opción expresada en la cita latina.”

Creo que aquí Freud está diciendo que la represión de una idea surge primero y quita algún elemento de la conciencia a la cual está conectado por un símil (una “conexión de contenido”) o por una contigüidad temporal. Alternativamente, dice, una serie de ideas pueden surgir bruscamente en el pensamiento previamente reprimido (al cual están asociados por símil o contigüidad) con la perturbación resultante en la evocación de una palabra consciente (sím-bolo).

En una comunicación previa (Rosen, 1967) sugerí que una perturbación codificada por un símil o contigüidad (un desorden codificado) puede producir una perturbación en la comunicación. Así una serie de afirmaciones conectadas por alguna contigüidad espacial o temporal requieren un símil para proporcionar información al que escucha. Por ejemplo, dos personas extrañas pueden convenir por carta en encontrarse en algún lugar público. La confusión con otros transeúntes puede surgir de un acuerdo que especificaba solamente tiempo y lugar. Si uno u otro describe su apariencia, se agrega un símil que reduce en forma marcada la probabilidad de que su encuentro fracase. Inversamente, una serie de ideas ligadas por símiles obstaculizan el curso narrativo. Un relato requiere algún tipo de ordenación temporal de los acontecimientos para hacer comprensible un “acontecer” al que escucha. Asociaciones basadas solamente sobre símiles desembocan en una serie de digresiones que parecen conducir al que habla más y más lejos de su tópico original. Finalmente, el que escucha impaciente puede preguntar o exigir conocer la relevancia de las manifestaciones del que habla. En un estilo de comunicación en que las ideas están asociadas predominantemente por símiles, las ambigüedades frecuentemente pueden ser resueltas por la inserción de lugar, tiempo o persona, que aclara el contexto de digresión del que habla. Así, las probabilidades inferenciales, sin referencias precisas, dependen de la conjunción de símil y metonimia (*ver también Spence, 1968, sobre el papel de la “redundancia”*).

Creo que en la reconstrucción del “significado inconsciente” se produce un proceso similar. Los signos son buscados para la elucidación de señales y viceversa. La “frase pictográfica o rebus” (de “desplazamiento sustitutivo” descrito por Freud) no tiene significado hasta que descubramos su contigüidad con el “pensamiento reprimido”. El motivo para la represión de una idea, a su vez, permanece oscuro hasta que encontramos los rasgos comunes (símiles) de los elementos del “rebus” y del pensamiento inconsciente que permitan la sustitución de desplazamientos y que conduzcan a nuestra comprensión de una conducta, hasta este momento incomprensible.

Permítaseme rever algunos de los pasos en el ejemplo “Signorelli” a modo de ilustración. Mientras viajaba en un tren desde la Dalmacia a Herzegovina Freud hablaba con un extraño sobre el viaje. El tópico de conversación estaba muy probablemente determinado por el símil con su actividad inmediata. Inquirió si su compañero “había estado alguna vez en Orvieto y había visto los famosos frescos pintados por) “. La amnesia tuvo lugar en ese momento y solamente los nombres sustitutivos “Boticelli” y “Boltraffio” se presentaron en su mente. Las investigaciones de Freud sobre las conexiones asociativas de estos nombres sustitutivos lo condujeron a la realización o a la comprobación de que el tópico precedente a esta cuestión se había referido a la costumbre de los turcos que vivían en Herzegovina. El compañero de Freud había alabado a estos turcos por su estoicismo poco común frente a enfermedades incurables. Esto hizo recordar a Freud otra anécdota sobre esta misma comunidad que había reprimido. En contraste con su resignación frente a la muerte inminente estaba su desesperación frente al padecimiento de alguna perturbación sexual. Freud pensaba que estos turcos colocaban un valor superior en el placer sexual que en la vida misma. Esta represión fue parcialmente motivada por la timidez de Freud en cuanto al discutir asuntos sexuales con extraños. Sin embargo, esta represión también ayudó a desviar el pensamiento de Freud de recientes malas

noticias. Uno de sus pacientes, que sufría de una “perturbación sexual incurable” había cometido suicidio mientras Freud estaba de vacaciones. La anécdota sobre los turcos de Herzegovina funciona como un signo relacionado por un símil a un episodio doloroso que Freud prefirió quitar de su pensamiento. Creo que podemos inferir el símil del uso de la palabra “incurable” usada por Freud en conexión con *su* paciente. Éste debe de haber sido un período (1901) en el que Freud estaba intensamente hostigado por la crítica médica que lo acusaba de charlatanería. Igual que los turcos “incurables” que aseguraban a sus médicos que morían en la creencia que ‘todo lo que podría haberse hecho se hizo por ellos’, Freud debe de haber deseado que su paciente también hubiera podido vivir en la resignación antes que agregarle otro “fracaso” a su reputación (la de Freud) como terapeuta cuestionable en aquel tiempo. Si se reexamina el diagrama de ligaduras asociativas en este ejemplo también aquí ellas consisten de una serie de sí-miles y metonimias. Esta cadena asociativa no retrocede a la palabra olvidada sino que recuerda al interlocutor paraprático que habla de la idea reprimida inmediatamente precediendo al lapsus mnésico. Desde que fue un símil reprimido que dio lugar a la paramnesia, puede ser de interés notar que el nombre del *lugar*, *Orvieto*, donde “Signorelli” trabajó —por así decirlo, una contigüidad— fue claramente recordado. ¿Cuál es entonces el significado inconsciente de la paramnesia “Signorelli”? En términos de su función signo tendríamos que decir que “Signorelli” representa la inevitabilidad de la muerte, la impotencia final del médico de no hacer más que diferirla por un pequeño fragmento de tiempo. Freud al principio no ve esta conexión y ve solamente el nombre como algo accidental y “externo”. (Su resistencia frente a su propio método nos es familiar en nuestros pacientes.) Sugiere que el mismo destino podía haber sufrido cualquier otro nombre propio en esta coyuntura. En una nota al pie de la página posterior (1901. p. 13) revisa su opinión y afirma:

“No estoy enteramente convencido de la ausencia de toda conexión externa

[léase símil] entre los dos grupos de pensamientos en el caso “Signorelli”. Después de todo, si los pensamientos reprimidos sobre el teórico de muerte y vida sexual se siguen cuidadosamente uno llegará a encontrarse cara a cara con la idea de que de ningún modo esto es remoto del tópico de los frescos «de Orvieto».”

El editor de la *Standard Edition* sugiere otra determinante de contigüidad cuando dice entre paréntesis que con “Dr. Richard Karpe ha sugerido que puede haber una conexión aquí con la visita de una tumba etrusca cerca de Orvieto mencionada en *La interpretación de los sueños*” (1900, pp. 454-5).

El ejemplo “aliquis” que le sigue revela el mismo proceso pero a la inversa. Un amigo académico de Freud termina un discurso apasionado sobre la infortunada situación de los judíos en su mundo social con una cita de Virgilio: “Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor” (que alguno resurja de mis huesos como un vengador), pero con la omisión de la palabra “aliquis” (alguno). Freud, a pedido de su colega, proporciona la palabra que falta y éste lo persuade para ayudarlo en la reconstrucción de la dinámica del lapsus mediante el método de la libre asociación de Freud. Aquí nuevamente los eslabones asociativos se desarrollan primero a través de una serie de símiles fonéticos y después de contigüidades histórico-religiosas hacia el milagro de San Ianuarius, cuya sangre preservada en frasco se dice que se licúa milagrosamente en algún día sagrado particular. San Ianuarius, también un santo del calendario es por lo tanto una llamativa metáfora del período menstrual. 10 A esta altura la huella sanguínea de símiles conduce a una idea que simplemente se salvó de la represión. La idea es una contigüidad, que revela el contexto de símiles y, por inferencia, el motivo de la amnesia. El orador admitió que estaba esperando ansiosamente noticias de una señora con la cual había disfrutado una reciente contigüidad, sobre si había tenido o no la menstruación. En la medida que era “liquis”, “líquido”, “licuar”, sangre licuada (asociación con la palabra “aliquis”) lo que condujo a la idea reprimida, estamos en presencia de una serie de símiles.

Para el paciente se refería a una materialización y en ese sentido la palabra sirvió como una señal. La materialización podría ser confidentemente esperada en una de dos formas: si el periodo menstrual de la señora no aparecía, entonces lo hacía un feto (*exoriare nostris ex ossibus*).

¿Por qué los fenómenos señales son tan importantes para el establecimiento del significado inconsciente? Es probable que en la infancia temprana los sistemas de señales son el tipo principal de comunicación entre padre y niño. El llanto neonatal por hambre y la respuesta sonriente posterior son ejemplos pertinentes de esta etapa temprana. La materialización del pecho pronto es ligada al llanto por hambre y se establece una de las señales más tempranas. En una fase posterior con combinaciones más complejas de conductas miméticas, de gesto y balbuceo, que son crecientemente *imitativas* (icónicas), se agregan signos al sistema de señales. Debería notarse que la imitación es el vehículo para la formación de signos y símiles a través de identificaciones primitivas. Es también probable que la formación de signos puede proseguir cuando la maduración ha llegado a una etapa de independencia motora en la cual la mera existencia del objeto satisfactor de necesidades, es suficiente para disminuir la ansiedad sin la efectiva aparición de sustancias que satisfagan esta necesidad. Con el advenimiento del lenguaje sobreviene un nuevo sistema para la expresión del significado, el que sin embargo no reemplaza los sistemas señales-signos. ¿Qué tipo de relación podemos inferir entre este nuevo esquema supraordinado y el sistema de comunicación más primitivo del cual surgió? ¿Son procesos paralelos independientes o procesos recíprocos interdependientes? Es difícil de concebir una vastedad de símbolos verbales, como un conjunto de tarjetas perforadas para ser encontradas con mayor facilidad tal como ingenuamente podría asumirse. Es más probable que lo que llamamos “sistema verbal preconscious” sea una estación de relé para un sistema de señales y signos mnémicos que puedan ser traducidos en símbolos

verbales bajo la influencia de factores internos y externos propicios. Los estudios detallados de Werner y Kaplan (1962) sobre la formación de símbolos dan cuenta de los procesos de desarrollo mediante los cuales las señales y signos se trasmutan en símbolos de lenguaje. Muestran cómo en el proceso de adquisición de los códigos simbólicos convencionales, especialmente de lenguaje, cada individuo atraviesa procesos idiosincrásicos de asociación de estímulos sensoriales, táctiles, auditivos y otros estímulos sensoriales (señales), experiencias, fantasías y teorías infantiles (signos) hasta el símbolo verbal convencional. Estas influencias idiosincrásicas están entrelazadas con otros procesos que ayudan a que el símbolo lingüístico adquiera su significado estándar. Es esta evolución que da a cada palabra un significado “denotativo” y uno “connotativo”. La experiencia clínica (*ver también Meerloo, 1964; Rosen, 1966, 1967; Rycroft, 1958; Shapiro, 1967; Weich, 1968*) indica que, como resultado de una regresión, estas asociaciones señales-signos pueden volver a agruparse alrededor de la palabra. Si el “significado” del “significado” es tomado como la evocabilidad mutua de palabras y cosas, una definición más sofisticada de significado sería la de reciprocidad de los procesos de codificación-descodificación. La codificación es básicamente la evocación del símbolo verbal por su referente señal y signo, mientras que la descodificación es esencialmente la evocación de fenómenos señales y *signos* por símbolos verbales. Este proceso recíproco es interpersonal cuando tiene lugar entre interlocutores e intrapsíquico cuando toma la forma del “lenguaje interno”. En este esquema el funcionamiento autónomo de un sistema de evocación de palabras de posibilidades casi ilimitadas (si se consideran las permutaciones combinatorias) depende de la operación no perturbada de los procesos de mezcla y recombinación de un número relativamente limitado de entidades señales-signos.

Diversos estudios del aprendizaje del lenguaje en la infancia (*Leopold, 1952;*

Lewis, 1951; Werner y Kaplan, 1962) indican la importancia de las señales y los signos en la comunicación presimbólica. Las señales fonéticas del período del balbuceo y del llanto se convierten en signos, tal como fue señalado arriba, cuando están fonémicamente organizadas en una imitación del adulto. Estas palabras imitativas, son signos en tanto que la imitación por sí misma toma precedencia sobre cualquier uso efectivo de la palabra como referente, es decir son icónicas con los sonidos del que enseña el lenguaje (igual que el lenguaje de los papagayos), más que símbolos convencionales usados en la comunicación de ideas. La palabra puede alcanzar un valor simbólico inicial cuando se separa del estímulo imitativo y es formalmente aplicada a un referente (aun si este referente es erróneo). Ésta es la etapa del significado personal o idiosincrásico Y cuando la formación categorial y la invariabilidad se agregan al repertorio cognocitivo del niño, la palabra se vuelve cada vez más alejada de su referente idiosincrásico y adquiere su carácter de léxico convencional.

Se ha postulado que el funcionamiento autónomo del sistema señal-signo subordinado es necesario para la evocación de palabras en el sistema lenguaje supraordinado. La recíproca aparentemente también es cierta, tal como lo elaboraré más adelante. A menos que la pretendida palabra llegue a la conciencia, perturba la autonomía del sistema señal-signo subordinado. En otras palabras, podríamos especular que poseemos aquí sistemas que se activan mutuamente y que pueden perturbarse en cualquiera de las dos direcciones. Combinaciones señales-signos altamente cargadas de significación personal, evocadas por palabras o frases “neutrales” pueden interferir con el sistema subordinado señal-signo, mientras que estímulos señales-signos “neutrales” pueden evocar palabras altamente significativas para el individuo en cuestión. Así es el ejemplo “aliquis” sospecharía que la palabra neutral “exoriare” ya había partido de la metonimia de “alguien surgiendo de los huesos del interlocutor” con la resultante omisión de la palabra señal “aliquis” que amenazaba unir los huesos

del que hablaba con el ciclo ovulatorio de su amante en una posibilidad cargada de angustia. En el ejemplo “Signorelli”, una serie de signos desagradables referentes a la muerte interrumpían la autonomía de la evocación de la palabra con el desplazamiento subsecuente del contexto de un tópico altamente cargado, los turcos enfermos de Herzegovina, hacia el nombre “neutral” de un pintor renacentista italiano.

De hecho el proceso mediante el cual llegamos a lo que llamamos ‘significado inconsciente’ de la parapraxia “sin sentido” es la inversa del proceso mediante el cual el lapsus tuvo su lugar al principio. Por el proceso de la libre asociación retrasamos una serie de símiles y contigüidades conectados aparentemente en forma insensata hasta el punto donde el proceso autónomo de evocación de símbolos se desvió. Esto es como recorrer un circuito eléctrico hasta que encontramos la ruptura en la línea. A veces el proceso retrógrado causa otra separación de tal modo que es imposible encontrar la primera. Llamamos a esto “resistencia”, pero puede ser una interferencia similar a la producida por el desplazamiento de la carga afectiva hacia nuevos elementos del sistema supraordinado o subordinado. En otros casos, tales como los citados por Freud es posible llegar a dilucidar el pensamiento consciente no verbalizado que precedió el “fracaso de poder”.

¿Cuál es entonces el significado latente de la parapraxia? Creo que podemos decir que hay dos significados: uno general y otro específico. En general, la parapraxia en sí es un signo, un signo de la omisión en la conciencia de una idea “relevante”, una que ha perturbado la actividad autónoma del proceso de codificación. La mayoría de los ejemplos conducen a esa conclusión. El significado específico de una parapraxia gira en derredor de los motivos de la represión de la idea que interfirió con la autonomía de evocación desde un principio. El motivo (o los motivos) pueden ser “leídos” resolviendo el “rebus” de símiles y metonimias provistos por los desplazamientos y sustituciones del proceso de libre asociación. Llamamos a esta solución del “rebus” una

interpretación.

Es mi impresión que el hallazgo del significado de una parapraxia es el paradigma del proceso mediante el cual llegamos a la mayoría de las interpretaciones en el proceso analítico. Uno de los problemas del “significado inconsciente” depende de lo que entendamos por “interpretación correcta”. Se han sugerido muchos criterios para juzgar la validez de una interpretación por sus secuelas. Entre ellas pueden mencionarse: 1) el sentimiento de convicción que produce en el paciente; 2) el sentimiento de convicción ocurrido en el analista; 3) las asociaciones, manifestaciones afectivas y otras reacciones confirmatorias que siguen a la interpretación; 4) el grado con el cual las inferencias predictivas pueden ser trazadas desde la interpretación y subsecuentemente, válidas; 5) la productividad de la interpretación, dando nueva información, especialmente recuerdos, sueños y fantasías infantiles; 6) la aparición de nuevos síntomas; 7) la desaparición de síntomas viejos; 8) el abandono de una o más defensas; 9) la resolución de una resistencia especialmente una que pareció haber producido un *estancamiento* en el análisis; 10) *la revelación por el paciente de algo conscientemente escamoteado, un pensamiento, un sueño, experiencia, etcétera.* Aunque todos estos criterios son sugestivos, ninguno de ellos solo o en combinación puede ser considerado concluyente.

En la lista de secuelas he puesto el punto 10) en bastardillas dado que en mi experiencia esta posibilidad es altamente ilustrativa, constituya o no una prueba verídica de acuerdo con los postulados del método científico. En el desenredar de las varias formas de la psicopatología de la vida cotidiana, la represión consciente de una idea en el curso de una exposición o de una narración aparece constantemente. El pensamiento conscientemente reprimido se encuentra en dos tipos frecuentes de sesiones analíticas que son análogos a los ejemplos “Signorelli” y “aliquis”. En uno de los tipos de sesión, una interpretación hace

reaparecer una información enterrada por medio de una confesión de una idea escamoteada. Por ejemplo a un estudiante de medicina con problemas escolares se le dijo que parecía estar “dosificando” la información que daba sobre ciertos acontecimientos proporcionándolos por pedacitos de sesión a sesión. Dije que pensaba que esto era parte de su tendencia de usurpar el papel de médico en vez de quedar en el de paciente, prejuzgando él mismo la relevancia de lo que me decía. Contestó diciendo que desde el principio de esta sesión se había sentido con náuseas. No lo mencionó porque sabía que era debido a un virus gastrointestinal que había estado dando vueltas por ahí y que no tenía importancia psicológica. Esto, sin embargo le hizo recordar de algo que nunca me había dicho durante dos años de análisis a saber que, en los dos primeros años había tenido una grave fobia escolar acompañada de náuseas después del desayuno en los días en que tenía que ir al instituto, pero no en los fines de semana. Una de sus asociaciones al empezar la facultad de medicina fue de que se sentía como “estando de vuelta en primer año”.

En el segundo tipo, la revelación de que un pensamiento ha sido escamoteado es una clave para el significado de las asociaciones previas. Esto ocurre frecuentemente al finalizar la sesión. Por ejemplo una mujer joven durante una sesión expresa temores obsesivos sobre su tratamiento y sobre la posibilidad del “precio de la cura”, en términos de que “el sacrificio de su autodeterminación” era demasiado grande. Fue incapaz de explicar por qué esto comenzó tan bruscamente a preocuparla cuando marchaba bien. Dándose vuelta, en momentos en que estaba por abandonar el consultorio dijo: “Yo sé que debía haber mencionado esto; lo he pensado toda la sesión, pero no voy a poder venir mañana. Voy a explicarlo la próxima vez.” La reducción “señal” del pensamiento fue que yo (como su padre) interfería con cualquier plan hecho impulsiva-mente e insistiría en que ella lo discutiera primero conmigo. Su carácter depresivo y sus tendencias impulsivas estaban frecuentemente centrados sobre este residuo transferencial.

Resumen

Si “significado” es un concepto ambiguo, “significado inconsciente” está doblemente cargado de ambigüedad. En esta discusión el significado consciente ha sido definido como la evocabilidad recíproca de palabras y cosas, o, en un sentido más general, de símbolos y de sus referentes. El concepto de Freud de relación palabra-cosa tal como ha sido descrito en su trabajo *El inconsciente* (1915), está de acuerdo en su esencia con este concepto de significado prestado de la semántica general. Se ha sugerido una revisión de la formulación de Freud. En lugar de la “cosa presentada” averbal, residiendo en un inconsciente topográfico, se propone que un proceso primario que utiliza fenómenos señales y signos, existe como un sistema subordinado dentro de uno supraordinado de símbolos, que utiliza el proceso secundario. Estos fenómenos “señal”, y “signo” del proceso primario no son “cosas presentadas” pero los representan al primero por contigüidad y al segundo por símil. La relación de las señales con las cosas señalizadas por contigüidad y el carácter icónico de los signos, los hace aparecer como siendo “representaciones” de las llamadas “cosas en sí”. Más aun, se postula que este sistema subordinado opera como un dispositivo de resonancia mnémico para la evocación de las formas simbólicas en el proceso secundario supraordinado, especialmente la evocación de aspectos fonéticos semánticos y sintácticos de los símbolos de lenguaje. Esta reciprocidad asimismo incluye una influencia del sistema supraordinado sobre los acontecimientos señalizantes y significantes en el sistema subordinado (proceso primario). Cuando la interacción de los dos sistemas procede autónomamente, todo significado es sentido como si derivara de la relación palabra-cosa en el proceso secundario solamente, que habitualmente coincide con el sistema “consciente topográfico”. Clínicamente sabemos que hay un gran número de manifestaciones de

interferencia en esta autonomía que parece ser “insensata” si se hacen tentativas para descodificarlas de acuerdo con las reglas de los sistemas simbólicos. Una parapraxia, el paradigma de tal perturbación, puede ocurrir cuando existe una interrupción voluntaria de la codificación en el sistema supraordinado que interfiere con el funcionamiento del subordinado. A su vez, el mismo defecto puede tener lugar cuando las combinaciones señales-signos no encuentran un símbolo representante correspondiente en el sistema supraordinado. 12 El analista escuchando el proceso de libre asociación暂时mente deja de lado las reglas semánticas y sintácticas para la descodificación de los símbolos lingüísticos y utiliza sus símiles y características metonímicas para descifrar las señales y signos de los que proceden. Una interpretación es una traducción y resíntesis en un lenguaje referencial de operaciones señales-signos que interfiere en el sistema subordinado. La libre asociación es un modo de réplica a la función de codificación perturbada que es producida por una disrupción de la autonomía codificante. Esta réplica es una tentativa de averiguar bajo condiciones relativamente controladas, cómo las funciones de codificación y descodificación señales-signos-símbolos se descarrilaron desde su mismo comienzo. Las inferencias surgidas de esta réplica son lo que llamamos el “significado inconsciente”.

Agradecimientos

Debo muchas de las ideas de este trabajo a las discusiones que he tenido con miembros del Grupo de estudios y lingüística del Instituto Psicoanalítico de Nueva York” durante estos últimos años. Estoy también agradecido a la doctora Elise W. Snyder por sus muy valiosas sugerencias al texto y editoriales.

Traducido por Tomás Bedó

NOTAS

1. Presentado a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York el 29 de octubre de 1968 y publicado en **Int. .J. Psycho.** 50, 197; 1969.

2. Es interesante que el término “semiótica” (**Sebeok y colaboradores, 1964**) fue confinado en su uso más temprano a la teoría médica de los síntomas y de su interpretación (semiología); fue introducido por primera vez aquí, en la filosofía de fines del siglo XVII por John Locke para señalar el estudio de los signos en general. Si los conceptos semióticos son útiles en la extensión de la comprensión de algunas manifestaciones de la psicopatología, las alteraciones de su significado habrán completado su ciclo.

3. Si se dice que la proposición A significa B es falsa ello no implica que la proposición sea un “sinsentido”; puede significar meramente que A es reconocido como un signo pero que no significa E. La afirmación de que una proposición es un sinsentido” puede también ser cierta solamente para el que habla, es decir puede ser una afirmación de no significancia o de ignorancia.

4. Por ejemplo, la exclamación “¡Cuidado ahí!”, puede ser una señal inespecífica de un peligro inminente o una Sugestión conativa para una acción específica en símbolos lingüísticos.

5. Por cierto, no sólo posibles sino esenciales. Por ejemplo: los gestos que acompañan el lenguaje hablado son parte de un sistema de signos que en si mismo tiene una semántica limitada. Cuando estos gestos son organizados como en un código de comunicación de sordo-mudos, el semiótico signe describiéndoles como un “lenguaje de signos”. Cuando los normales se vuelven afásicos, hay habitualmente un aumento de área y expresividad de sus gestos paraverbales. La afasia en sordomudos, sin embargo, produce una profunda

interferencia en su uso de gestos. Debemos asumir por lo tanto que la diferencia entre los gestos de un interlocutor vocalizante y los de un sordomudo no es solamente cuantitativa sino también cualitativa en lo que concierne al sistema nervioso central.

6. Una frecuente excepción señalada por los lingüistas son las palabras onomatopéyicas.

7. Por ejemplo, la reducción del número de signos de alfabetos fonéticos en comparación con pictográficos.

8. No incluyo aquí la discusión de la discrepancia entre el uso psicoanalítico y semiótico de los términos “símbolos” excepto para decir que en términos semióticos los “símbolos sexuales” del sueño, de los síntomas histéricos, etcétera, se clasificarían más adecuadamente como señales o signos. Parecen símiles y metonimias y son reconocidos por contigüidades o por representaciones icónicas y no por acuerdos convencionales.

9. Para el propósito de esta discusión asumiré que el lector se halla familiarizado con los detalles y los ejemplos “Signorelli” y “aliquis”. Solamente recapitularé aquellos aspectos de los dos ejemplos que son relevantes para su uso en este momento.

10. También puede señalarse que los milagros religiosos son “signos” de la existencia de poderes divinamente inspirados (habitualmente curativos) en algunos individuos elegidos.

11. Deseo posponer la discusión en este punto del problema de jerarquías de interpretaciones relevantes para alguna constelación particular de asociaciones. Quedaré satisfecho por ahora con la proposición original que podemos decir que algo tiene significado cuando sabemos (o pensamos que sabemos) qué quiere decir.

12. Afectos difusos, tales como la llamada “angustia libremente flotante” pueden ser tales perturbaciones que emanan del sistema señal. Es posible que sea “libremente flotante” porque las señales no encuentran símbolos correspondientes para evocar.

BIBLIOGRAFÍA

- Beres, D. (1962): The Unconscious Fantasy. *Psychoanal. Q.* 31, 309-328.
- Edelheit, H. (1967): Speech and Psychic Structure: the Vocal-Auditory Organization of the Ego. (Trabajo presentado en la American Psychoanalytic Association, Detroit.)
- Eliot, T. S. (1952): The Love Song of J. Alfred Prufrock. *Complete Poems and Plays (1909-1950)*. Nueva York; Harcourt, Brace.
- Freud, S. (1900): The Interpretation of Dreams; S. E. 4-5.
- Freud, S. (1901): The Psychopathology of Everyday Life; SE. 6.
- Freud, S. (1915): The Unconscious; S. E. 14
- Greenberg, J. E. (1957): *Language as a Sign System: Essays in Linguistics*. Chicago; Univ. of Chicago Press.
- Hayden, D. E. y Alworth, E. P. (1965); *Classics in Semantics*. Nueva York; Philosophical Library.
- Jakobson, E. (1964): Towards a Linguistic Typology of Aphasic Impairment. En A. V. de Reuck y M. O. Conner [editores], *Ciba Foundation Symposium on Disorders of Language*, Londres; Churchill.

Jakobson. R. y Halle, M. (1956): Fundamentals of Language. The Hague Mouton.

Leopold. W. F. (1952): Bibliography of Child Language. Evanston, III; North western Univ. Press.

Lewis, M. M. (1951): Infant Speech: A Study of de Begining of Language. Nueva York; *Humanities Press*.

Meerloo, J. A. M. (1964): Unobtrusive Communication. Assen; Van Gorcum.

Ogden. C. K. y Richards, I. A. (1946): The Meaning of Meaning. Nueva York; Harcourt, Brace.

Pierce. J. E. (1961): Symbols, Signals and Noise: The Nature and Process of Communication. Nueva York; Harper.

Rosen. V. H. (1966): Disturbances of Representation and Reference in Ego Desviations. En E. M. Loewenstein y al. [eds.] *Psychoanalysis: A General Psychology*. Nueva York; Int. Univ. Press.

Rosen, V. H. (1967): Disorders of Communication in Psychoanalysis *J. Am. Psychoanal. Ass.*, 15, 467-490.

Rycroft, C. (1958): An Enquiry into the Function of Words in Psychoanalysis. *Int. J. Psycho-Anal.*, 39, 408-415.

Sebeok, T. A., Hayes, A. S. y Bateson, M. C. (1964): *Approaches to Semiotics*. The Hague; Mouton.

Shapiro, T. (1967): Interpretation on the naming process .(Trabajo presentado en el Linguistics Study Group; New York Psychoanalytic Institute.)

Spence, D. (1968): The Processin of Information in Psychotherapy: some Links with Psycholinguistics and information theory. Behav. Sc. 13, 349-361.

Ullman, S. (1962): Semantics. Oxford; Alden Presa.

Weich, M. J. (1968): Some Stages in the Development of Conceptual Language: Transitional Language, Language Fetish and Language Constancy. (Minutas del Study Group on Language and Psychoanalysis: New York Psychoanalytic Institute; abril 9.)

Werner, H. y Kaplan, E. (1962): Symbol Eormation. Cambridge Mass.: M. I. T. Press.

DAVID LIBERMAN: Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico. Tomo I; editorial Galerna, Buenos Aires, 1971.

Ésta no busca ser la reseña puntual de una obra que, debido a su amplitud y riqueza de contenido, es difícilmente sintetizable. Incluye solamente algunas de las ideas desarrolladas en la misma, principalmente aquéllas que tuvimos oportunidad de comentar con el propio autor en ocasión de sus recientes visitas a Montevideo. Centraré mi exposición en torno a la clasificación estilística establecida por el doctor Liberman, de indudable fecundidad para la estructuración de una estrategia terapéutica y de un método de validación en psicoanálisis.

Es sabido que cada persona tiene un estilo particular para hacernos llegar sus mensajes. Supongamos —nos decía Liberman— que en el curso de una entrevista el paciente desea hacer saber al terapeuta que es una persona indecisa. Cada “tipo” de paciente va a informarnos acerca de sus dudas de diferente manera. Si se trata de un esquizoide, puede decir, por ejemplo: “Hay muchas opciones en esta vida”, o “Un estado de vaguedad me invade ahora”. El mensaje está centrado en él mismo, en el estado de él frente a sus dudas; posee un alto nivel de abstracción y generalización con exclusión de su participación

Un paciente depresivo, quizás dirá: “Soy un atormentado porque no sé qué camino tomar”. Aquí, en cambio, el tema central son los afectos; es la persona que habla de sus estados de ánimo.

Supongamos que el paciente es un fóbico a quien decidirse le provoca angustia. En tal caso va a dar a entender algo, pero siempre dejando abierta una

salida. Por ejemplo: ‘No sé si mañana voy a venir y no sé si es porque no puedo o porque no tengo ganas’. Refiere dos motivos que se oponen entre si y da un mensaje ambiguo que le permite una salida.

Si tiene rasgos histéricos relatará con un máximo de redundancia un conjunto de hechos para dar a entender que es una persona que no está decidida. Hará una pantomima de la indecisión. En el paciente histérico el mensaje está centrado sobre el mensaje y va a teatralizar con la emoción, con el gesto: “¡Por Dios! ¡Dios mío! ¿Qué haré?”

La duda en forma pura se da en las cavilaciones obsesivas. El paciente obsesivo hace una larga narración para hacer saber que está indeciso. Y dice: “Voy a hacer tal cosa; no, a lo mejor me conviene hacer tal otra cosa”. El pro y el contra.

El psicopático es el que inocular la duda por identificación proyectiva. No siente la duda sino que la infiltra. No va a decir la duda manifiestamente, sino que aparece soslayada y deja al otro con dudas, O crea una situación de suspenso y luego pregunta: “¿Y a usted qué le parece? ¿Es conveniente hacer tal cosa?”, para ver cómo reacciona el interlocutor.

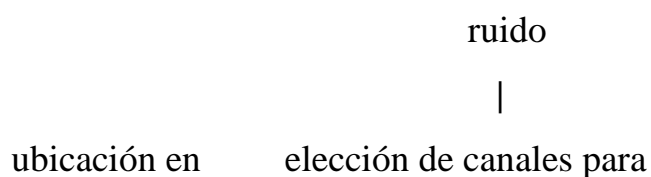
La duda es del área mental. Si se altera el código, llega un momento en que, por alguna razón determinada, el paciente no puede sentir que está frente a un dilema. Personas en quienes se desorganizan los códigos pueden emplear un código visceral, como sensación de encierro o transpiración, o les molesta la ropa, o empiezan a dar vueltas de un lado para otro.

Para este análisis, que no toma el texto sino la estructura, el estilo del relato, se requiere tomar instrumentos de investigación de otras disciplinas. Es el proceso inverso al del psicoanálisis aplicado. El doctor Liberman utiliza elementos de la teoría de la comunicación y de la lingüística, no para mezclar esas disciplinas con el psicoanálisis sino para emplear determinados elementos

de la pragmática de la comunicación humana como instrumento. Del mismo modo que en biología se usa la estadística, por ejemplo. Este libro es, precisamente, el resultado de diez años de investigación procurando articular los hallazgos y postulados de diversos enfoques de la comunicación humana en una exposición psicoanalítica.

El autor señala que hay dos formas de investigar en psicoanálisis. Una de ellas es la investigación del inconsciente y la transferencia, que es el trabajo que el analista realiza en la sesión con el paciente, en calidad de observador participante. La otra es la investigación del diálogo psicoanalítico ya desarrollado, que es el trabajo efectuado con posterioridad y en el que la sesión misma es tomada como objeto de indagación. El doctor Liberman plantea una metodología para hacer el análisis de un diálogo y de su evolución a lo largo de un lapso determinado.

En su libro anterior, *La comunicación en terapéutica psicoanalítica* había tomado modelos de otras disciplinas, que permiten investigar en la comunicación humana las relaciones entre las “personas que emiten mensajes” (fuentes) y las “personas que los reciben” (destinos), que por el hecho de recibirlos ya están comprometidas en el circuito comunicativo. C. E. Shannon estableció que existen tres pasos en un ciclo de interacción comunicativa: X envía un mensaje a Z; si el mensaje llega a Z (destino), este último debe hacer saber a X que lo recibió y, además, qué sentido le adscribió al mismo. Una vez efectuado este segundo paso, se completa el proceso comunicacional, debiendo X acusar recibo de dicho mensaje. El circuito “modelo de comunicación” es el que se ve en el cuadro I:



fFuente del mensaje — un código — transmitir la comunicación

|

destino del mensaje — desciframiento

En psicoanálisis el analizando da información al analista para que éste lo entienda e interprete, lo que a su vez permite al analizando adquirir una mayor y mejor información acerca de sí mismo. La teoría de la comunicación trata de las distorsiones de los mensajes y las interferencias, lo que permite tomar en consideración las perturbaciones que, por motivaciones inconscientes-, pueden ocurrir en los distintos momentos del proceso comunicativo.

J. Ruesch estableció una clasificación de tipos psicopatológicos basada en la modalidad de recepción y transmisión de información en la relación interpersonal. Liberman ha encontrado las siguientes equivalencias entre la nomenclatura de Ruesch y la psicoanalítica:

persona demostrativa...	histeria de conversión (carácter histérico)
-------------------------	---------------------------------------------

persona atemorizada y huida.....	histeria de angustia (carácter fóbico)
----------------------------------	----------------------------------------

persona lógica.....	neurosis obsesiva (carácter obsesivo)
---------------------	---------------------------------------

persona de acción	personalidades psicopáticas (perversiones e impulsión neurótica)
------------------------	------------------------------------------------------------------

persona depresiva.....	ciclotimia; depresión neurótica: psicosis maníaco-depresiva
persona observadora y no participante.....	esquizoidia; esquizofrenia
persona infantil	órgano-neurosis (enfermedades psicósomáticas)

En *La comunicación en terapéutica psicoanalítica* ha realizado una descripción de cada uno de estos tipos de persona, tomando en cuenta postulados psicoanalíticos fundamentales, tales como la fantasía inconsciente las relaciones objetales y las ansiedades básicas.

En trabajos posteriores y en el presente libro, el doctor Liberman toma elementos de la lingüística estructural, entre los cuales cabe señalar la teoría de los factores y funciones del mensaje verbal, establecida por Roman Jakobson. Este autor ha distinguido seis factores y funciones que son constitutivos de todo acto de comunicación verbal. El *remitente* envía un *mensaje* al *destinatario*. El mensaje requiere un *contexto* al cual reenvía (lo que ha sido llamado también, el “referente”), contexto comprensible para el destinatario y que es verbal o susceptible de ser verbalizado. El mensaje requiere también un *código común* a ambos; por último, requiere un contacto, un canal físico y una conexión psicológica entre el remitente y el destinatario, lo que les permite establecer y mantener la comunicación.

Cada uno de estos factores da origen a una función lingüística diferente. La diversidad de los mensajes reside no en el monopolio de una u otra funciones, sino en las diferencias de jerarquía entre éstas. La estructura verbal de un

mensaje depende ante todo de la función predominante.

La función *emotiva* o expresiva”, está centrada sobre el remitente y apunta a una expresión directa de la actitud del sujeto respecto a aquello de lo que habla. En el otro extremo está la función *conativa*, que es la orientación hacia el destinatario. La función *referencial* corresponde a la persona o cosa de la cual se habla. En la función *pática* hay una acentuación del contacto; predomina en aquellos mensajes que sirven esencialmente para establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para verificar *si el* circuito funciona, para atraer la atención del interlocutor (“Dígame, ¿me escucha usted?”) La función *metalingüística* es jerarquizada cuando hablamos del lenguaje mismo. Cada vez que el remitente y/o el destinatario necesitan verificar si utilizan el mismo código, el discurso es centrado sobre el código: “~.Comprende usted lo que quiero decir?”. La función *poética* pone el acento en el mensaje por el mensaje mismo, y no se limita al dominio de la poesía.

Tenemos entonces- en el cuadro II el esquema de los seis factores y funciones de la comunicación verbal:



El doctor Liberman ha encontrado que estos factores y funciones, que dan

origen a estilos distintos del mensaje verbal, pueden superponerse a las funciones del yo.

“Para poder detectar la naturaleza de las perturbaciones predominantes en cada apertura, así como la naturaleza de la reparación a la que llega el tratamiento en cada caso, nos pareció importante diferenciar una serie de pautas de comportamiento, cuyo hiperdesarrollo o hiperfuncionamiento en detrimento de la actividad de otras pautas, nos podrían dar un conjunto de elementos para construir modelos que abarcan tanto a la teoría de la técnica como a la teoría de la enfermedad y la curación por el tratamiento psicoanalítico. Esto permite estipular connotaciones referentes a distintas formas incluidas en la denominada reparación y de esa manera contribuir a eliminar la vaguedad que puede acarrear su uso en forma denotativa o extensa [. . .], dentro del yo existe una serie de funciones y las estructuras patológicas del yo pueden postularse como hiperactividad e hiperdesarrollo de una de las funciones en detrimento de las otras. Partimos de la hipótesis de que un yo idealmente plástico tiene que poseer: 1. la capacidad de disociarse, observar sin participar y así percibir totalidades con los detalles distinguibles dentro de dichas totalidades (percepción microscópica: el yo se achica y el objeto se agranda); 2. la capacidad de acercarse a la función perceptual al objeto y ver un detalle haciendo abstracción de la totalidad, pero sin confundir la parte con el todo; 3. la capacidad de captar los deseos propios y llevarlos a la acción en tanto existe la posibilidad de satisfacer dicha necesidad, y para ello tomar una decisión luego de haber calibrado el equilibrio entre necesidad y posibilidad; 4. la capacidad de adaptarse a las circunstancias, al tipo de vínculo, ya sea en el sentido vertical (abuelos, padres, hijos), o en el sentido horizontal (grados de intimidad); la capacidad de utilizar el pensamiento como acción de ensayo, y también la capacidad para estar solo; 5. la capacidad de tener un monto de ansiedad útil preparatoria para llevar a cabo una acción, una vez establecido el vínculo,

tomada la decisión y observadas las circunstancias, todo lo cual permite tener, 6. las óptimas posibilidades para enviar un mensaje en el cual la acción, la idea y la expresión del afecto se combinan adecuadamente.”

Más adelante agrega: “La hiperfunción de una de estas pautas en detrimento de otras permite tipificar las aperturas, los desarrollos y los desenlaces diferentes en el proceso terapéutico. La tipificación de los diferentes modos de reparación se basa en el logro de la función que sufría el detrimento más intenso. Por ejemplo, una persona con una estructura observadora no participante (carácter esquizoide), tiene hiperdesarrollada la función de abstraer y generalizar a costa de un *splitting* como consecuencia del cual excluye su participación afectiva y motriz, y es así que sólo atiende y percibe. Los adelantos en la posición depresiva se detectarán por indicios en los que la ideación, el sentimiento y la motricidad requeridos para el lenguaje articulado están cada vez más sincronizados. Adquirirá, pues, técnicas y estilos de comunicación que, cuando se hipertrofian, confieren a la persona las características que habitualmente denominamos como autoplastia histérica; en cambio, en el caso de la esquizoidía están instrumentados (cuando son el producto de la evolución terapéutica).”

Algo muy distinto sucede cuando se establece un vínculo psicoanalítico iatrogénico: “En el caso en que el paciente no es captado por el terapeuta, sino que a la inversa, el paciente va conociendo al terapeuta y lo va condicionando más y más, un esquizoide reforzará su esquizoidía, un depresivo incrementará su dependencia, un actuador perfeccionará cada vez más las técnicas de inoculación masiva de sus problemas en los demás, un obsesivo logrará transformarse en un más hábil discutidor, un fóbico racionalizará más y mejor sus evitaciones y, si tiene rasgos contrafóbicos, por identificación proyectiva perfeccionará técnicas para hacer asustar a los demás, y un histérico de

conversión aumentará su capacidad para representar autoplásticamente sus papeles y atraer más y mejor a un auditorio.”

Tomando en cuenta la hipertrofia de determinados factores y funciones del mensaje verbal, que puede ser superpuesta a la de determinadas funciones yoicas, es posible establecer pautas estilísticas y sus correspondientes estilos complementarios.

Los estilos de los pacientes esquizoides y depresivos corresponden a mensajes centrados predominantemente en el factor fuente y la función emotiva; la diferencia entre ambos consiste en que mientras en el primero ha ocurrido una disociación entre la mente y las representaciones de los afectos ligados a estímulos provenientes del cuerpo, en el segundo la disociación es distinta, entre figura y fondo.

El esquizoide hace un *splitting* entre el aspecto emotivo y el perceptual y motriz. El análisis de las oraciones nos muestra que están centradas en la fuente, en él mismo: “Yo considero que...” Es el paciente que siempre está a la búsqueda de resolver incógnitas, sin provocar suspenso. Está interesado en los grandes problemas metafísicos, en las galaxias. Con pacientes que se mueven en un alto nivel de abstracción y generalización, conviene que las interpretaciones sean ricas en contenido dramático, incluyendo personajes, el encuentro, la comunicación. El preguntarse del esquizoide sobre el origen de las cosas es una manera de desplazar las cosas cotidianas de la vida; por eso las interpretaciones deben restituir el drama de amor, celos- y venganza. El terapeuta debe instrumentar su histeria, de lo contrario van a terminar siendo dos lógicos matemáticos.

El esquizoide es el paciente más alejado, el que viene a ver qué pasa en el análisis y el depresivo es el que está demasiado encima, el que viene a hacer

catarsis. En las personas depresivas el tema central son los afectos. A veces la expresión es pobre, porque está comprometida la afectividad, o por la propia ambivalencia. Toma el análisis como una forma de mejorar su autoestima; su fantasía patológica de curación consiste en que se va a curar por el afecto e interés que le va a dar el terapeuta.

Estos pacientes hacen en la sesión una pérdida de objeto y una introyección de tipo melancólico. Al no ver al terapeuta ya están en la situación de privación. La única forma de rescatarse de la introyección es utilizar en las interpretaciones técnicas obsesivas, de manera que el terapeuta aparezca construyendo frases con oposiciones pronominales en las que se perfila como otro. El depresivo es el que habla de sus estados de ánimo. Posee una estilística lírica (cantante de ópera). Como estilo complementario el analista debe emplear categorías lógicas y sus interpretaciones- serán bastante narrativas: “Hoy cuando usted llegó me miró, hizo una mueca de disgusto y me dijo esto porque ayer yo le había dicho a usted tal cosa”.

El psicopático es el naciente con estilo épico; en sus mensajes predomina el factor destino y la función conativa. La vida de él es una epopeya. El paciente épico es una persona con una estructura delirante subyacente y tiene las características de un sistema paranoico disimulado. Una cosa es el paranoico descrito en los libros psiquiátricos y otra cosa son los paranoicos que se quieren analizar para comprobar que, efectivamente, hay alguien interesado en perjudicarlos. Un paranoico tiene una adaptación delirante y hasta que se desenmascare puede pasar bastante tiempo. El paciente se presenta como mucho menos enfermo de lo que es y utiliza diferentes recursos estilísticos, desde la dramatización a la creación de abstracciones; trata de crear una situación de suspenso simplemente para ver como reacciona el terapeuta. Utiliza un sinnúmero de paradojas para crear ambigüedad y confusión. En estos casos lo

más terapéutico son las estipulaciones sobre el encuadre. Estos pacientes vienen al análisis con una segunda intención: poner a prueba si el terapeuta cree en lo que hace y si va a cumplir con lo estipulado. Tratan de descubrir a las personas que engañan para certificar su desconfianza. Por consiguiente el terapeuta debe mantener lo dicho, de lo contrario se des-califica ante el paciente.

El obsesivo o la persona lógica, es el paciente narrativo. En sus mensajes hay una hipertrofia del factor contexto y la función referencial. Asocian por contigüidad temporal o espacial o a veces por similitud, predominando generalmente una de éstas sobre las otras dos. Se detecta que no es una asociación libre porque es un relato muy bien armado y sin conflicto; habla de las cosas como si estuviera leyendo, no comprometido. Puesto que son pacientes que inmovilizan al terapeuta, es necesario arbitrar medios para producir interpretaciones que se parezcan un poco a una orden. Es preciso buscar una forma de hacer saber al otro que uno está siendo inmovilizado y que necesita más movilidad. El lenguaje puede ser emotivo, informativo o apelativo; con el obsesivo hay que utilizar el lenguaje como acción, como orden.

Supongamos que en las narraciones aparezcan como tema predilecto los autorreproches, que aparezca privilegiada la anti-crueldad. En tal caso podemos sospechar que hay una melancolía debajo. Lo que encontramos como subtema da una pauta de estructuras subyacentes que nos permite pensar que esa persona tiene una fachada obsesiva y lo que está debajo es una melancolía. Supongamos que dentro de una narración aparezca, en cambio un relato dramático, pero muy sistematizado, sobre psicología de la vida familiar. Entonces vamos a tener una histeria y el pronóstico es distinto.

Puede darse un tipo de narración donde el tema sea el riesgo. Podemos pensar que esa persona tiene una contrafobia que se ha ritualizado; que ha estructurado

una defensa obsesiva para el control omnipotente de las ansiedades fóbicas.

Decíamos que el paciente esquizoide es el que busca incógnitas sin provocar suspenso. El fóbico, en cambio si bien es un buscador de incógnitas, es el paciente que crea suspenso, por su ansiedad. Transmite su ansiedad al terapeuta porque el mensaje está centrado sobre el factor contacto y la función pática.

El paciente que tiene la autoplastia histérica, la persona demostrativa, es aquél que crea un impacto estético; nos hace una especie de representación plástica y verbal. Por ejemplo: “Toda la vida vivo torturándome, yendo de un extremo al otro [dramatizando la situación] y nunca puedo encontrar el punto medio para poder mirarme a mí mismo y desde allí poder entrever una salida.” Es un lenguaje muy rico, metafórico, centrado en la función poética. Con estos pacientes el terapeuta no debe dramatizar, como con el esquizoide, sino que, por el contrario, sus formulaciones deben poseer un elevado nivel de abstracción.

Para finalizar, digamos que la determinación de diferentes códigos expresivos realizada por el doctor Liberman abre un amplio campo de investigación y permite perfeccionar los instrumentos de trabajo de que dispone el terapeuta. Es útil no sólo en psicoanálisis sino también para médicos clínicos, psiquiatras y psicólogos en sus más variadas áreas de trabajo. Entre sus posibilidades cabe destacar las siguientes:

1. Apunta al establecimiento de una nueva nosología psicoanalítica, extraída del diálogo particular que se establece entre analizando y analista. Un hecho que dificulta la comprensión de los pacientes es la utilización de diagnósticos psiquiátricos que fueron hechos sobre pacientes en un contexto dado, así como el empleo de términos abstractos donde están comprometidas la psicología y la psiquiatría y que arrastran una serie de prejuicios. Las categorías diagnósticas *varían* con las *circunstancias* y el *mismo* paciente es muy distinto según la

manera como sea abordado. “La evolución de un paciente depende en sumo grado (además de las condiciones en que se presenta al tratamiento) del esquema con el cual el analista indaga y opera durante el curso de las sesiones.”

2. Lo que antecede está estrechamente vinculado con los criterios de analizabilidad, ya no centrados exclusivamente en el paciente sino en la interacción del paciente con determinado terapeuta. La entrevista o la sesión es un método de indagación de una situación en la que están diferentemente implicadas dos personas, realizando un diálogo en un contexto determinado. Pero además del psicoanálisis está la investigación del proceso psicoanalítico. Una cosa es el trabajo con el paciente y otra cosa es el trabajo del terapeuta con el material de las entrevistas. Lo que el doctor Liberman introduce es un método evaluativo tomando a la sesión o a la entrevista como objeto de indagación, lo que permite la prueba de validación de la labor realizada por ambos participantes. La relación paciente-terapeuta no es de por sí terapéutica. Si bien es indudable que el paciente tiene amplia intervención en el establecimiento de una interacción iatrogénica al responder en forma positiva a los desaciertos del terapeuta y en forma negativa a sus aciertos, no todos los fracasos se deben a la “reacción terapéutica negativa”, sino que a veces se producen porque el terapeuta es inadecuado. La clasificación estilística permite agrupar a “tipos” de pacientes, lo que es muy útil para saber si la interacción del terapeuta con el paciente va a ser posible o no.

3. Permite formular enunciados que tomen como datos algunos elementos de la base empírica, introduciendo entre el lenguaje teórico psicoanalítico y el lenguaje de observación, hipótesis intermedias referidas a la interacción comunicativa. Este libro apunta fundamentalmente en dos sentidos: reducir al mínimo las teorías y aumentar al máximo los instrumentos para poder hacer estipulaciones.

4. Permite perfeccionar los instrumentos de trabajo, aumentando las posibilidades de alcanzar la meta terapéutica, dado que la clasificación estilística nos da pautas definidas para saber cómo trabajar con el paciente. Determinando el estilo del paciente el terapeuta puede sentar criterios de diagnóstico y pronóstico evolutivo y estructurar una estrategia, una táctica y una técnica interpretativa de complementariedad entre terapeuta y paciente, evitando el condicionamiento recíproco y la relación iatrogénica. Para cada una de las pautas estilísticas hay estilos complementarios, lo que significa que el discurso del analista debe poseer los ingredientes que faltan al discurso del paciente, dándole las matrices estilísticas de las cuales carece.

CARLOS SOPENA